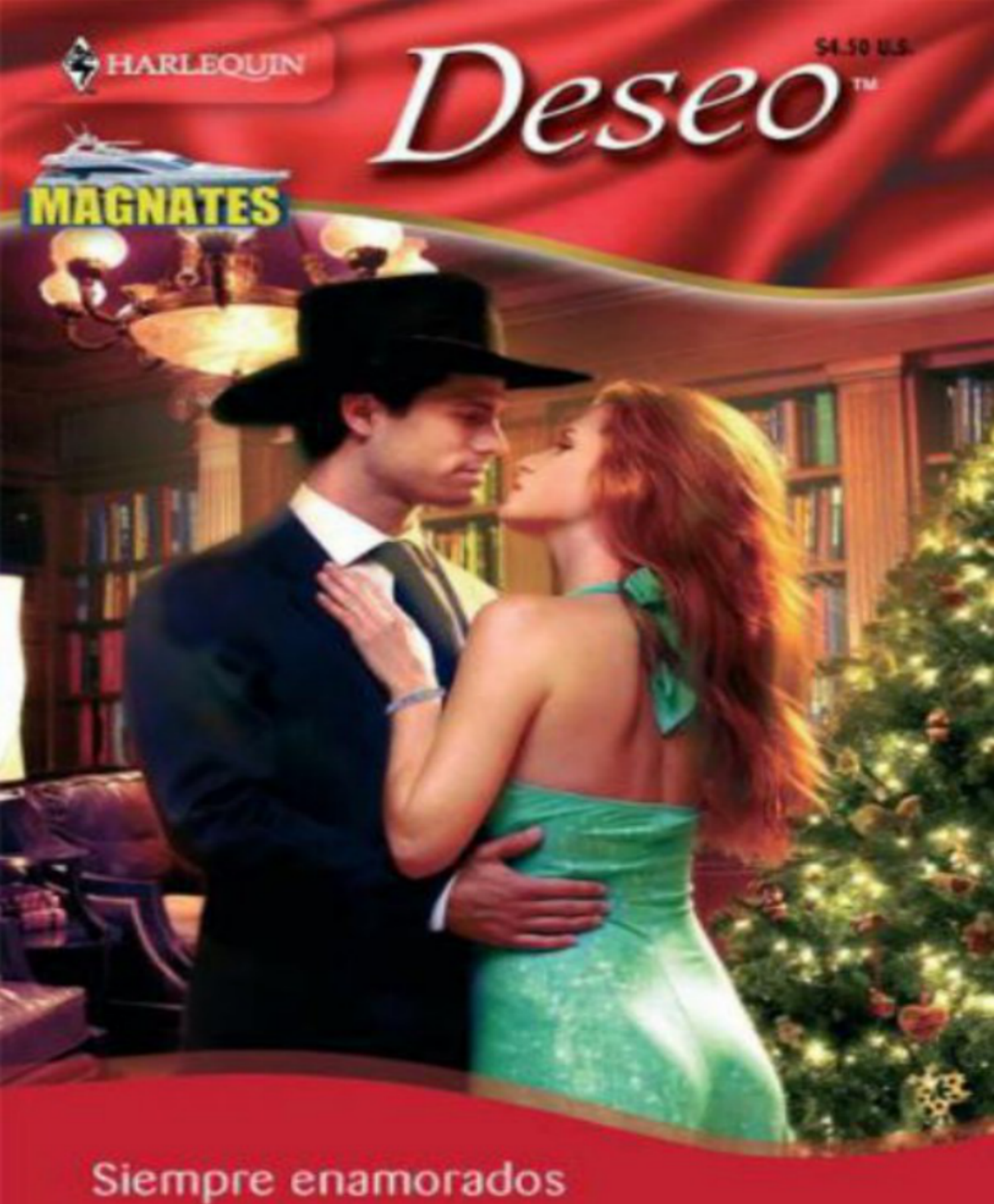
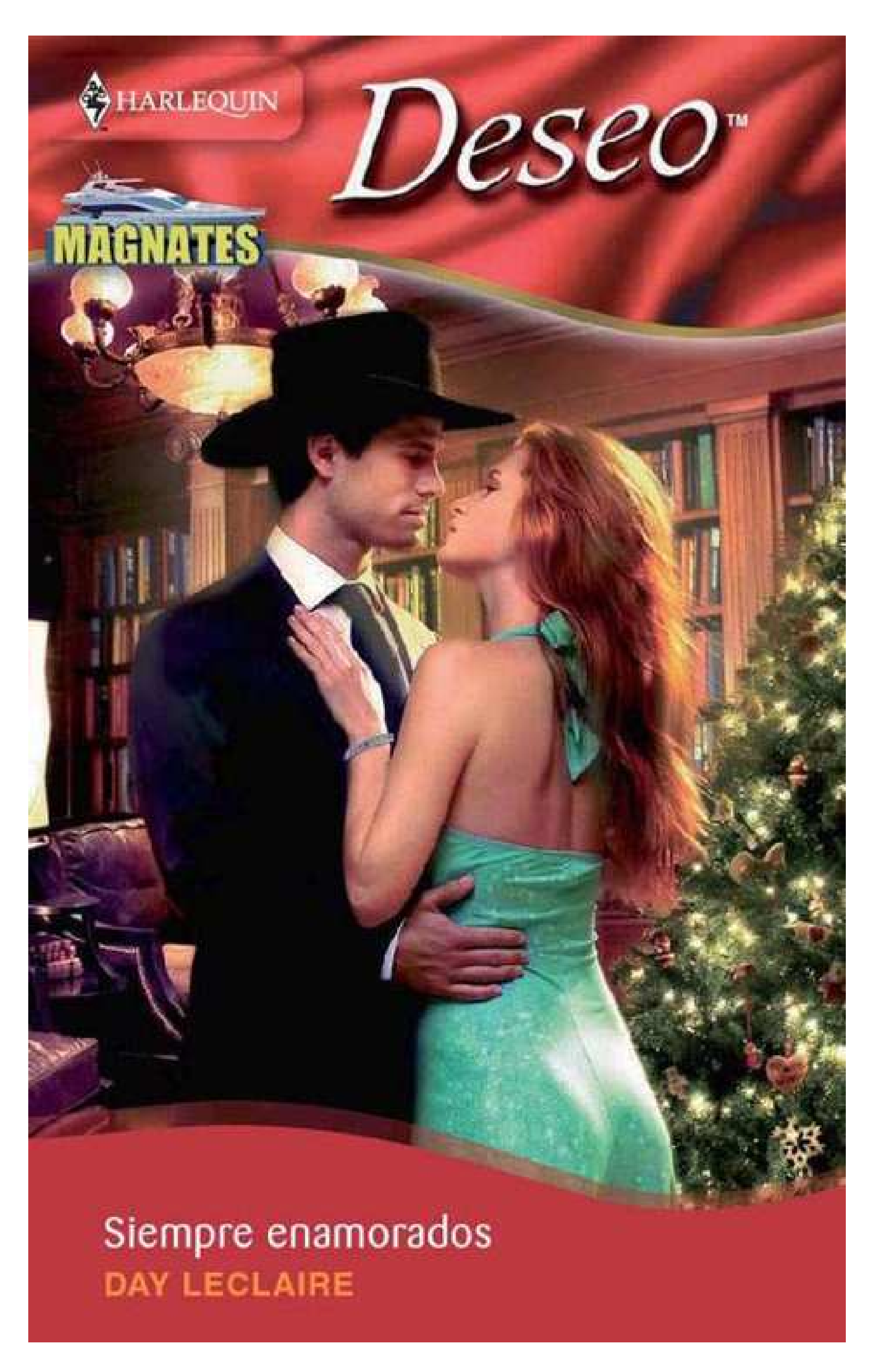


HARLEQUIN
$4.50 U.S.
Deseo™
MAGNATES
Siempre enamorados
DAY LECLAIRE



Siempre enamorados

Day Leclaire

6º Mult. El Club Cattleman: Magnates

Siempre enamorados (2010)

Título Original: Lone Star Seduction (2009) **Serie:** 6º Mult. El Club Cattleman: Magnates **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Miniserie Deseo 60

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Alex Montoya y Rebecca Huntington

Argumento:

Alex Montoya era el hijo del ama de llaves y lo bastante ingenuo como para enamorarse de la hija del jefe. Después de ser expulsado como castigo, Alex se había convertido en un millonario con un solo objetivo: la venganza.

Ahora tenía a Rebecca Huntington justo donde la quería… pagando las deudas de su padre, convertida en su ama de llaves.

Alex se había jurado que no volvería a sentir nada más que frío desdén por la mujer que estaba a su merced. Sin embargo, algunos recuerdos eran difíciles de borrar y, algunos deseos, imposibles de resistir…

EL ECO DE TEXAS

Todas las noticias que debes conocer… ¡y mucho más!

Todos conocemos la historia de Alex Montoya, el chico pobre que salió de las calles para convertirse en un exitoso hombre de negocios. Ahora, casi puede nadar en dinero. ¿Pero recuerda alguien por qué se fue del condado de Maverick en una ocasión? Según los rumores, había estado tonteando con la adorada hija de los Huntington. Un amor prohibido donde los haya.

¿Será una coincidencia que, desde su regreso, Alex tiene a Rebecca Huntington trabajando para él? Bueno, igual trabajar es mucho decir. No creemos que la hija del viejo rico esté haciendo de criada de los Montoya. A menos que se encargue de cambiar las sábanas…

A pesar de su mal comienzo, ¿habrá alguna posibilidad de que el nuevo multimillonario y la rica heredera tengan un futuro en común?

Capítulo 1

Era inevitable.

Rebecca Huntington sabía que era sólo cuestión de tiempo que su camino se cruzara con el de Alejandro Montoya. En ese caso, de forma literal. En un día de sol cegador, nada más entrar en el Club de Ganaderos de Texas, se chocó de frente con él.

Alex la sujetó. Tenía los reflejos de un gato, sin duda gracias a sus años como jugador de fútbol. Durante un breve instante, el cuerpo de Rebecca cedió, adhiriéndose al de él como un recuerdo agridulce se adhería a la memoria. ¿Cuántos años habían pasado desde que habían hecho el amor con pasión desbocada, como si el mañana no hubiera existido? Ella había creído que había encontrado al hombre de su vida. Pero él le había quitado su inocencia y había dado por terminada su relación con una crueldad espantosa.

Rebecca había tardado años en recuperarse. Y allí estaba, de nuevo entre sus brazos, sintiéndose invadida por la sombra de su lejana aventura amorosa.

—Lo siento.

La voz de Alex fue como una caricia para ella. Los años habían hecho que su acento latino fuera más pronunciado y todavía más seductor que cuando habían salido juntos.

—Si te apartas, podré irme —añadió él.

Rebecca estuvo a punto de encogerse y apartarse. Pero se negó a darle la satisfacción de ver lo mucho que seguía afectándola. Lo soltó, pues sin querer se había aferrado a su camisa blanca impecable, y se quedó en el sitio.

El sol que entraba por la puerta abierta le daba a Alex en la cara, mientras Rebecca quedaba en la sombra. Ella se alegró de que no pudiera ver su expresión cuando percibió el gesto de él, un gesto de profundo disgusto y aborrecimiento. Ella no lo entendía, no comprendía cómo su relación había terminado tan mal. Ni podía comprender por qué su cuerpo respondía como si todavía fueran pareja.

Alex era unos veinte centímetros más alto que ella, que medía uno sesenta y cinco, aunque conseguía un poco de ventaja gracias a sus tacones de ocho centímetros. Él tenía los pómulos marcados, ojos grandes y profundos, nariz proporcionada y recta y labios carnosos y sensuales. En una ocasión, ella se había perdido en esa boca, una boca muy bien capacitada para darle a una mujer el más exquisito placer.

—Si te quitas tú de en medio, podré seguir mi camino.

Él se quedó clavado en el sitio un momento más y, durante una milésima de segundo, Rebecca vio en su expresión el eco desteñido de

la pasión que habían compartido en el pasado. Como una brasa escondida en un banco de cenizas, al tocarlo había encendido en él el fuego de la pasión. Alex sentía algo por ella.

Todavía. Seguía sintiendo algo del inmenso deseo que una vez habían compartido.

Enseguida aquel atisbo de dulzura se perdió en su gesto amargo y disgustado. Sin embargo, ella había tenido tiempo de darse cuenta. A pesar de que Alex había sido capaz de ocultar su reacción a una velocidad impresionante. La llama de la pasión seguía viva.

Igual que seguía ardiendo dentro de ella.

Como si se hubiera percatado de que había dejado entrever sus emociones, Alex dio un paso atrás e hizo un gesto con la cabeza para que ella pasara. Tanto su hermana, Alicia, como él tenían unos modales impecables. Su madre, Carmen, que había sido el ama de llaves de los Huntington en una ocasión, los había educado así.

Rebecca se obligó a moverse y pasó por delante de él sin volver a mirarlo. Sin embargo, recuperar su equilibrio interno no sería tan fácil. Sintió la mirada de Alex como un rayo láser en la espalda mientras se alejaba.

Se dirigió a la cafetería del Club de Ganaderos de Texas y se sintió aliviada al ver que su mejor amiga, Kate Thornton, Brody después de casada, no había llegado todavía. Eso le dio un momento para sentarse y recomponerse. El camarero, Richie, que solía servirle y que siempre recordaba las preferencias de los clientes habituales, la saludó con una amplia sonrisa y le llevó un té helado sin azúcar y un platito con rodajas de limón.

—Hoy hay mucho movimiento —le dijo Richie.

Rebecca se agarró al tema como si fuera un salvavidas. Cualquier cosa servía con tal de sacarse a Alex Montoya de la cabeza… y del corazón.

—Qué interesante —repuso ella y tomó un largo trago de té helado —. ¿Qué clase de movimiento?

—Una especie de reunión de los socios más recientes. Quizá estén planeando una revuelta para destronar a los viejos jefes —bromeó Richie. Levantó la mirada y se topó con un gesto de reprimenda por parte de su interlocutora, lo que le hizo volver a adoptar el papel de camarero—. ¿Espera a alguien?

—A Kate Brody.

—Ah, sí. Té helado sin azúcar durante el verano, café hirviendo durante el invierno. Creo que su esposo es uno de los hombres que participan en la reunión.

Rebecca meneó la cabeza sonriente, sintiendo que su tensión se disipaba.

—¿Por qué siempre estás al tanto de todo lo que pasa, Richie?

El camarero se acercó y habló con voz baja.

—Es un valor añadido, señorita Huntington. Me dan mejores propinas. Y, a veces, consigo consejos sobre cómo salir adelante en la vida, como me ocurre con el señor Montoya —explicó Richie, con ojos brillantes de admiración, como si Alex fuera su héroe—. Él siempre ayuda a los empleados.

Ella se puso tensa.

—No… no me había dado cuenta.

Y era cierto. Rebecca había estado demasiado ocupada en Houston, intentando aprender cómo llevar una pequeña empresa. ¿Pero dónde se había metido durante el último año, desde que se había mudado a Somerset? En su tienda de lencería, Dulces Pequeñeces. Y, cuando había tenido algo de tiempo libre, había salido con sus amigos. Para ser honesta, debía admitir que no había querido prestarle oídos a los rumores sobre Alex, uno de los miembros más nuevos del club, pues otros miembros recientes, como los hermanos Brody, Darius Franklin y Justin Dupree, estaban peleados con él. Pero, quizá, fuera hora de prestarle algo de atención al tema. Sobre todo, cuando Justin estaba a punto de convertirse en cuñado de Alex.

Kate apareció en la entrada de la cafetería, buscando a Rebecca con la mirada.

Llevaba un bonito traje de chaqueta que habían elegido juntas en su último día de compras por Houston. En un solo día, su amiga había pasado de ser una chica anodina a una mujer sofisticada. Ella se alegraba por Kate, sobre todo porque su transformación había hecho que su antiguo jefe perdiera la cabeza por ella y se convirtiera en su esposo.

Al ver a Rebecca, Kate sonrió y se dirigió hacia ella, caminando entre las mesas con manteles florales de cretona, en tonos azul y amarillo.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Kate cuando se hubieron abrazado para saludarse.

¿Tan obvio era?, se dijo Rebecca y decidió negarlo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Estoy bien.

Kate hizo un gesto con la mano como si no la creyera.

—Eso no cuela conmigo y tú lo sabes. Algo te pasa y… —comenzó a decir Kate y de pronto se interrumpió para mirar a su alrededor—. De acuerdo, ahora lo entiendo. Me preguntaba cuándo ibais a encontraros y parece que, al fin, hoy ha sido el día.

A Rebecca no le hizo falta mirar para saber a quién se estaba refiriendo su amiga. Alex había regresado al club con una carpeta en la mano. Cuando se lo había encontrado, él debía de dirigirse al coche por algunos papeles. Sintió su presencia en la sala como una corriente eléctrica.

—¿Te sorprende si te digo que el encuentro no ha sido agradable?

—No —contestó Kate, sin darle importancia—. Es un hombre muy difícil. Si hubiera sido por Lance, Montoya nunca habría entrado en el club.

—El dinero manda.

Kate sonrió un poco.

—Bueno, pues él tiene mucho, ¿no? Es increíble, teniendo en cuenta que solía ser el guarda del club. Sólo espero que los rumores no sean ciertos.

Rebecca la miró con preocupación.

—¿Qué rumores?

Kate titubeó.

—Seguro que sabes que está relacionado con

El Gato

.

—Claro, con Pablo Rodríguez. Son amigos de la infancia —señaló Rebecca y, de pronto, comprendió lo que su amiga insinuaba—. ¿Creen que Alex ha hecho su fortuna con el tráfico de drogas? De ninguna manera. Imposible. Alex, no.

—En el tráfico de drogas, no —replicó Kate—. Podríamos decir que…

invirtiendo en algunas de las actividades de

El Gato

.

Rebecca negó con la cabeza.

—Lo siento, pero yo no lo creo. Puedo decir muchas cosas malas de Alex, pero eso no. Nunca.

Richie llegó con el café de Kate. En apariencia, el frío día de noviembre había impulsado al camarero a elegir esa bebida. Y, por la sonrisa apreciativa de Kate, no se había equivocado.

—¿Están listas para pedir? Nuestro plato del día es dorada con una deliciosa salsa casera de pesto con eneldo. Exquisito.

—Uno para mí —pidió Kate.

—Que sean dos —añadió Rebecca.

—Ahora mismo —dijo Richie e hizo una rápida anotación en su cuaderno de comandas. Entonces, silbó por lo bajo—. Vaya, esto es algo que no pensé que vería nunca. Alex Montoya y Lance Brody dándose la mano, no puedo creerlo.

Perpleja, Rebecca miró hacia atrás y vio que Alex se había reunido con el esposo de Kate, Lance, su hermano Mitch y su amigo Kevin Novak. Los tres hombres estaban estrechándose la mano, aunque su lenguaje corporal delataba una gran tensión. Mientras ella observaba, Justin Dupree y Darius Franklin se sumaron a la escena, que reunía a seis de los miembros más atractivos y nuevos del Club de Ganaderos.

Rebecca no pudo contener su curiosidad.

—¿Qué hacen?

Kate frunció el ceño. Esperó a que Richie se hubiera alejado lo bastante antes de responder.

—Es una reunión para hablar sobre los incendios. Lance está ahí porque el primer incendio tuvo lugar en Petróleos Brody. Como el otro fue en El Diablo, Alex también debía estar presente en la reunión.

Rebecca se puso tensa. Por supuesto, había oído hablar de los incendios. No estaba tan fuera de onda. Y sabía que se sospechaba que habían sido provocados.

—¿Se ha confirmado? ¿Saben que ambos incendios fueron provocados?

—Eso tengo entendido. ¿Por qué?

Rebecca miró a su amiga con un gesto de compasión, pues sabía que los últimos sucesos habían sido muy difíciles para su esposo Lance.

—Mi padre insiste en que ambos incendios fueron accidentales, sobre todo el de Montoya.

—No te lo tomes a mal, pero ¿cómo lo sabe tu padre? —preguntó Kate—. A menos que forme parte de la investigación, y que yo sepa no trabaja con la empresa de seguridad de Darius, su afirmación no puede tener ninguna base, aparte de información de segunda mano y rumores.

—Es cierto —reconoció Rebecca y tomó un trago de su té helado.

—Además, tienen un sospechoso.

Perpleja, Rebecca dejó su vaso en la mesa.

—¿Quién?

Kate hizo una mueca.

—Temía que me lo preguntarías. Lance me dijo su nombre —repuso y frunció el ceño, intentando recordar—. ¿Cantry?

Rebecca se quedó helada.

—¿Podría ser Gentry?

—Es posible —dijo Kate y se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Conoces a ese hombre, Becca?

—No conozco a nadie llamado Cantry.

—Pero conoces a Gentry —afirmó Kate.

Rebecca asintió.

—Mi padre contrató a un nuevo capataz hace un par de años, llamado Cornelius Gentry. Pero estoy segura de que no puede ser el mismo hombre.

Kate la miró con preocupación.

—Quizá, deberíamos asegurarnos —indicó Kate y echó hacia atrás su silla—.

Voy a ir a preguntarle a Lance. Si es el mismo hombre, tu padre y

tú podéis correr peligro.

Rebecca agarró a su amiga del brazo antes de que pudiera irse.

—Espera.

Rebecca se encogió sólo de pensar en enfrentarse de nuevo a Alex. Su padre y él tenían una fea historia detrás. Si Gentry era el culpable de los incendios, Alex encontraría el modo de salpicar a su padre con el escándalo, algo que ella estaba dispuesta a evitar a toda costa.

Entonces, Rebecca se acercó y habló en un susurro.

—Kate, ¿y si quieren interrogarme sobre Gentry? ¿Qué voy a decirles? Lo único que sé de él es que ha sido el capataz de mi padre durante los últimos dos años —

señaló ella. Además, ese hombre le daba escalofríos, pensó—. Esperemos a aclarar las cosas. Luego, decidiremos qué hacer. Pero preferiría no interrumpirlos si no se trata de Gentry.

Antes de que Kate pudiera responder, llegó Richie con su comida. Rebecca se quedó mirando el apetitoso plato, pero había perdido el apetito. Sólo quería rezar para que no se tratara del capataz de su padre. Quizá, el nombre del sospechoso fuera Cantry, sin más. Sin embargo, eso no cambiaba sus sentimientos hacia Gentry.

Desde el momento en que ella había regresado a casa hacía un año y lo había conocido, había intentado superar la aversión instintiva que sentía por él, diciéndose que no tenía lógica ni explicación racional.

Pero un día se había topado con él. Gentry le había impedido el paso cuando ella había estado a punto de salir hacia el club, negándose a dejarla pasar. De hecho, si lo pensaba bien, había sido idéntico a lo que le había pasado hacía un rato con Alex. Era interesante cómo con un hombre había estado a punto de derretirse y con el otro había tenido la urgencia instintiva de separarse a toda prisa y lo más lejos posible.

Y Gentry había adivinado sus sentimientos. Rebecca se había dado cuenta al verlo achicar la mirada y apretar los labios en una mueca.

—Señorita Becca —la había saludado Gentry, recorriéndola con la mirada—.

Está muy guapa.

—Gracias, Cornelius —había dicho ella, arqueando las cejas—. ¿Me dejas pasar?

Gentry había seguido allí parado, con gesto desafiante, durante un momento.

Luego había dado un escaso paso atrás.

—Claro. Los empleados no deben ponerse en el camino de los amos. No quiero perder mi trabajo como le pasó a Montoya. Aunque sería una pérdida muy dulce.

Rebecca se había sentido furiosa, lo que no había hecho más que divertir a Gentry.

—Estoy segura de que a mi padre le interesará conocer tu opinión —le había espetado ella—. Me ocuparé de transmitírsela.

—Como quiera. A mí me da igual —le había respondido Gentry. Y se había inclinado hacia ella.

Rebecca había apartado la cara, llena de asco.

—No voy a irme de aquí, señorita. Su padre no se atreverá a echarme.

—Y luego está lo de la contabilidad del club. Los chicos están revolucionados con eso —estaba diciendo Kate.

—¿Cómo? —preguntó Rebecca, que había estado sumida en sus pensamientos, volviendo al presente de forma abrupta—. ¿Qué has dicho? ¿Qué pasa con la contabilidad?

—No me has estado escuchando, ¿verdad?

—Sí, pero no todo —mintió Rebecca y sonrió a modo de disculpa —. Sólo una parte.

Kate suspiró.

—Darius descubrió irregularidades en las cuentas del club cuando instaló el sistema de contabilidad en el centro de acogida Helping Hands. Mitch se ofreció a hacer una auditoría con Darius, Justin y Alex. En apariencia, han encontrado algo. Al menos, eso me ha dicho Lance.

—Pero seguro que mi padre… —comenzó a decir Rebecca y se interrumpió, cada vez más nerviosa. Se aclaró la garganta—. Me pregunto por qué mi padre no detectó las irregularidades. Lleva años siendo el tesorero del club.

Kate se encogió de hombros.

—Quizá sea algo reciente en lo que tu padre no ha reparado. Creo que tiene que ver con fondos desviados a cuentas erróneas. Estoy segura de que Mitch lo aclarara.

Rebecca volvió a mirar hacia atrás. Los seis hombres habían desaparecido en una de las salas de reuniones y habían cerrado la puerta. Más que nada, deseó poder ser invisible para colarse en la reunión y averiguar qué diablos estaba pasando. Pero lo único que podía hacer era rezar porque su padre no estuviera involucrado de forma involuntaria.

No tenía ningún sentido que su padre tuviera nada que ver con los incendios, pero lo de las irregularidades en la contabilidad… Eso podía ser distinto. Con suerte, sería sólo un error y no motivaría el enfrentamiento entre sus amigos y su padre. Y, luego, estaba Alex. Él despreciaba a su padre. Si había cometido algún error con las cuentas del club, no se lo perdonaría. Haría todo lo posible para echar por tierra su reputación.

Alex fijó la mirada en los cinco hombres que tenía delante. Algunos de ellos habían hecho todo lo posible para arruinarle la vida

durante sus años de estudios.

Estaban los cinco juntos a un lado de la habitación, mientras que él se había plantado frente a ellos. A pesar de la animosidad que había entre ellos, planeaba disfrutar de la satisfacción de que le pidieran perdón. Iba a tener la oportunidad, al fin, de doblegar a su viejo enemigo, Lance Brody, y a sus compañeros.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados mirándonos? —preguntó Alex —. ¿O

vamos a empezar a ofrecer disculpas?

—Claro, discúlpate cuanto quieras, Montoya —dijo Lance con una sonrisa de superioridad—. Llevo toda la vida esperando a que te disculpes por tu existencia.

Alex dio un paso hacia él pero Darius se interpuso, levantando un brazo para separarlos.

—Tranquilo, hombre —dijo Darius—. Así no se resolverá nada.

—Tal vez no, pero me hará sentir mucho mejor.

Alex se dio cuenta de que su acento latino sonaba más marcado de lo habitual, algo que solía pasarle cuando se sentía furioso o apasionado. Y sólo sería para acentuar las diferencias entre Lance y él: diferencias en su cultura, su educación, su origen. Él era hijo de una criada. Y, aunque Darius y Kevin también habían ganado su fortuna con el sudor de su frente, Justin Dupree y los hermanos Brody habían nacido rodeados de oro y plata. Por el bien de su hermana, Alicia, no pensaba meterse con su futuro cuñado, Justin Dupree. En las últimas semanas, los dos habían llegado a un incómodo acuerdo. Pero no pensaba contenerse ni un ápice con los Brody.

—Me has acusado de incendiar vuestra refinería —le dijo Alex a Lance—.

Darius tiene pruebas que demuestran lo contrario. ¿Eres lo bastante hombre como para admitirlo? ¿O necesitas que te saque una disculpa a golpes?

—Inténtalo —le retó Lance—. Te aseguro que no podrás.

—Me gustaría comprobarlo.

—Basta —intervino Kevin con impaciencia—. Ya estoy cansado de que nos comportemos como chiquillos —añadió y miró a Alex—. Nos equivocamos contigo y yo quiero disculparme.

Kevin le tendió la mano y Alex se la estrechó sin titubear.

—Gracias, Novak.

—Oh, por el amor de… —protestó Lance.

—Calla, hermano —lo interrumpió Mitch—. No hay más vuelta de hoja. En nuestro negocio, tienes que saber cuándo reconocer la derrota. Y ésta es una de esas ocasiones.

Uno por uno, todos los hombres siguieron el ejemplo de Kevin. Lance, el último, dio un paso adelante y también le estrechó la mano a

Alex.

—Sigues sin gustarme —le dijo Lance.

Alex inclinó la cabeza.

—El sentimiento es mutuo.

—Pero te respeto —añadió Lance con una media sonrisa.

Aquella admisión tomó a Alex por sorpresa y tardó un momento en responder.

—Creo que los dos podemos empezar aquí y ver adonde nos lleva.

—Me parece justo.

—Ahora que hemos terminado con la parte emotiva, pongámonos manos a la obra, ¿no? —propuso Darius con tono seco. Se acercó a la mesa de juntas y, cuando todo el mundo estuvo sentado, les repartió copias de su informe—. Quiero que todos entendáis que se trata sólo de conjeturas. Son conjeturas sólidas, pero no tenemos pruebas suficientes para llamar a la policía. Lo único que puedo asegurar sin temor a equivocarme es que Alex no es responsable del incendio en petróleos Brody. Tengo testigos oculares y recibos de tarjetas de crédito que prueban que la noche del suceso estaba muy lejos de allí.

—Entonces, ¿de quién sospechas? —preguntó Lance.

—Si nos fijamos en el orden de los hechos, está claro que guardan un orden interesante —intervino Alex—. Por lo que Mitch ha podido descubrir en su revisión de los libros de cuentas, ha habido un desfalco de trescientos mil dólares.

Kevin silbó.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Como pensó Darius. Han estado utilizando una compañía con un nombre similar a Helping Hands. Cuando llega una factura del centro de acogida, se emiten dos cheques. Uno por el centro y otro para Helping Hearts. Todos los cheques han sido cobrados en el mismo banco —explicó Alex y miró a todos los presentes, uno a uno—. ¿Y no es curioso que hace un año, justo antes de que se emitiera el primer cheque, el presidente de ese banco fuera aceptado como nuevo miembro del Club de Ganaderos de Texas?

—¿Quién lo propuso? —inquirió Lance.

—Sebastian Huntington.

Lance se encogió.

—Vaya, a Kate no va a gustarle. Rebecca y ella son amigas íntimas.

—Nosotros creemos que Huntington hizo que su capataz, Cornelius Gentry, provocara los incendios con la intención de que nos enfrentáramos entre nosotros y, así, distraernos el tiempo suficiente para reemplazar los fondos que faltan —señaló Darius, retomando el hilo—. Como es tesorero del club, tenía la posibilidad de arreglarlo todo para que nadie lo hubiera averiguado nunca.

—Si nos hubiéramos dejado distraer y nos hubiéramos entretenido

peleando —

añadió Alex.

—¿Cómo has relacionado a Gentry con los incendios? —inquirió Justin.

Alex miró a su futuro cuñado.

—Del mismo modo en que me culparon a mí al principio. Gentry tiene una furgoneta parecida a la mía. Y el muy idiota paró a reposar a un par de kilómetros de la refinería, quince minutos antes de que todo saliera ardiendo.

—Desde luego, ese Gentry no es muy listo —comentó Darius y señaló otro de los puntos de su informe—. La policía también ha encontrado huellas de pisadas idénticas en la refinería y en el establo de Alex. Como son dos números más pequeñas que el pie que usa Alex, es otra prueba más de que no fue él. Si relacionamos a nuestro hombre con esas huellas, y creo que podremos, tendremos una prueba. Si asociamos a Gentry con los incendios y lo presionamos un poco, nos entregará a Huntington.

Lance maldijo.

—Admito que Huntington no me gusta. Es un esnob pomposo y arrogante.

Pero, aun así, es el padre de Rebecca y yo adoro a esa mujer —afirmó Lance y le lanzó a Alex una mirada heladora—. Aunque muchas veces ella se haya equivocado con los hombres.

Alex intentó controlar la rabia que lo consumía. No quería pensar en Rebecca.

No allí, en presencia de esos hombres. Había creído que iba a ser capaz de superar volver a verla y de olvidar el amargo dolor que había sentido en el pasado. Pero aquello, combinado con la animosidad que vibraba entre los demás hombres allí reunidos y él, hizo que le hirviera la sangre. No era sólo por cómo lo habían tratado los Brody durante el instituto ni por la rivalidad que había mantenido con Lance en el equipo de fútbol. Los Brody también habían manifestado su desaprobación cuando él había salido con Rebecca en la universidad. Y, cuando su relación se había terminado, le habían hecho la vida imposible.

—Déjalo, Lance —le pidió Mitch.

Pero Alex sabía que no iba a dejarlo.

—Dilo, Brody —lo retó Alex—. No te contengas.

—La utilizaste —le espetó Lance, dejando fluir su viejo resentimiento—.

Querías acostarte con la hija del jefe de tu madre e hiciste todo lo posible para seducirla antes de dejarla tirada como basura. Según los rumores, fue por una apuesta. ¿Es cierto? ¿Tu viejo colega,

El Gato

, y tú apostasteis sobre quién de los dos sería el primero?

—No tienes ni idea de qué estás hablando —le respondió Alex, lleno de rabia—.

Huntington le llenó la cabeza de mentiras, mentiras que ella eligió creer.

—Eso no es lo que se dice.

Alex se obligó a relajarse, echando mano de su voluntad de acero y de la tenacidad que le había ayudado a ganar su primer millón.

—Y todos sabemos lo digno de confianza que es Sebastian Huntington. Su palabra es la ley.

Un incómodo silencio se adueñó de la habitación durante un minuto antes de que Darius volviera a retomar su informe.

—Es mejor que nos concentremos en el tema que nos ocupa —sugirió Darius y esperó a que todos lo miraran—. Sólo tenemos pruebas de que ha habido un desfalco. Y no es difícil que Sebastian Huntington esté implicado.

—He hablado con algunos de los miembros de la junta directiva —informó Mitch—. En privado. Todos dicen lo mismo: quieren que Huntington deje el puesto de tesorero…

Justin dio un respingo.

—¡No me digas!

—… y que reponga el dinero. Algunos piensan que debe dimitir del club.

—¿Sólo algunos? —repitió Kevin con indignación—. No hay ninguna duda de eso.

—En apariencia, sí la hay —señaló Mitch—. Ha sido un miembro honorable durante décadas. Puede que para nosotros no sea más que un asno pomposo, pero los de la vieja hornada no piensan lo mismo.

—Me suena —murmuró Alex y suspiró—. Hablaré con Huntington y le diré que debe reponer el dinero.

Los hermanos Brody intercambiaron miradas con gesto incómodo.

—No creo que… —comenzó a decir Lance.

Alex lo interrumpió sin miramientos.

—No me importa lo que tú creas. Hablaré con Huntington. Encargaos de Gentry como queráis. Quizá podáis sacarle la verdad. Si señala al padre de Rebecca, entonces podéis haceros cargo del tema como prefiráis. Yo no tengo ningún reparo en ver a Gentry y a Huntington pudriéndose en la cárcel.

—¿No te importa lo que eso significaría para Rebecca? —preguntó Lance.

Alex se apoyó en la mesa, acercándose a él con expresión implacable.

—Él no tuvo ningún miramiento con mi madre y con mi hermana cuando nos echó del rancho. Todo porque yo tuve el atrevimiento de

enamorarme de su hija. Por lo que a mí respecta, la muerte de mi madre fue consecuencia de las acciones del viejo. Por eso, no me preocupan los sentimientos de Rebecca cuando el bastardo de su padre sea metido en prisión —afirmó Alex. Ya había tenido bastante, se dijo. Más que bastante. Echó hacia atrás la silla y se puso en pie—. ¿Hemos terminado? Tengo asuntos de los que ocuparme.

Asuntos que, de nuevo, tendrían que ver con el mundo de Rebecca, pensó Alex.

Tras salir de la sala de reuniones, echó un vistazo a la cafetería. Ella seguía allí sentada, comiendo con Kate.

Rebecca se había recogido su cascada de cabello pelirrojo en un elegante moño.

¿Sabría ella lo provocativo que era ese peinado? Dejaba al descubierto la textura cremosa de su cuello y la nuca. Cuando se habían tropezado antes, él había tenido que echar mano de todo su autocontrol para no acariciarle el cuello, para no tomarla por la nuca y saborear sus carnosos labios, descubrir si seguían siendo tan dulces y ver los ojos verdes de ella brillar de pasión.

Por mucho que despreciara a esa mujer, pues Rebecca Huntington había convertido su vida en un infierno, seguía deseándola. Y, de alguna manera, algún día, volvería a ser suya.

Aunque, en esa ocasión, sería según sus propias condiciones, se prometió Alex.

Capítulo 2

Rebecca había planeado preguntarle a su padre sobre el tema en la cena. Pero, cuando entró en el comedor, el ama de llaves, Louise, le informó de que su padre había salido a cenar con sus colegas. Parecía ridículo comer en tan solitario esplendor pero, como la mesa estaba puesta y la comida preparada, ella no pudo hacer otra cosa que disfrutar de la rica cena que Louise había preparado.

Poco después de las nueve, Louise apareció en la puerta de la biblioteca, donde Rebecca estaba acurrucada leyendo un libro.

—Ha venido un hombre a ver al señor Huntington. Cuando le informé de que su padre había salido, insistió en hablar con usted.

Alex esquivó a Louise y entró con paso firme en la biblioteca.

—Gracias, yo mismo puedo presentarme.

Rebecca se puso de pie de un salto, dejando caer el libro al suelo. Louise miró a ambos con ojos como platos. Sin duda, el ama de llaves habría oído los rumores sobre su historia y no sabía cómo reaccionar.

—Yo me ocuparé del señor Montoya —le dijo Rebecca al ama de llaves.

Alex esperó a que la puerta se cerrara detrás de la otra mujer. Luego, se agachó y recogió del suelo el libro de Rebecca. Echó un vistazo a la portada antes de tendérselo a ella.

—Siempre te gustó la ciencia ficción.

Rebecca no se molestó en ser educada. Prefirió ir directa al grano.

—¿Por qué has venido? Louise dice que querías hablar con mi padre.

—Es algo relacionado con el Club de Ganaderos de Texas. Bastante urgente.

¿De veras no está o es que no quiere verme?

—Las dos cosas.

Alex sonrió.

—¿Cuándo regresará?

Rebecca se sintió presa del miedo. Aquello debía tener que ver con la reunión que había presenciado en el club y con las irregularidades en las cuentas que le había mencionado Kate. Ella había llamado a su amiga después de la cena, con la esperanza de que la pusiera al día, pero había tenido que dejar un mensaje en el contestador. En ese momento, se preguntó si habría una razón para que Kate hubiera preferido no responder su llamada.

Miró a Alex con lo que esperaba que fuera una expresión serena. Al darse cuenta de que él seguía esperando una respuesta, se encogió de hombros.

—Mi padre no dijo cuándo volvería. ¿Por qué no lo llamas por la mañana?

Alex rió.

—Sé realista, Becca. Él nunca respondería a mi llamada. Esperaré a que vuelva.

Estoy seguro de que no te importa.

Como si estuviera en su casa, él se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla más cercana. Llevaba una camisa blanca como la nieve que resaltaba su fuerte torso, tan musculoso como cuando había sido jugador de fútbol. De hecho, Rebecca lo encontró todavía más impresionante, gracias al refinamiento y a la elegancia que le habían dado los años. Llevaba una corbata de seda de color rubí y un sujetacorbatas de oro, con gemelos a juego. Era un hombre imponente, lleno de seguridad en sí mismo. Rico.

Y él lo sabía.

A menos que eligiera echarlo, algo casi imposible, Rebecca no tenía otra opción más que rendirse con elegancia.

—¿De qué trata esto, Alex? Ya sé que es sobre el Club de Ganaderos. ¿Pero sobre qué en concreto?

Alex lo pensó un momento e inclinó la cabeza.

—Estoy seguro de que Kate ya te lo ha dicho, así que da igual —comentó él.

Rebecca no se molestó en corregirlo.

—Tiene que ver con las irregularidades en la contabilidad.

Ella tragó saliva. La garganta se le había quedado seca.

—¿Qué clase de irregularidades?

—Falta dinero.

«Oh, cielos», pensó Rebecca.

—¿Cuánto?

—Trescientos mil.

Rebecca se quedó pálida y sintió que le temblaban las rodillas. Alex se acercó a ella como un rayo. Con manos fuertes y poderosas, la agarró de los brazos y la acompañó al sofá.

—Siéntate —ordenó él y, cuando ella titubeó, insistió con impaciencia—: No seas ridícula, Becca. Te vas a venir abajo tanto si te sientas como si te caes al suelo. Es mejor sentarse, ¿no?

—Tú crees que mi padre lo robó, ¿verdad? Crees que es el responsable.

Alex la ayudó a sentarse en el sofá y se sentó a su lado, sin soltarla. Ella sintió el calor de su contacto.

—No es que lo crea —dijo él y, de inmediato, aplastó las esperanzas de ella, añadiendo—: Sé que robó el dinero. La prueba es innegable.

—Debe de haber algún error, alguna explicación razonable —empezó a decir ella con gesto de pura preocupación—. Por favor, Alex…

—Siempre haces lo mismo —replicó él y la miró a los ojos—.

Siempre lo defiendes. No importa qué haga, lo despreciables que sean sus acciones, siempre te pones de su lado.

—No quiero hablar del pasado —señaló ella. No podía soportarlo. Incluso después de siete largos años, sus heridas seguían abiertas—. Puede que mi padre despidiera a Carmen, aunque yo le rogué que no lo hiciera, pero sus acciones no fueron ni la mitad de despreciables que las tuyas.

Alex puso un gesto impasible y cruel que ella nunca había visto en él.

—Estás hablando de la apuesta.

Rebecca intentó escapar del sofá, pero él la sujetó, negándose a darle el espacio que necesitaba con desesperación.

—Claro que estoy hablando de la apuesta. La que hiciste con Rodríguez.

—Siempre he tenido curiosidad —comentó él y ladeó la cabeza, observándola—

. ¿Cómo exactamente se enteró tu padre de esa apuesta?

Ella se removió incómoda en su asiento.

—Esas cosas se saben, Alex. La gente… alardea de cosas.

—Eso quiere decir que yo debí de haber alardeado de ello, orgulloso de haber ganado la apuesta. Así que, primero, te llevé a la cama por una apuesta y, luego, fui alardeando de mi fácil triunfo —dijo él e ignoró cómo ella se encogía—. Sí, ya veo que eso crees. Crees que soy esa clase de hombre. Un hombre capaz de robar la inocencia a una joven y de fanfarronear sobre ello. Un hombre que miente y engaña para conseguir lo que quiere.

—No sigas, Alejandro.

Pero él no se detuvo.

—Y, como yo era un mentiroso, un tramposo, un ladrón de virtud, tu padre me echó, no sólo a mí, sino también a mi familia. Como castigo por haber tenido la audacia de tocarte, dejó a mi hermana sin hogar y le provocó a mi madre una muerte temprana. ¿Es ése el hombre a quien defiendes, dulzura?

Rebecca se habría tapado los oídos si hubiera podido. Pero Alex seguía sujetándola, obligándola a escuchar todas y cada una de sus odiosas palabras.

—No. No me llames así. No tienes derecho. Ya, no —le espetó ella. Pero no fue buena idea.

—Nunca tuve derecho, ¿verdad? —replicó él en tono brusco—. Tú me metiste en tu cama y, aun así, te sentiste culpable. Sucia.

—Eso no es cierto —negó ella al instante—. Yo te amaba.

—Yo era el hijo de la criada.

¿Cómo podía pensar él eso? Rebecca nunca lo había visto así. Nunca.

—A mí no me importaba eso.

Él la miró furioso.

—Quieres decir que no te importa ahora. Ahora que tengo dinero y una posición y el mejor rancho de todo el condado de Maverick —repuso él y maldijo. Se aflojó la corbata como si le estuviera estrangulando—. Y ahora tengo el poder de decidir el futuro de tu padre… además del tuyo.

Nada de eso tenía sentido. Nada.

—Mi padre es un genio de los negocios. Sus aptitudes empresariales no tienen parangón. ¿Por qué diablos iba a necesitar robarle dinero al club? —protestó Rebecca—. Es obvio que hay algún error.

—Tienes razón. Se le da bien acumular dinero. Además, como lo ha robado justo delante de mis narices, me ha otorgado el placer de poder hacerle pagar por ello.

Rebecca se humedeció los labios mientras intentaba encontrar algo que decir para defender a su padre. De inmediato, la llama del deseo se dibujó en el rostro de él. En ese momento, el tiempo pareció ralentizarse y la situación tomó un nuevo rumbo, más peligroso. Ella no pudo evitar que todo su cuerpo se consumiera por el hombre que tenía delante.

Alejandro Montoya.

El silencio los envolvió. El único sonido era el de sus respiraciones. Rebecca inhaló con fuerza, pero sólo consiguió llenarse los pulmones con el aroma de él. Un olor a limpio y algo especiado. Alex le apretó los brazos y ella recordó cómo esas mismas manos la habían acariciado hacía años. Habían sido manos fuertes, cuando la había tomado en brazos y la había llevado a la cama. Tiernas, cuando la había desnudado y le había acariciado partes del cuerpo que ningún hombre le había visto antes. Y suaves, cuando sus cuerpos se habían unido y él le había enseñado los placeres de la pasión.

El mundo se desvaneció alrededor de Rebecca, que sólo pudo concentrarse en Alex. Él se convirtió en su único universo y ella vio que se acercaba despacio, lo bastante despacio para dejarle adivinar sus intenciones y para darle tiempo a apartarse si hubiera querido. Pero ella no quiso. Le habría gustado pensar que era por simple curiosidad. Sin embargo, sabía que era mucho más que eso. Necesitaba saber, de una vez por todas, si la pasión que sentía era real o sólo una sombra de lo que habían compartido en el pasado.

—Dulzura… —murmuró él.

Entonces, Rebecca se rindió. ¿Cómo podía haber olvidado lo que habían vivido juntos? Vivir sin él había sido demasiado doloroso, así que había intentado guardar los recuerdos en un rincón de la memoria como forma de supervivencia. En ese instante, todos los recuerdos se

despertaron al mismo tiempo, rompiéndola en mil pedazos por dentro.

Alex posó la boca sobre sus labios, firme y experimentado, con más confianza que nunca. Reclamó los labios de ella como si tuviera todo el derecho. Y ella no quiso resistirse, le pareció que no tenía sentido. Así que no lo hizo. Entreabrió los labios y se estremeció al sentir su lengua y su sabor, el más dulce del mundo.

Rebecca se echó hacia atrás en el sofá y Alex la siguió, acomodándose contra su cuerpo. Él le deslizó las manos por debajo de la blusa de algodón, mientras ella comenzaba a desabotonarle la camisa. Cuando lo consiguió, posó las manos en la calidez de su pecho, acariciándole cada músculo.

Alex hizo lo mismo y ella se estremeció al sentir las caricias de sus manos callosas. Alex podía ser uno de los hombres más ricos del estado, pero en su corazón era y siempre sería un hombre de la tierra. El Diablo no era un mero juguete para él; era un rancho en funcionamiento y, a juzgar por los callos de sus manos, tostadas por el sol, él mismo se ocupaba del trabajo duro.

Alex deslizó las manos hacia arriba hasta posarlas sobre sus pechos.

—Nunca he podido olvidar la suavidad de tu piel. Parece de terciopelo. Y, cuando la miro… es más blanca que la luna.

Alex le acarició los pezones haciendo círculos y un suave gemido se escapó de boca de Rebecca sin remedio. Ella tomó su rostro entre las manos, recorriendo sus rasgos, sus pronunciados pómulos, una boca grande que rogaba ser besada, su fuerte mandíbula con una sombra de barba, la misma que ella había acariciado con la punta de los dedos en innumerables ocasiones.

Entrelazó los dedos en su pelo, deleitándose en tomar el control del acercamiento. Se incorporó un poco para poder mordisquearle los labios, hasta que Alex dejó escapar un gemido y se apretó contra ella. Ella abrió las piernas para dejarle más sitio y se regocijó en secreto al ver cómo una pronunciada erección se le marcaba bajo el pantalón.

Rebecca deseó tomar al hombre de negocios y desnudarlo de su sofisticación, reducirlo a ese algo tan elemental y primitivo que lo hacía único. Deseó disfrutar de nuevo la pura esencia masculina del hombre del que se había enamorado en una ocasión.

Se sintió fuera del tiempo. Sintió que, en ese instante, todo era posible. Sin embargo, su ensimismamiento tuvo un final abrupto cuando la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y chocó contra la pared.

—¿Qué diablos está pasando? —rugió Sebastian Huntington.

La llegada de su padre sacó a Rebecca de su arrobamiento de forma tan eficaz como la bofetada de un hipnotizador sacaba a su sujeto del trance. Ella sabía que no tenía sentido intentar quitarse a

Alex de encima. Para empezar, él era demasiado pesado y fuerte, sobre todo si no tenía intención de apartarse, lo que sospechó que era el caso. Además, el daño ya estaba hecho.

Alex miró al otro lado de la habitación, a su padre, y esbozó una sonrisa lobuna.

—Estás interrumpiendo un momento privado —dijo Alex—. La próxima vez, llama antes de entrar.

Sebastian lo miró, sin dar crédito.

—Es… es mi casa. No tengo que llamar para entrar en una habitación en mi propia casa.

—Debes hacerlo si quieres evitar escenas como ésta —dijo Alex y se incorporó para levantarse del sillón. Se pasó la mano por el pelo que Rebecca le había revuelto y la ayudó a levantarse. Se tomó su tiempo en abotonarse de nuevo la camisa y en metérsela por el pantalón. No se molestó en anudarse la corbata—. Veo que sigues siendo tan arrogante como siempre, Huntington. Veamos durante cuánto tiempo.

—Alex… —intentó interceder Rebecca.

Alex meneó la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Becca.

—Pero…

Alex le lanzó una mirada y Rebecca cerró la boca. Por desgracia, él tenía razón.

Aquello no era asunto suyo, excepto porque era su padre quien estaba involucrado.

Ella no quería meter las narices en la información sobre el dinero faltante, ni en los malentendidos que habían llevado a Alex a creer que su padre era culpable. Pero se quedaría junto a su padre para ayudarlo mientras se aclaraba el malentendido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —protestó Sebastian. Le lanzó a su hija una mirada de reprimenda—. Aparte de atacar a mi hija.

—¿Es eso lo que te ha parecido? —replicó Alex y sonrió—. Bueno, si eso te hace sentir mejor…

—Te lo repito. ¿Qué haces aquí? —insistió el viejo, furioso.

—La junta directiva del Club de Ganaderos me ha pedido que venga.

Rebecca observó con horror cómo su padre se ponía blanco. Sebastian abrió la boca unos instantes antes de poder decir nada.

—No te creo —consiguió decir al fin.

—Se han descubierto irregularidades en las cuentas del club. Se han extendido cheques a favor de una compañía falsa —afirmó Alex e inclinó la cabeza con gesto burlón—. Cheques firmados por ti.

Sebastian apretó los puños.

—Los únicos cheques que he extendido corresponden a

anotaciones contables legítimas.

Alex se cruzó de brazos.

—¿Cómo los cheques para Helping Hearts?

Rebecca frunció el ceño.

—Querrás decir Helping Hands. Es el centro de acogida para mujeres donde trabaja Summer. ¿No son parte del programa benéfico del Club de Ganaderos de Texas?

—Helping Hands es el programa que subvencionamos. Pero no tengo ni idea de qué es Helping Hearts —contestó Alex, sin quitarle los ojos de encima a Sebastian—.

Pero, ya que tu padre les ha extendido varios cheques, muy generosos, espero que pueda contárnoslo. Sobre todo, teniendo en cuenta que todos los cheques fueron cobrados en el mismo banco por el mismo presidente de la entidad, quien casualmente se unió al Club de Ganaderos poco antes de que se cobrara el primer cheque —informó y esperó unos segundos antes de continuar—. Así que explícale a tu hija, Sebastian, ¿qué es Helping Hearts?

Rebecca observó conmocionada cómo el rostro de su padre comenzaba a sudar.

—Tendría que examinar las anotaciones, comprobar las facturas, si es que puedo encontrarlas.

—Eso es muy fácil. Yo tengo copia de todos los cheques en cuestión, todos firmados por ti y aprobados por tu amigo banquero, Rhymes. Pero las facturas brillan por su ausencia.

Sebastian levantó la barbilla.

—Entonces, no puedo ayudarte.

—No hay ninguna factura de Helping Hearts —repitió Alex con suavidad—.

¿No te parece una curiosa coincidencia?

—Suele pasar. Estarán mal clasificadas.

—O rotas en pedazos, si es que han existido alguna vez.

Sebastian se encogió de hombros.

—Si eso es todo…

—Ni mucho menos. Se va a hacer una auditoría, Huntington. Y, cuando se haga, estarás acabado. ¿Cuánto dinero van a descubrir que falta? Por lo poco que he podido averiguar, se habla de trescientos mil dólares.

—¡Papá!

Sebastian se encogió.

—No tienes derecho…

Alex dio un paso al frente y habló con voz baja y firme.

—Tenemos todo el derecho, hijo de perra. Te sientas en tu gran mansión y actúas como si fueras superior al resto del mundo.

—Mi riqueza proviene de muchas generaciones atrás y…

Alex lo interrumpió.

—¿A quién le importa? ¿Crees que a la junta directiva va a importarle?

Cuéntaselo a tus compañeros de celda. Quizá a ellos les importe quiénes eran tus antepasados y cuáles fueron sus logros. Personalmente, yo no veo ningún pedigrí en ti. Sólo veo a un ladrón.

Sebastian se quitó la corbata como si lo asfixiara.

—¡No tienes pruebas!

—¿Cuánto tiempo crees que tardaré en conseguirlas? ¿Crees que Rhymes se quedará callado cuando lo acusemos de fraude? ¿A quién crees que señalará, sobre todo si le ofrecemos un trato?

A Sebastian se le aceleró la respiración y se pasó una mano temblorosa por la frente, pero Alex continuó.

—Igual que Gentry va a señalarte a ti como instigador cuando lo prendamos por haber incendiado la refinería de los Brody y mi rancho.

—¿Qué?

Sebastian se tambaleó y Rebecca corrió a su lado, anidándolo a sentarse en la silla más cercana. Luego, corrió al otro lado de la sala y sirvió un vaso de

whisky

.

Regresó junto a su padre y le colocó el vaso entre las manos.

—Tranquilo, papá. Bebe esto.

—Te juro, Rebecca, que no he tenido nada que ver con esos incendios —le susurró Sebastian a su hija—. No tengo ni idea de qué está hablando Montoya.

Ella lo creyó.

—¿Por qué iba mi padre a pedir a su capataz que provocara los incendios? —le preguntó ella a Alex—. ¿Qué motivos podría tener?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros —admitió Alex—. Pero, teniendo en cuenta cómo hemos estado todos desquiciados, como un puñado de hormigas enloquecidas cuando su hormiguero es atacado, el motivo nos parece obvio. Tu padre necesitaba tenernos ocupados a los Brody, a mí y a varios otros miembros del club para distraernos de las finanzas del club. Pretendía hacer que nos peleáramos entre nosotros mientras él se cubría las espaldas.

—¡Estás loco! —susurró Sebastian, con ojos como platos—. ¡Cielo santo! ¿Crees que no me doy cuenta de lo que pasa? Tú estás detrás de los incendios, si es que fueron provocados.

Alex rió sin poder creer lo que oía.

—¿Por qué iba yo a quemar mi propio establo?

—Para implicarme a mí —repuso su padre con tono asertivo—. Eres un tonto, Montoya, si crees que alguien va a creerme capaz de

hacer algo así. Todos se darán cuenta de que no es más que una vulgar venganza por haber despedido a tu madre hace años. Yo no he tenido nada que ver con los incendios. Nada.

Rebecca no pudo evitar darse cuenta de que su padre no negaba tener algo que ver con la sustracción de fondos del club. Se le encogió el estómago.

—¿Y el dinero? —preguntó ella.

Sebastian se tomó el *whisky* de un trago, cerró los ojos y asintió. Durante treinta segundos, Rebecca no pudo moverse. No era capaz de digerirlo. Entonces, de pronto, lo entendió. No. Por favor, no. ¿Cómo podía su padre haber hecho algo así? ¿Por qué iba a hacerlo?

Consciente de que Alex la miraba, Rebecca se enderezó despacio y lo miró a la cara.

—Si, y sólo si, mi padre ha tenido algo que ver con alguna de las irregularidades en las cuentas del club…

—Por decirlo de forma suave, ¿no? —la interrumpió Alex con gesto severo—.

Se llama desfalco, Becca. Él robó el dinero.

Ella apretó los labios para no delatar su pánico.

—Si él robó el dinero, ¿le darás la oportunidad de devolverlo?

—No lo tengo —admitió Sebastian con cautela—. Lo invertí y la inversión aún no ha dado beneficios.

Rebecca no pudo controlar un pequeño grito de consternación.

—¿Por qué? ¿Por qué tenías que hacer algo así?

—Porque es un arrogante —respondió Alex antes de que Sebastian pudiera hacerlo—. Porque se cree que tiene derecho.

—Porque estoy al borde de la bancarrota y pensé que esa inversión lo arreglaría todo. Rodríguez me juró que sería así.

Rebecca sintió cómo la atmósfera que los rodeaba se hacía más pesada.

—¿Rodríguez? —repitió Alex—. ¿Pablo?

Sebastian se encogió de hombros.

—Pablo.

El Gato. Tu viejo amigo. No me di cuenta de que él estaba detrás de la inversión hasta que fue demasiado tarde. Las primeras inversiones fueron bien.

Ambos pusimos cantidades pequeñas de dinero. Pero, luego, todo se fue al infierno.

Cuando quise darme cuenta, me había metido hasta el cuello.

—¿Cómo? —inquirió Alex.

—Él me ofreció pagar una cantidad mínima de mi participación en

la inversión y, como un tonto, caí en su trampa. Cuando el asunto siguió adelante, tuve que poner todo el dinero rápidamente. Entonces, descubrí la identidad de mi nuevo socio —

explicó Sebastian con gesto dolorido—. No hace falta que te diga que Rodríguez no se anda con tonterías.

—Entonces, robaste el dinero del club.

—Sí. El plan era reemplazarlo en cuanto me devolvieran los beneficios de mi inversión.

—Pero las cosas salieron mal. Perdiste todo lo invertido, ¿no es así?

Sebastian hizo una mueca.

—Ya veo que sabes cómo funciona. Debí haberlo adivinado antes de meterme en ello. En vez de eso, tomé dinero prestado…

—Lo robaste —lo interrumpió Alex.

Sebastian levantó la cabeza y miró al otro hombre.

—Quieres machacarme, chico, ¿verdad?

Alex dio un paso hacia él, lo que bastó para que el viejo se hundiera en la silla, encogido.

—Lo primero es que ya no soy un chico, Huntington. Dejé de serlo el día en que destruiste mi familia.

—¡Tú la destruiste sólito! —se defendió Sebastian—. Si hubieras apartado las manos de mi hija, nada de eso habría sucedido.

Alex siguió hablando como si no lo hubiera oído.

—Y, en segundo lugar, tienes razón: pretendo machacarte. Y te agradezco que me lo estés poniendo tan fácil.

Sebastian se levantó, tembloroso, con un gran esfuerzo.

—Bien. Robé dinero. ¿Eso te hace feliz? Robé dinero al club y se lo entregué a Rodríguez. Él me juró que con eso se terminaría nuestro trato —dijo Sebastian y rió sin ganas—. Tenía razón. Se ha terminado. No tengo más dinero que darle, todavía le debo una fortuna y no tengo ninguna duda en que pronto me comunicará que la siguiente inversión que hicimos como socios también ha salido mal.

—Cuenta con ello —aseguró Alex y se cruzó de brazos—. Así que estás al borde de la bancarrota… ¿y cómo planeas devolver el dinero? —preguntó y miró a su alrededor—. Supongo que siempre puedes vender tu casa y la tierra que ha sido de tu familia durante incontables generaciones. Tendrás que mudarte a un sitio más modesto.

Un odioso silencio se cernió sobre ellos.

—Yo venderé Dulces Pequeñeces —ofreció Rebecca—. Soy dueña del edificio, además de la tienda. Con eso habrá dinero de sobra para cubrir lo que mi padre le debe al club y, probablemente, a

El Gato

.

—No —dijeron los dos hombres al unísono.

Si las circunstancias hubieran sido diferentes, Rebecca habría sonreído porque los dos estuvieran de acuerdo en algo. Pero, en ese momento, la situación no le parecía en absoluto divertida.

—Ninguno de vosotros tiene nada que decir al respecto.

—Ahí te equivocas —la corrigió Alex—. Es la deuda de tu padre y él la pagará.

—No puedes impedírmelo, Alex —protestó ella—. Si decido vender Dulces Pequeñeces, es asunto mío.

—¿Y cuando todo el mundo conozca la razón de tu venta? —replicó Alex—.

Somerset es un pueblo pequeño. ¿Crees de veras que tu padre podrá mantener la cabeza alta cuando todo el mundo se entere de que es un ladrón y que ha permitido que su hija lo saque del apuro? Tu padre no tardará mucho en vender la casa, aunque sólo sea para huir de la humillación, de los rumores y de las miradas de la gente.

¿Quién querrá seguir siendo amigo de los Huntington? Nadie. Todos os marginarán.

—¿Se te ocurre algo mejor? —quiso saber Rebecca.

—Tu padre me vende su casa. El dinero se repone rápido, sin escándalos. Yo me ocupo de Rodríguez. Y, luego, tu padre se va del condado de Maverick. Yo me encargaré de que no le falte dinero para vivir con comodidad hasta que se muera, siempre que sea cauteloso y no haga más inversiones arriesgadas. Pero la mansión de los Huntington se convertirá en propiedad de los Montoya.

Capítulo 3

—¡Fuera! —gritó Sebastian—. ¡Sal de mi casa, buitre! Yo encontraré una solución. Esta tierra nunca llevara tu nombre. Nunca, ¿me oyes?

Alex se limitó a sonreír.

—Tienes tres días para devolver el dinero al Club de Ganaderos de Texas o el equipo directivo llamará a las autoridades. Además, has sido relevado del cargo de tesorero, Mitch ocupará tu puesto. Y considera que tu pertenencia al club ha sido oficialmente suspendida —elijo Alex, tomó su chaqueta de la silla y se la puso—.

Encontraré el camino de salida.

Rebecca lanzó una breve mirada de angustia a su padre y siguió a Alex. Lo alcanzó en la entrada.

Alex hizo una pausa junto a la puerta principal y se volvió para mirarla.

—Sé lista y mantente al margen, Rebecca.

Qué formal. Qué frío. Aun así, Rebecca no podía dejarle marchar. No sin antes hacer todo lo posible para detener aquel dominó que los conduciría sólo a la destrucción. No le importaba si eso significaba que tendría que tragarse su orgullo.

Haría lo que fuera con tal de conseguir una solución amistosa y razonable para el problema de su padre.

—Por favor, Alex. Tiene que haber otra manera de resolver esto.

Alex la miró.

—Nunca he conocido a ninguna mujer que mostrara por mí ni la décima parte de la lealtad que sientes por tu padre —comentó él maravillado—. No importa lo que te haga a ti ni a la gente que depende de él para vivir, ni a los que se interponen en su camino. Tú sigues defendiéndolo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo defiendo. Si robó el dinero…

Alex arqueó las cejas.

—¿Si? —repitió él con suavidad.

Rebecca se debatió entre lágrimas.

—Sé que robó el dinero —aceptó ella. La herida era tan reciente y tan profunda que todavía no había tenido tiempo de sentir el dolor. Pero no dudaba que eso cambiaría. Y pronto—. Supongo que todavía no lo he digerido.

—Pues es mejor que empieces a hacerlo. A partir de mañana, tu vida sufrirá un cambio dramático.

—¿Mi vida? —preguntó ella, sin comprender—. Es mi padre quien…

Alex meneó la cabeza.

—¿Has vivido en Somerset toda la vida y sigues sin saber como

funcionan las cosas? —replicó él con incredulidad—. ¿Cuántos de tus supuestos amigos seguirán a tu lado cuando se descubra que tu padre es un ladrón?

Rebecca tardó un instante en entender sus palabras.

—Pero son mis amigos. ¿Por qué iban a…?

Alex soltó una risotada de amargura.

—Crece, Becca. Tu padre está debatiéndose al borde de la bancarrota. Se ganaba la vida invirtiendo el dinero de otras personas. ¿Quién crees que va a volver a confiarle su dinero después de esto? ¿Crees que no van a preguntarse si también los engañó a ellos en alguna de sus operaciones financieras pasadas? ¿Acaso crees que no empezarán a hacer acusaciones?

Rebecca estuvo a punto de negarlo, pero no se atrevió. Hasta ese día, habría jurado que su padre era el hombre más honesto del mundo, que el honor y la reputación lo eran todo para él. Sin embargo, en ese momento pensó que ya no conocía al hombre que había dejado en la biblioteca, un hombre que había confesado un crimen que él siempre habría reprobado con la misma dureza que un asesinato.

—Veo que estás empezando a comprender —dijo Alex—. Es hora de enfrentarse a los hechos, Rebecca. Tu vida va a cambiar. ¿Quién va a querer tener nada que ver contigo o con tu padre? Pueden pensar que su deshonestidad es un rasgo genético y que tal vez tú estés involucrada. ¡Y qué encantadas van a estar algunas personas al saber que los grandiosos Huntington han sido al fin destronados!

—¿Así es como tú nos ves, Alex? —preguntó ella y se atrevió a acercarse—. ¿Así me ves tú? ¿Cómo la hija de un ladrón?

—Eso es lo que eres.

Sus palabras la habrían herido más allá de lo soportable si Rebecca no hubiera percibido en el rostro de Alex que no era lo que pensaba. Ni siquiera un poco. Los ojos de él se llenaron al instante de arrepentimiento.

—Becca…

—Dime qué podemos hacer, Alex. Dime qué quieres.

El arrepentimiento desapareció de los ojos de Alex como si nunca hubiera existido.

—¿Y tú me lo darás?

—Sí. Pide y te lo daré.

—¿A cambio de que todo esto desaparezca?

Rebecca levantó la barbilla.

—No quiero que desaparezca. Mi padre debe el dinero. Aunque nos cueste el resto de nuestras vidas, lo devolveremos. Si podemos hacerlo sin que se haga público, bien. Si no, lo devolveremos también —afirmó ella y dio un paso más hacia él—. Pero mi padre no es culpable

de los incendios. Eso nunca lo creería.

—Antes de ayer nunca habrías creído que tu padre fuera un ladrón.

—Ayúdame, Alex —rogó ella. No podía creer que le estuviera pidiendo ayuda,

¿pero qué elección tenía? Una vez que Alex se proponía algo, era imposible de disuadir. Si ella pudiera concentrar sus esfuerzos en encontrar al verdadero culpable de los incendios, demostraría la inocencia de su padre—. Sólo te pido que me ayudes a desvelar la verdad. Ayúdame a encontrar al verdadero responsable de los incendios de la refinería y de tu rancho.

—Y, a cambio, ¿me darás lo que yo quiera?

—Sí.

Alex posó un dedo en el escote de su blusa de algodón y la atrajo más cerca.

—¿Y si lo que quiero es a ti, dulzura? ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar si quiero que tú seas el pago por mi ayuda?

Ella no titubeó.

—Sólo quiero lo mismo que tú. La verdad. Iré hasta donde haga falta y te daré lo que quieras para conseguirlo.

—Esperaba que dijeras eso.

Alex la sujetó de la nuca y la besó con pasión. Su boca la poseyó, la consumió, le prendió fuego y la hizo arder de deseo. Entonces, la soltó y dio un paso atrás. Ella sintió un escalofrío.

—Es muy tentador, dulzura —dijo él y la miró con expresión indescifrable—.

Por desgracia para ti, a mí no se me compra tan fácilmente.

Y dicho aquello, Alex la dejó en la entrada, sintiéndose amargamente destrozada.

Rebecca se tomó el día libre. Antes de volver a ver a Alex, necesitaba un día para aclararse y recomponerse. Debía proteger su corazón y alimentar su determinación, para no dejarse vencer por la desesperación.

Deseaba que pudieran encontrarse en su territorio o, al menos, en territorio neutral, pero Alex lo había hecho imposible. Él no apareció por el Club de Ganaderos de Texas, ni siquiera en su oficina. Así que ella tuvo que ir hasta su rancho, El Diablo.

En la entrada del rancho, Rebecca aparcó su descapotable y salió del coche.

Miró a su alrededor. Era una finca impresionante, con más de cuarenta hectáreas de pastos. La casa del rancho ocupaba la esquina suroeste de la finca. A lo lejos, se veían varias cabañas y un establo enorme en construcción. El ruido de sierras y martillos, salpicado de gritos de hombres trabajando, llegó hasta ella llevado por la fría brisa de otoño.

La mansión era impecablemente blanca. La parte central tenía dos pisos, adornada por pórticos y balcones. Y los lados se extendían con dos largas alas al estilo texano. Al verlo, Rebecca se llenó de consternación.

Ver El Diablo en todo su esplendor le demostraba, una vez más, que aquel hombre había dejado de ser su Alex. Algo que ella ya había sabido. Pero, hasta ese momento, no se había permitido verlo como era y aceptar que el muchacho que ella había conocido había quedado atrás. Alejandro Montoya no era ya un pobre adolescente de un barrio marginal. Era un hombre poderoso y capaz, con una fuerza imposible de no reconocer. También era un hombre rico, exitoso e influyente, decidido a destruir a su padre.

Rebecca levantó la barbilla en gesto desafiante. De alguna manera, conseguiría convencer a Alex y resolvería la situación para su mutua ventaja.

Regresó al coche y condujo por el amplio camino que llevaba al establo, donde sospechó que lo encontraría. Efectivamente, Alex estaba junto a la entrada principal, ante una mesa hecha con una tabla de madera contrachapada sobre un par de caballetes. Sobre la mesa se extendía un montón de planos. Un martillo, una palanca y un bote con clavos sostenían las hojas para que no se volaran con el viento.

—Tenemos que completar la instalación de agua y electricidad hoy —estaba diciendo Alex—. Asegúrate de que ponga entradas para mangueras aquí, aquí y aquí. El inspector de edificios viene mañana y no quiero que haya ningún retraso. El invierno está cerca y quiero que el establo esté terminado antes de Navidad.

—Sí, señor Montoya. No habrá problema.

—Gracias, Hank.

Entonces, Alex levantó la vista y miró por debajo de su sombrero de ala ancha.

No pareció sorprendido al verla. Sin duda, había estado esperando su visita.

—Me honras con tu presencia.

—¿Y eso por qué?

—Es la primera vez, desde que poseo El Diablo, que un Huntington se digna a venir.

—A pesar de ello, no veo ninguna banda de recibimiento ni cortesanos arrastrándose ante mí —bromeó ella con atrevimiento.

Alex torció los labios y, al instante, recuperó el control de la situación con gesto impasible.

—No me voy a molestar en preguntarte por qué has venido. Sólo te digo que estás malgastando tu tiempo y el mío. Puede que tú tengas mucho tiempo que perder. Pero yo, no.

—De todas maneras, escucharás lo que tengo que decirte.

Alex arqueó una ceja ante su osadía. Volvió la cabeza y le hizo una señal a Hank para que se fuera. El capataz desapareció al instante.

—Habla —ordenó Alex.

Rebecca nunca lo había sentido tan impasible y tan lejano. Sería más fácil conmover a una pared de granito que a ese hombre, pensó.

—Aunque no te va a servir de nada —añadió—. Tengo a tu padre justo donde lo quería y nada que digas o hagas va a cambiar las cosas. Así que empieza a hablar, señorita Huntington. Utiliza todos tus encantos.

Ella se esforzó en ocultar su desesperación.

—¿Aquí?

—Soy un hombre ocupado y ya he perdido bastante tiempo —repuso él, se quitó los guantes de trabajo y los dejó sobre la mesa. Plantó las manos sobre la tabla de madera y se inclinó hacia ella—. Así que aquí y ahora, o nunca.

—Bien, de acuerdo —aceptó ella y respiró hondo—. Te pido… te ruego… que me ayudes a descubrir quién provocó los incendios. A averiguar quién es el verdadero responsable. Sé que tú crees que es mi padre, pero te digo que no es así. Él es culpable de… —comenzó a decir y se interrumpió un momento. Se forzó a decir las palabras, por muy amargas que le resultaran—. Es culpable de robo. Pero no es un incendiario.

Alex meneó la cabeza.

—No es asunto mío averiguar quién provocó los incendios.

Rebecca echó mano de sus argumentos.

—Cuando te propones algo, lo consigues. Haces que las cosas sucedan. Por favor, haz que esto suceda.

Alex comenzó a negar con la cabeza de nuevo, antes de que ella terminara.

—No hay nada que puedas decirme, nada que puedas ofrecerme, nada lo bastante tentador como para que yo quiera ayudarte a ti o a tu padre con este asunto.

Aléjate de ello antes de que te salpique a ti también.

Rebecca percibió firmeza en su fría mirada. Supo que era hora de probar una táctica diferente.

—También tenemos que hablar sobre la devolución del dinero que se debe al club.

Incluso entonces, Alex permaneció impasible.

—Eso es algo entre tu padre y el club.

Alex había ganado el primer asalto, pero no ganaría otra vez, se dijo Rebecca.

Ella podía ser tan tozuda como él.

—Si pudiéramos tener un poco de tiempo… yo podría hacer pagos a plazo…

—Olvídalo, Becca —la interrumpió él—. ¿Crees que el Club de Ganaderos de Texas va a esperar años a que tu padre y tú devolváis el dinero que él robo? Ni siquiera quieren esperar unos días. Si hubiera dependido de los Brody, tu padre ya estaría pudriéndose en la cárcel.

Rebecca se sintió como si le hubieran dado una bofetada en la cara.

—¿Brody? ¿Lance Brody? ¿El marido de Kate?

—Eso es. En cuanto tuvo conocimiento de todos los detalles, el marido de tu mejor amiga pidió a la junta que hiciera arrestar a tu padre. Pero la junta decidió darle la oportunidad de devolver el dinero. Mi oferta de comprar Mansión Huntington era su única oportunidad de hacerlo.

Aquello le dolió a Rebeca.

—Preferiría no haber sabido que tu única motivación para dilatar el proceso ha sido apropiarte de nuestra casa —le espetó ella.

—¿Apropiarme…? —repitió él y soltó una maldición que hizo que ella se sonrojara—. ¿Por qué diablos iba yo a querer Mansión Huntington cuando tengo El Diablo? Tu casa supone un pozo sin fondo de gastos. Para empezar, ¿quién iba a poder permitirse comprarla?

Rebecca no lo había pensado. Conmocionada, intentó comprender mejor.

—Tú quieres vengarte. Quieres echar a mi padre del condado de Maverick.

Alex no lo negó.

—Preferiría hacer ambas cosas sin tener que colgarme esa cruz. Mira a tu alrededor, Becca. El Diablo es un rancho a pleno rendimiento. Se mantiene por sí mismo. Trabajo muy duro para conseguirlo. Tu padre, por otra parte, juega a ser ranchero. Pero te garantizo que su finca no da beneficios y lleva años sin darlos.

—No lo entiendo. ¿Entonces por qué…?

—¿Por qué iba yo a ofrecerme a comprar Mansión Huntington para que tu padre pueda pagar la deuda? Sencillo: quiero que se vaya. Él todavía no se da cuenta, pero no le queda otra opción. O me vende la casa a mí, o se la vende a Rodríguez.

Pero tendrá que venderla. Y pronto.

—Rodríguez —repitió ella y, de pronto, recordó algo que su padre había dicho la otra noche—. Mi padre dice que le debe dinero a él también.

Alex asintió.

—Estoy seguro de que es mucho más de lo que tú o tu padre podéis pagar.

—Pero si tú nos prestaras el dinero, usando Dulces Pequeñeces como aval, eso bastaría, ¿no es así?

Alex se encogió de hombros.

—Eso no es asunto mío, Rebecca. No me mezcles en ello.

—Viniste a nosotros como representante del Club de Ganaderos de Texas, ¿te acuerdas? Tú te mezclaste en ello.

—Se me escapa de las manos. Mitch Brody se ocupa de la tesorería ahora. Habla con él.

—Ya lo he hecho. Necesita el dinero y nosotros no lo tenemos. Pero yo tengo esto —dijo Rebecca. Abrió el bolso y sacó la escritura de Dulces Pequeñeces. La dejó sobre la mesa, entre las manos de él—. Como te dije la otra noche, poseo tanto el edificio como el negocio. Combinados, valen mucho más de lo que mi padre debe al club.

Alex no hizo amago de tomar la escritura.

—Ya hemos hablado de esto.

—Pues ahora lo estamos hablando de nuevo —afirmó ella, sin amedrentarse—.

No puedo acudir a Rhymes para pedir un préstamo, ya que él está involucrado en los negocios de mi padre. Por eso, te lo pido a ti. ¿Me extenderías un préstamo, usando Dulces Pequeñeces como aval?

Alex no titubeó.

—No. Pídeselo a los Brody. Ellos son tus amigos, no yo.

—Por eso exactamente no puedo pedírselo —repuso ella—. Son amigos. Les pondría en un compromiso y me niego a hacerles eso. Pero, si tú me prestas el dinero, todo el mundo sabrá que está a la alza porque tú desprecias a mi padre.

Alex soltó una carcajada.

—Nunca he entendido tu lógica y dudo que pueda hacerlo —señaló él. Se echó hacia atrás y pensó un momento—. De acuerdo, morderé el anzuelo. ¿Cómo sabrá la gente del condado de Maverick que está a la alza? Recuerdo que nosotros compartimos una aventura romántica y…

—Una aventura que no terminó bien —puntualizó ella—. Tienes todas las razones del mundo para no ayudarnos y muy pocas razones para hacerlo.

—Eso es.

Hubo un instante de silencio, hasta que ella suspiró.

—Tengo dos objetivos, Alex. El primero es ayudar a mi padre a devolver el dinero que debe. Te garantizo que alguien nos prestará el dinero. El segundo es demostrar que mi padre es inocente en lo que se refiere a los incendios y encontrar al culpable.

—No es muy inteligente, Becca. De hecho, es bastante peligroso.

—¿De veras? Sólo puedes detenerme de una manera —dijo ella y señaló la escritura—. Acepta mi oferta y ven conmigo a visitar a Darius para que pueda explicarnos por qué piensa que mi padre está implicado en los incendios. Ayúdame a averiguar la identidad del culpable. Si no, iré con mi oferta a otra parte.

Alex esbozó una cínica sonrisa.

—Creí que no querías pedírselo a tus amigos.

—Y no quiero. Pero, como *El Gato* tiene intereses personales en todo esto, quizá él quiera ayudarme.

—¡De ninguna manera!

Rebecca se dio cuenta de que a Alex se le habían escapado las palabras antes de tener tiempo de pensarlo mejor, si no, no le habría dado esa pequeña ventaja en su discusión. Ella sonrió y esperó. No tardó mucho. Él se quitó el sombrero, lo tiró al suelo a sus pies y maldijo.

—¿Quiere decir eso que aceptas? —se atrevió a preguntar ella.

Él la miró a los ojos.

—Deja que te lo aclare, Rebecca. No vas a pedirle nada a Pablo Rodríguez, y menos un préstamo.

Interesante, pensó Rebecca y ladeó la cabeza.

—No lo entiendo. Pensé que era tu amigo.

—Lo era. Lo es. Crecimos juntos, éramos buenos amigos de niños. Hasta hace poco, yo diría que seguíamos siendo amigos. Pero, ya que ha sido Pablo quien ha ayudado a tu padre a meterse en el lío en el que está, te aconsejaría que te mantuvieras alejada de él.

Ella estaba de acuerdo. Lo cierto era que había usado su nombre a propósito para ponerlo a prueba. Y la respuesta de Alex había suscitado su curiosidad.

—¿Por qué no debo acercarme a él?

Alex apretó los labios.

—Porque no sé qué quiere de tu padre. Hasta que lo sepa, no es recomendable que te interpongas entre ellos. Y te aseguro que no es inteligente deberle dinero a Rodríguez —repuso él y la recorrió con la mirada de arriba abajo.

Rebecca sintió que el cuerpo se le encendía de deseo e hizo todo lo posible para ocultarlo a la escrutadora mirada de él.

—Tampoco a mí deberías deberme nada —añadió Alex.

—Sólo por curiosidad, ¿lo utilizarías en mi contra? —preguntó ella, sin poder resistirse.

—Preferiría no tener que averiguarlo —repuso él y se inclinó para recoger el sombrero. La expresión de su rostro delataba que había tomado una decisión—. Te llevaré a ver a Darius. Quizá él pueda hacerte entrar en razón. Y, al menos, podrá explicarte por qué pensamos que tu padre está detrás de los incendios.

—No se trata sólo de una venganza contra mi padre, ¿verdad? —quiso saber ella, consternada—. Realmente crees que es culpable, ¿no es así?

Alex no lo dudó.

—No me cabe ninguna duda de que tu padre es culpable.

Después de darle instrucciones a Hank, Alex llamó a Darius para confirmar que estaba en el club. Luego, señaló hacia el coche de ella.

—¿Vamos juntos o por separado?

—Juntos —respondió ella.

De esa manera, tendrían más tiempo para seguir hablando del tema o, mejor dicho, discutiendo, pensó Rebecca. Además, la verdad era que le parecía menos traumático llegar al club con él que enfrentarse a las miradas y a los cuchicheos de los miembros del club si llegaba sola. Aquel incómodo pensamiento le hizo darse cuenta de algo todavía más incómodo.

Rebecca esperó hasta que hubieron salido de la finca para hacer una pregunta que la llenaba de vergüenza.

—Cuando mi padre deje el club, ¿la junta directiva también querrá que yo me vaya?

Alex titubeó antes de responder.

—No veo por qué.

—Sabes por qué —susurró ella, sin atreverse a mirarlo.

—Nos preocuparemos por ello cuando suceda.

Aquel «nos preocuparemos» iluminó la esperanza en el corazón de Rebecca.

Alex no era del todo inmune a ella ni a lo que estaba pasando. Quizá podría convencerlo para que la ayudara a averiguar la verdad. Si las pruebas apuntaban a su padre, lo aceptaría. Pero ella estaba segura, sin ningún género de dudas, de que su padre, aunque culpable del desfalco, no había tenido nada que ver con los incendios.

El hecho de ponerse en manos de hombres que estaban dispuestos a enviar a Sebastian Huntington a la cárcel no podía ser tomado a la ligera, caviló. Sin embargo, de alguna manera, encontraría el modo de convencerlos de que dejaran de lado su animosidad para poder encontrar al verdadero culpable.

Una oleada de miedo y de nervios la recorrió mientras se acercaban a la entrada del club.

—¿Qué va a decirme Darius? —preguntó ella fingiendo toda la calma que pudo.

—Que tu padre es culpable.

Alex le lanzó una rápida mirada.

—Lo digo en serio, Alex. ¿Qué prueba tan decisiva ha encontrado Darius?

—No va a decírtelo, Becca.

—¿Por qué no?

—Porque minaría los esfuerzos de investigación del fiscal para procesar a tu padre —contestó él y se giró en su asiento, para poder mirarla—. Te lo advierto, no va a haber ninguna posibilidad de

rebajar la pena. Cuando consigamos las pruebas que necesitamos, el culpable irá a la cárcel. Fin de la historia.

Rebecca entendía que Alex tenía razones para pensar así. Pero se trataba de su padre, del hombre que la había amado y protegido siempre, quien la había consolado tras la muerte de su madre. El hombre que la había criado y le había enseñado lo que estaba bien y lo que estaba mal. Al pensar en lo que había hecho, se le saltaron las lágrimas. Su padre había cruzado la línea de la legalidad, una línea que hasta entonces siempre había respetado.

Sin embargo, se negó a creer que su padre hubiera llegado tan lejos como para poner en peligro la vida de hombres y ganado en un incendio. Tras aparcar bajo la sombra de un árbol, respiró hondo, intentando calmarse. En las últimas cuarenta y ocho horas, su vida emocional se había convertido en una montaña rusa. Aunque sólo habían pasado dos días desde que había quedado en el club para comer con Kate, le parecía que había sido toda una eternidad.

—¿Estás lista?

La gentileza de la pregunta no hizo más que exacerbar el desasosiego de Rebecca. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero las mantuvo a raya echando mano de toda su fuerza de voluntad. Con la mirada fija al frente, se esforzó en no perder el control. Necesitaba dejar sus emociones a un lado y concentrarse en sus objetivos. Si no, se derrumbaría y no podría conseguir ayuda para que no encerraran a su padre.

Tomó aliento y, entonces, lo notó.

Era la más ligera de las caricias. Una caricia fugaz en la mejilla. Un mar de recuerdos la invadió ante aquel gesto tan familiar. ¿Cuántas veces en el pasado la había consolado Alex del mismo modo, animándola en tiempos difíciles con una sencilla caricia nada más? El hecho de que él le estuviera ofreciendo consuelo en ese momento, cuando se llevaban tan mal, significó mucho para ella.

Con obstinación, Rebecca se armó de fuerza. Levantó la barbilla y se giró hacia Alex, concentrándose en lo que se había propuesto.

—Estoy lista —dijo ella—. Quiero saber a qué nos enfrentamos.

Rebecca se dio cuenta de que Alex era presa de sentimientos contradictorios.

Por una parte, quería darle ánimos y, por otra, quería advertirle de la futilidad de sus esperanzas. Él suspiró.

—Me temo que te espera una gran decepción.

—Lo veremos.

Sin embargo, Rebecca comprobó con desesperación que las palabras de Alex habían sido proféticas. Darius no tenía ningún interés personal en el tema. Su enfoque era sencillo. Le explicó las pruebas que había descubierto y las posibles conclusiones a que conducían esas

pruebas. Además, se lo explicó con precisión lógica y actitud profesional, junto con un toque de compasión que le hizo pensar que Summer Martindale había elegido bien a su marido.

La prueba que Darius había recogido contra Cornelius Gentry era formidable.

Aun así, no era una prueba ni directa ni circunstancial contra Sebastian Huntington, como Rebecca se apresuró a señalar. Gentry podría haber actuado por decisión propia.

—Es posible —aceptó Darius—. Aunque, teniendo en cuenta su naturaleza, es poco probable. Hasta que lo encontremos, no lo sabremos seguro.

—¿Ha desaparecido? —preguntó ella preocupada.

Alex no se molestó en ocultar su cinismo.

—Lo más probable es que le hayan pagado para que desaparezca.

Rebecca se enfrentó a él.

—¿Y tú crees que mi padre le pagó?

—Para proteger sus intereses.

—No tiene sentido —afirmó Rebecca, captando de golpe la atención de ambos hombres. Un atisbo de esperanza brilló en su corazón, junto a un cierto alivio.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de ella—. Lo digo en serio. Pensad en ello: mi padre se jugó los fondos del Club de Ganaderos de Texas al invertirlos con Pablo Rodríguez, ¿verdad?

Ambos hombros asintieron.

—Si hubiera tenido algo de dinero de sobra, lo habría usado para saldar su deuda con el club y para que no lo acusaran de desfalco. Entonces, ¿dónde iba a encontrar dinero para pagar a Gentry? Yo conozco a ese tipo —señaló ella, sin ocultar un escalofrío de asco—. Pediría mucho dinero por desaparecer.

—¿Cómo que lo conoces? —preguntó Alex con brusquedad.

Ella titubeó antes de admitirlo.

—He tenido algunos encontronazos con él —explicó Rebecca y sintió la presión de sus interlocutores, que esperaban más información con las miradas fijas en ella—.

Se tomaba demasiada confianza. Con mucha arrogancia. Y, cuando lo reprendí y le di una advertencia, se rió de mí. Me dijo que mi padre nunca lo despediría.

—Eso no ayuda a apoyar la tesis de que tu padre sea inocente, Rebecca —

observó Darius.

—Más bien, al contrario —añadió Alex.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó ella, alarmada.

—Tu padre destruyó a mi familia sólo porque yo me atreví a tocarte. Supongo que Gentry sabía lo que tu padre nos había hecho —

replicó Alex.

Ella se humedeció los labios.

—Sí, lo sabía. Dijo que mi padre nunca lo despediría a él como había hecho con Carmen.

La mirada de lástima de Alex le resultó sumamente molesta a Rebecca.

—Si Gentry estaba tan seguro de su poder, debía de saber algo sobre tu padre.

Algo serio. Si hubiera provocado los incendios por orden de tu padre, tendría razones para sentirse tan seguro.

Capítulo 4

Rebecca necesitó unos segundos para comprender el comentario de Alex. En cuanto lo hizo, soltó un grito sofocado.

—No —negó ella con vehemencia—. No, no puede ser eso. Gentry debía de estar enterado de lo del dinero. Seguro que pensaba usarlo para hacerle chantaje.

—¿Cómo? —insistió Alex—. No es probable que tu padre se lo contara.

—Quizá oyó alguna conversación telefónica entre mi padre y Rhymes —repuso ella con desesperación—. Gentry podría haberse enterado de mil maneras. Además,

¿qué motivos podría tener mi padre para provocar los incendios de Petróleos Brody y de tu establo, Alex?

—Te lo expliqué la otra noche —contestó Alex con lógica implacable—. Para entretenernos para que no nos diéramos cuenta de que faltaba el dinero hasta que tuviera tiempo de devolverlo. Los incendios fueron sólo una táctica de diversión.

—Te estoy diciendo que él no lo hizo —insistió ella. Entonces, le surgió una nueva preocupación—. ¿Qué sucederá si la policía encuentra a Gentry y él le echa la culpa a mi padre? Podría ser su palabra contra la de mi padre.

Darius y Alex intercambiaron una breve mirada antes de que Alex respondiera.

—La palabra de un malversador de fondos contra la de un empleado.

Rebecca se encogió al escucharlo.

—Si yo fuera el abogado de Gentry, señalaría el hecho de que Huntington es un ladrón y que está desesperado. Diría que, como jefe, hizo presión sobre Gentry para que provocara los incendios y le prometió protegerlo con el nombre y la reputación de los Huntington. Como los incendios sólo causaron daño a la propiedad y no hubo ningún muerto, sospecho que Gentry podría recibir una sentencia reducida a cambio de testificar contra tu padre.

Rebecca se preguntó si se notaría lo conmocionada que estaba. En cierto sentido, había esperado entrar allí y descubrir que todo había sido un odioso error.

Había esperado que una simple conversación lo aclararía todo. Como poco, había contado con hacerse una idea de quién había sido el culpable. El que las pruebas señalaran hacia Gentry podría haber sido motivo para alegrarse, si no fuera porque Gentry estaba directamente relacionado con su padre.

—¿Cómo puedo demostrar que mi padre no lo hizo? —preguntó ella. De nuevo ambos hombres intercambiaron miradas. Ella se exasperó—. Miradlo desde mi punto de vista. Suponed que es

inocente. Debe de haber alguna manera de demostrarlo.

—No sabremos nada hasta que encuentren a Gentry —respondió Darius, tajante.

Ella negó con la cabeza. Su desesperación crecía por momentos.

—Podría ser muy tarde para entonces. Gentry tendría tiempo para pensar en usar a mi padre de cabeza de turco. Necesitamos preparar nuestra propia defensa con antelación.

—En ese caso, os recomiendo a tu padre y a ti que busquéis al mejor abogado que podáis permitiros.

La última palabra le llegó al alma a Rebecca como una bofetada. Ella sabía que Darius no lo había dicho a propósito. Y, aunque parecía un hombre dotado de gran empatía y paciencia, no podía hacer nada más por ella. De hecho, probablemente Darius le había revelado más de lo debido, teniendo en cuenta que investigaba un caso contra su padre. No tenía sentido prolongar aquella incómoda reunión por más tiempo, pensó.

—Gracias, Darius —dijo Rebecca—. Aprecio tu sinceridad.

—De nada.

Rebecca iba a irse, pero Alex la detuvo, tocándola con la mano.

—Tenía la intención de llamaros a Summer y a ti —indicó Alex, mirando a Darius—. Me gustaría celebrar una pequeña fiesta en vuestro honor. Había pensado invitar a los hermano Brody y sus esposas, a Justin Dupree y mi hermana, y a Kevin y Cara Nóvale. Como os habéis casado en secreto, no hemos tenido la oportunidad de celebrar vuestra boda.

Darius miró a Alex sorprendido.

—Es muy generoso por tu parte.

—Pero inesperado, ¿verdad?

Darius se encogió de hombros.

—Un poco, teniendo en cuenta tu lista de invitados.

Alex inclinó la cabeza con gesto comprensivo.

—Creo que todos hemos decidido que es hora de dejar atrás el pasado. Celebrar tu matrimonio con Summer nos ofrece una buena oportunidad.

Darius esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias, hombre. Sé que a Summer le va a encantar. Dinos dónde y cuándo y allí estaremos.

—En El Diablo. Y os llamare para claros la fecha exacta. Estaba pensando hacerlo un par de semanas antes de Navidad. Así será en un ambiente más festivo.

Todos se estrecharon las manos y Alex y Rebecca regresaron al aparcamiento.

Sin decir palabra, él le tomó la llave del coche y la guió hasta el asiento del copiloto.

Ella no discutió. La conversación que acababan de tener con Darius la había dejado sin energía. No hablaron durante todo el camino hasta el rancho de él.

Rebecca se sorprendió cuando Alex no aparcó en la entrada, sino que continuó hasta la parte trasera de la finca. Paró en una pequeña colina con vistas a todo el rancho, incluida la casa y el establo. Sin decir palabra, los dos salieron del coche y caminaron hacia la valla que bordeaba el terreno.

—No sé cómo arreglar esto —confesó ella en voz baja.

—No eres tú quien tiene que arreglarlo.

—No puedo quedarme de brazos cruzados. Es mi padre.

—Es un hombre fuerte y cruel y se ha metido él solo en todo esto. También puede salir solo.

Ella lo miró.

—¿Es eso lo que tú hiciste cuando tu madre tenía problemas? —preguntó Rebecca con tono cortante—. ¿Y cuándo Alicia tenía problemas?

—No puede compararse. Es responsabilidad mía proteger a mi familia.

—Exacto. Igual que es…

Alex la interrumpió sin miramientos.

—Lo entiendes mal, dulzura. Es tu padre quien tiene la responsabilidad de protegerte, no al revés.

—Lo ha hecho durante toda mi vida. Ahora, me toca a mí.

—Sigues sin comprender —replicó Alex con tono furioso—. Él se metió en esto.

Es responsabilidad suya.

—El desfalco, sí.

—E, incluso sabiéndolo, estás intentando cargarte tú todo el peso.

Ella se giró para encararlo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Déjalo. No hagas nada.

Rebecca se atrevió a tocarlo.

—Alex, por favor —susurró ella—. Ayúdanos. Ayúdame.

Alex se puso tenso al sentir su contacto y ella contuvo el aliento. Entonces, él explotó. La tomó entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Quiero que me toques sin un motivo oculto, aunque sólo sea una vez —

murmuró él—. Por una vez en la vida, quiero tenerte entre mis brazos sin que tu padre se interponga.

¿Cómo podía él pensar algo así?, se dijo Rebecca.

—Mi padre no está aquí ahora.

—En eso te equivocas, está entre nosotros todo el tiempo —afirmó Alex y torció la boca—. Pero tú nunca lo has comprendido, ¿verdad?

Como quieras. Veamos si comprendes esto.

Inclinó la cabeza y la besó en la boca. Los recuerdos se mezclaron con las sensaciones del presente, produciendo una confusa combinación de lo que había habido entre ellos y lo que existía en ese momento. Quedaba la dulzura de su aventura del pasado. Y la amargura de su final. La pasión que ardía entre ellos cada vez que se acercaban. Y algo diferente, algo más. Algo nuevo y tentador.

Era como si los colores del otoño se hubieran vuelto más brillantes, llenos de promesas y alegría. Las sensaciones se hicieron más profundas. Rebecca entró en sintonía al momento con la respiración de él y con su aroma, una fragancia a limpio, a cuero, a serrín y a algo increíblemente masculino que ella siempre había asociado con él.

Entreabrió los labios, dándole la bienvenida, y se rindió, dejando escapar el más suave de los suspiros.

Rebecca había besado a otros hombres. Con pasión. Pero ninguno la había conmovido como le pasaba con Alex. Ningún hombre había tenido la habilidad de excitarla tanto sólo con el contacto de sus labios. Y sus manos… Con su confianza de siempre, Alex le desabrochó la blusa. Una brisa le levantó la tela abierta, dejando al descubierto un pequeño sujetador de encaje.

Alex apartó sus labios y tomó aliento, suspirando.

—Marfil.

—¿Marfil? —preguntó ella, sin entender.

Alex le recorrió los pechos con un dedo.

—El color. Me he vuelto loco preguntándome de qué color sería el sujetador.

Antes de que Rebecca pudiera responder, él bajó la cabeza y trazó un camino de besos a lo largo del sujetador. Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Nunca he visto una piel como la tuya. Parece terciopelo.

Alex la besó hacia arriba, por el cuello, y llegó de nuevo a sus labios entreabiertos. Mientras la besaba, le quitó la blusa y el sujetador. Antes de darle tiempo a sentir el aire frío, le cubrió los pechos con las manos. A Rebecca se le tensaron los pezones y gimió sin poder evitarlo. Él respondió acariciándole los pezones hasta que lo único que ella deseó fue tumbarse en el suelo para terminar lo que habían empezado.

Alex debió de haber sentido lo mismo, porque la envolvió en su abrazo, pidiendo más, sin dejar de besarla con ternura. Su deseo era evidente por la tensión de su cuerpo. Por mucho que intentara negarlo, la deseaba, se dijo Rebecca. Igual que ella lo deseaba a él.

Pero, casi al mismo tiempo que Rebecca pensaba en ello, Alex le puso la blusa de nuevo.

—No tenemos suficiente privacidad aquí —explicó ante la mirada

interrogativa de ella—. Quizá en otro lugar y otro momento.

Rebecca quiso protestar, pero no se atrevió. Si Alex hubiera dado rienda suelta a su arrebato pasional, ella lo habría seguido. Con alegría. Pero, en vez de decir nada al respecto, hizo la primera pregunta que se le ocurrió, con el único objetivo de ganar tiempo para recuperar la compostura.

—¿Y mi padre? —inquirió ella—. ¿Me ayudarás?

Fue una pregunta equivocada en el momento equivocado. Alex puso gesto serio.

—No —respondió él, sin pensarlo.

Rebecca adivinó que no podría convencerlo. Aun así, tenía que intentarlo.

—Alex…

Él la interrumpió al instante.

—Ya es suficiente, Rebecca. Deja que te lo aclare de una vez por todas: la deuda de tu padre vence mañana. Si él no puede pagar, irá a la cárcel. Y a mí no me importará que así sea.

Al ir en persona a la mansión de los Huntington a recoger el dinero que se debía al Club de Ganaderos de Texas, lo único que estaba haciendo era echar sal a la herida, reconoció Alex. Tanto a su propia herida como a la de Rebecca.

Pero aquel pequeño detalle no le impidió hacerlo.

Cuando se dirigía hacia la mansión, un flamante deportivo negro dobló la esquina hacia él y desapareció como una flecha. Sin embargo, aquellos breves instantes le bastaron para reconocer al conductor.

Pablo Rodríguez.

Un miedo helador lo atravesó. Rebecca le había advertido que encontraría a alguien que los ayudara a su padre y a ella a salir de su apuro. ¿Habría recurrido a Rodríguez, a pesar de sus advertencias? Como él se había negado a ayudarla, era lógico que recurriera a otras posibilidades. Rodríguez podía haberle parecido a Rebecca la solución perfecta, a pesar de que él sabía que no lo era.

Llamó a la puerta y, como la vez anterior, abrió el ama de llaves, Louise. En esa ocasión, lo condujo directamente a la biblioteca, donde, al parecer, tenía lugar una acalorada discusión entre Rebecca y su padre.

Sebastian se interrumpió cuando Louise llamó a la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Sebastian con impaciencia.

El ama de llaves abrió la puerta una rendija.

—El señor Montoya desea hablar con usted, señor.

Sebastian maldijo.

—Claro. Entra, Montoya. Eres la guinda del pastel en un día como hoy.

Alex sonrió a Louise para darle las gracias y entró en la habitación.

Esperó a que la puerta se cerrara detrás de él.

—¿Tan mal te ha ido el día? —preguntó Alex, pero no esperó su respuesta—.

Deja que te ahorre tiempo y vaya directo al grano. ¿Tienes el dinero que debes al Club de Ganaderos o no?

—Eso depende —respondió Rebecca en lugar de su padre.

Alex y Sebastian maldijeron al mismo tiempo.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, dulzura? —preguntó Alex—. Esto es entre tu padre y yo.

A ninguno de los dos hombres les sorprendió que Rebecca hiciera caso omiso.

A pesar de que parecía terriblemente cansada y estresada, los miró a ambos con fuerza y determinación, ganándose la admiración de Alex. Si lo pensaba bien, todo en ella merecía su admiración, se dijo.

Rebecca llevaba un vestido del mismo color marfil que la ropa interior que había llevado el día anterior y Alex no pudo evitar preguntarse si era sólo coincidencia. Era un vestido elegante y sencillo, con un toque virginal y, al mismo tiempo, excitante por el modo en que se ajustaba a sus curvas. Con todas sus fuerzas, él deseaba acariciarla. Y, peor aún, el pensar que Rodríguez la hubiera visto así despertó al máximo su instinto de protección.

—¿Nos prestas el dinero, Alex, usando Dulces Pequeñeces como aval?

Alex estaba tan obnubilado con el aspecto de ella que tardó un momento en digerir la pregunta.

—Te lo prohíbo —dijo Sebastian.

—No —dijo Alex al mismo tiempo.

Rebecca levantó una ceja y esperó un momento antes de romper el tenso silencio que había seguido a la explosión de los dos hombres.

—No me di cuenta de que *El Gato* había venido hasta que lo vi irse. Siento habérmelo perdido. Quizá, debería llamarlo para ver si me puede prestar el dinero que necesitamos —replicó ella con calma.

De nuevo, los dos reaccionaron al mismo tiempo.

—¡No!

Rebecca se limitó a arquear una ceja y cruzarse de brazos. Esperó.

Alex maldijo otra vez. Cuando consiguió recuperar la compostura, lanzó una mirada a Sebastian antes de volver a mirar a Rebecca.

—¿Te importa preparar café para que podamos discutir este asunto? —pidió Alex con formalidad.

—Le diré a Louise que traiga una bandeja.

—Quédate con ella hasta que la prepare —ordenó Alex—. Quiero hablar un momento a solas con tu padre.

Alex se dio cuenta de que Rebecca estuvo a punto de negarse. Sin embargo, el cansancio de ella jugó a su favor. Se había quedado pálida y sin fuerzas. El único color que había en su rostro blanco como la leche era el de sus ojos verdes y su cabello pelirrojo. Asintió con brusquedad y, sin decir más, salió de la habitación.

Alex no perdió tiempo. Se volvió hacia Sebastian.

—Me crucé con Rodríguez al entrar. ¿Qué quería?

—No es asunto tuyo —le espetó el viejo.

No tenían tiempo para tonterías. Alex fue directo al grano sin titubear.

—O hacemos que sea asunto mío o te dejaré para que te enfrentes con este lío tú solo —indicó Alex con determinación. Empezaba a estar harto de los Huntington—.

O me das la información que te estoy pidiendo o me voy de aquí y os dejo a los dos que aprendáis lo cruel que puede llegar a ser Pablo —amenazó y miró a Sebastian con dureza—. ¿Y bien?

Sebastian cedió, desinflándose como un globo.

—Lo quiere todo —musitó el viejo—. Quiere la mansión, además de Dulces Pequeñeces. A cambio, pagará al Club de Ganaderos lo que yo debo y nuestra deuda quedará saldada.

—No me sorprende.

—Porque tú estás conchabado con él, ¿no es así? —lo acusó Huntington, presa de la rabia—. Tú se lo has sugerido.

Alex lo miró con incredulidad.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Por qué iba yo a hacer tal cosa?

Huntington respondió sin dudarlo.

—Quieres vengarte porque despedí a tu madre.

—Una teoría interesante. No puedo negar que soy capaz de ello, pero no ha sido así. Rodríguez no tiene ninguna intención de entregarme tu mansión —afirmó Alex e hizo una pausa—. Igual que tampoco está interesado en poseer Dulces Pequeñeces. Adivinas qué es lo que persigue en realidad, ¿no?

Sebastian perdió el color.

—No dejaré que eso pase.

Alex levantó las cejas con escepticismo.

—¿No? ¿Cuánto le debes, Huntington? Adivino que es mucho más que trescientos mil.

—Cerca de un millón —confesó Sebastian.

—Un millón —repitió Alex, intentando controlar su rabia ante la estupidez de Huntington—. ¿De dónde vas a sacar ese dinero? ¿Cómo vas a impedir que se quede con tu casa? —preguntó y prosiguió con la posibilidad más cruel de todas—. ¿Y si va detrás de Rebecca?

—Él no haría eso.

Alex lo miró con incredulidad.

—No puedes ser tan ignorante. Pablo Rodríguez no conoce la piedad. No se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere. Y quiere Mansión Huntington y ahora también Dulces Pequeñeces. ¿Qué será lo siguiente en su lista? ¿O debería decir… quién? ¿Qué sucederá si sus exigencias crecen? En mi opinión, lo realmente importante es si estás dispuesto a darle lo que quiere.

—Nunca —rugió Sebastian—. A él, no. Ni a ti. La mansión es mía y seguirá siendo mía. Está fuera de vuestro alcance. Igual que mi hija.

Alex esbozó una sonrisa llena de escepticismo.

—Supongo que eso significa que tienes el dinero para pagar tus deudas…

La respuesta estaba escrita en cada arruga del rostro del viejo.

—Lo conseguiré —aseguró Sebastian, sintiendo que la columna se le ponía rígida—. Pediré una hipoteca sobre la casa. La gente de este pueblo me debe mucho.

Me ayudarán a salir del apuro.

Alex soltó una carcajada. No tenía sentido seguir gastando saliva. Sebastian Huntington prefería vivir con una venda en los ojos. El tiempo y esas personas que le debían mucho le harían entrar en razón.

—Te deseo buena suerte. Es obvio que no necesitas mi ayuda. Avísame cuando tengas el dinero. Lo esperamos mañana a primera hora en el Club de Ganaderos.

Alex comenzó a caminar hacia la puerta, pero Huntington lo detuvo en el último momento.

—Espera.

Entonces, Alex escuchó unas palabras que nunca había creído que escucharía de los labios de Sebastian Huntington.

—Por favor, Alejandro. Por favor, espera.

Aquél era el nombre que su madre había empleado siempre que se había dirigido a él. Al escucharlo de boca de Huntington, Alex se llenó de tristeza y, sobre todo, de una profunda rabia. Si no hubiera sido por ese hombre, su madre seguiría viva.

—Es tu última oportunidad, Sebastian.

—¿Puedes mantener a Rodríguez alejado de Rebecca?

Alex se giró.

—Puedo intentarlo.

—¿Te quedarías con Dulces Pequeñeces?

—No tengo interés en el negocio de tu hija.

—¿Y… y la mansión?

—Tendrías que cedérmela. A cambio, yo saldaré tu deuda con Rodríguez.

Huntington forcejeó con su orgullo antes de hacerle una última pregunta.

—¿Podrías… considerar permitir que yo siguiera aquí? Has dicho

que no tenías ningún interés en vivir aquí. Pero es el único hogar que tiene Rebecca.

—Lo superara.

—Podría… pagarte un alquiler —insistió el viejo, presa de la desesperación.

—No puedes permitirte alquilarla —repuso Alex y meneó la cabeza, impasible—. Quiero que te vayas, Huntington.

Huntington apretó los puños.

—Al menos, dame tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Permíteme quedarme aquí. Dame un año para recaudar los fondos necesarios para devolverte el dinero.

La expresión de Alex debió de ser respuesta suficiente, porque el viejo añadió:

—De acuerdo. Seis meses. Mientras, acepta la oferta de Rebecca. Déjale creer que te convenció de que nos prestaras el dinero usando Dulces Pequeñeces como aval. Si, en esos seis meses, yo no puedo reunir lo que te debo para pagar la deuda que tengo con el club y con Rodríguez, más los intereses, la casa será definitivamente tuya. Le devolverás a Rebecca las escrituras de Dulces Pequeñeces y yo firmaré los documentos que te reconocerán como dueño de Mansión Huntington y me iré para siempre del condado de Maverick. Pero, si consigo reunir el dinero, tú nos devolverás la mansión y Dulces Pequeñeces y desaparecerás de nuestras vidas.

Alex achicó la mirada, lleno de sospechas.

—¿Por qué mezclar a Rebecca y su negocio en esto?

—No quiero que ella conozca nuestro trato —respondió Huntington y torció la boca—. Y ella no me creerá si le digo que nos prestaste el dinero sólo por generosidad.

Alex no pudo evitar sonreír.

—Es verdad. Ella me conoce demasiado bien como para creer eso.

—Lo que significa que tengo que darle una explicación plausible que ella pueda creer. Su orgullo le obliga a que te ofrezcamos algún aval a cambio del préstamo. Y

no abandonará su alocada cruzada si se entera de que el aval es la mansión de la familia. Seguirá intentando encontrar otra opción para no verme fuera de mi casa. No puedo arriesgarme a que vaya a ver a Rodríguez. Sin embargo, si ella cree que tú estás de acuerdo en aceptar Dulces Pequeñeces como aval y que eso bastaría para pagar ambas deudas, entonces se quedará tranquila.

Entonces, Alex comprendió.

—Ella no sabe cuánto le debes a Rodríguez, ¿verdad?

—No. Rebecca cree que el dinero que puede sacar por vender Dulces Pequeñeces, o por hipotecarlo, es suficiente para pagar ambas

deudas. Y yo no pretendo sacarla de su error.

Alex consideró sus opciones.

—¿Te das cuenta de que, si Gentry te implica en los incendios, yo no voy a mover un dedo para defenderte? De hecho, eso será una cláusula a especificar en el préstamo. Si tienes algo que ver con los incendios, la mansión será mía. Y nada que Rebecca diga o haga me hará cambiar de opinión.

—Como no soy culpable, me parece bien que pongas esa cláusula en el préstamo —respondió Huntington con impresionante dignidad —. Ahora mismo, lo que me preocupa es pagar mis deudas. ¿Estamos, al menos, de acuerdo en ese objetivo?

Antes de que pudieran completar sus negociaciones, Rebecca regresó con una bandeja. Los dos hombres resistieron su mirada de curiosidad con estoicismo.

Mientras ella servía tres tazas de café, Alex asintió mirando a Huntington, para señalar que estaba de acuerdo con el trato. Una vez que el café estuvo servido, ella los miró con su taza en la mano.

—¿Y bien?

Rebecca lo preguntó con aire despreocupado, pero Alex percibió la tensión subyacente. Él se acercó con su taza en la mano hasta el sofá donde se habían demostrado su pasión hacía unas pocas noches y se sentó.

—He aceptado escuchar tu oferta.

—Y considerarla —añadió Huntington.

—No juegues con la suerte —le advirtió Alex a Sebastian. No quería que la negociación le pareciera demasiado fácil a Rebecca, para que le resultara creíble—.

He dicho que la escucharía y es lo que voy a hacer.

—Es una sencilla propuesta de negocios —comenzó a explicar Rebecca, adelantándose a su padre—. Y creo que saldrás beneficiado a la larga. Yo ofrezco Dulces Pequeñeces como aval por un préstamo para devolver el dinero al Club de Ganaderos… —señaló y lanzó una mirada de aprensión a su padre—. Y espero que su valor también baste para pagar la deuda a Pablo Rodríguez.

—Pides mucho.

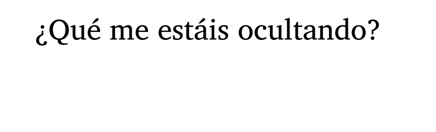
—Me doy cuenta —dijo ella y titubeó—. Papá, ¿te importa que hable a solas con Alex ahora?

Alex casi rió al ver la expresión de Huntington pero, por respeto a él, no lo hizo.

Sebastian se contuvo para no soltar un sermón y salió de la habitación, lanzándole antes una mirada de advertencia.

En cuanto su padre desapareció, Rebecca se giró hacia Alex.

—De acuerdo, Alex. ¿Qué está pasando? Algo pasa. Lo veo en vuestras caras.



¿Qué me estáis ocultando?

Capítulo 5

Alex esbozó una ligera sonrisa.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Rebecca dejó su taza de café y se reunió con él en el sofá.

—Estás aquí sentado, ¿no? ¿Por qué? Ayer estabas decidido a mandar a mi padre a la cárcel. ¿Qué ha cambiado?

De acuerdo, podía darle esa información sin contarle el resto, pensó Alex.

—Rodríguez.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Tan peligroso es?

Pablo podía ser su amigo, pero eso no hacía que Alex estuviera ciego a sus defectos.

—Sí —replicó él—. Tan peligroso es.

—Tu repentina preocupación, el hecho de que hoy consideres mi oferta… no se debe a mi padre, ¿o sí? —adivinó ella con su característica inteligencia.

—No —negó él—. A pesar de mis constantes advertencias, tú sigues amenazando con acudir a Rodríguez sin darte cuenta de la clase de riesgo que corres.

Si vas a él, caerás en sus manos. Tu padre no puede protegerte de Pablo. Yo, sí.

—¿Por qué? —susurró ella.

—¿Por qué estoy dispuesto a ayudarte?

—Eso y… —comenzó a decir ella y frunció el ceño—. ¿Qué quiere Rodríguez de nosotros? ¿Qué le hemos hecho?

Alex eligió sus palabras con cuidado.

—Pablo se ha esforzado mucho para desplumar a tu padre. Gracias a su arrogancia, tu padre no puede pagar ninguna de sus dos deudas con la calderilla que pueda tener a mano. Pablo lo sabe. De hecho, es probable que cuente con ello.

Además, no va a gustarle que alguien se meta y pague ambas deudas después de que él lo ha preparado todo para quitarle a tu padre Mansión Huntington.

—Todavía no has respondido mi pregunta.

Bien. No se andaría con rodeos, pensó Alex.

—Pablo quiere posición social. Mansión Huntington se la dará o, al menos, eso cree él. También quiere Dulces Pequeñeces para tenerte de manos atadas e impedir que uses tu negocio como pretendes, es decir, como aval para conseguir un préstamo para tu padre.

—¿Rodríguez también le ha pedido a mi padre Dulces Pequeñeces? —inquirió Rebecca, horrorizada.

—Es probable que hubiera estado dispuesto a conformarse con la mansión si tú no te hubieras involucrado. Estoy seguro de que ha oído

hablar de tus esfuerzos por ayudar a tu padre y ésta es su manera de prevenirlos.

—Yo no podría haberme quedado de brazos cruzados.

—Lo cierto es que podrías haberlo hecho —replicó Alex e hizo un gesto para que ella no discutiera. Dejó su taza sobre la mesa—. No tiene sentido seguir con esta discusión. Lo importante es que tanto Pablo como el Club de Ganaderos tienen que cobrarse su deuda. Si no, habrá consecuencias para ti y para tu padre. Si tu padre fuera el único en peligro, yo no levantaría un dedo para ayudarlo. Pero por tí…

—Creí que me odiabas —observó ella, inclinando la cabeza.

—Estoy dispuesto a aceptar tu propuesta. Eso es lo único que debe importarte.

Ella levantó la vista y, por su expresión, Alex adivinó que algo nuevo la preocupaba.

—Si nos ayudas, ¿irá a por ti Pablo Rodríguez?

—Pablo y yo nos conocemos desde hace mucho.

Rebecca se mordió el labio.

—Una vez más, no has respondido mi pregunta. ¿Irá a por ti?

—¿Vas a interponerte entre Pablo y yo ahora?

Ella soltó una breve carcajada.

—Eso parece.

—No lo hagas. De hecho, haré que mi abogado ponga una cláusula en nuestro acuerdo que te obligue a permanecer lejos de Rodríguez. Si no, revocaré el préstamo.

—¿Eso es legal? —preguntó ella con ojos como platos.

Alex se encogió de hombros.

—Para eso tengo un equipo de abogados carísimos a mi servicio. Su trabajo es darle forma legal a mis deseos.

En esa ocasión, Rebecca rió con más ganas. La tensión de su rostro se suavizó.

—Entonces, ¿trato hecho? Tú nos prestas el dinero para pagar ambas deudas de mi padre y yo te entrego Dulces Pequeñeces como aval.

—Sí. Tendremos que dejar claros los detalles y las condiciones. Pero podemos hacerlo en otro momento.

Ella asintió.

—De acuerdo —dijo Rebecca y suspiró—. Gracias, Alex. Sé que no era lo que habías planeado.

—No, no lo era.

—Pero encontraré el modo de devolverte el favor. Te lo prometo.

—Puedes empezar por mantenerte alejada de Rodríguez.

Rebecca esbozó una suave sonrisa, la clase de sonrisa que siempre había vuelto loco a Alex. Incapaz de resistirse, él se acercó, posó la mano en su nuca y la atrajo a su lado. Posó los labios sobre los suyos.

Con un suave gemido, ella abrió los labios y se entregó al beso con pasión.

Se recostaron en los cojines del sofá y Alex disfrutó del momento como si estuvieran ambos fuera del tiempo. Sin embargo, no podían seguir con aquello, sobre todo después de que habían acordado el préstamo. Sólo por ese día, durante ese breve instante, aceptaría lo que ella le ofrecía con tanta generosidad.

Como si temiera que él se apartara, Rebecca entrelazó los dedos en su pelo para sujetarlo. Sin poder resistirse, Alex deslizó las manos sobre el vestido de ella, posándolas sobre sus exuberantes pechos. Ella gimió de nuevo, un suave sonido que él bebió como el más dulce de los néctares.

Alex deseó con ansiedad descubrir en todo lo que había ella cambiado desde la última vez que habían hecho el amor. Bajó la mano hacia su cintura, le recorrió lentamente las caderas y llegó al borde de su vestido que, de alguna manera, se le había subido hasta los muslos. Deslizó los dedos debajo, le tocó la sedosa piel de las piernas y siguió subiendo, haciendo provocativos círculos hasta llegar a sus braguitas. Ella soltó un grito sofocado cuando él atravesó la barrera de encaje y apartó la boca.

Alex se quedó petrificado al ver el desesperado deseo que brillaba en los ojos de Rebecca y, entonces, se hizo consciente de lo atrevido de su acción.

¿Lo deseaba ella porque albergaba sentimientos hacia él o porque había aceptado prestarle a su padre el dinero que necesitaba?, se preguntó Alex y, con cuidado, se echó hacia atrás, sintiendo un escalofrío donde antes había ardido la pasión.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó él, lleno de sospechas.

Ella se puso rígida, adoptando un gesto de incredulidad.

—¿No creerás que estoy ofreciéndote alguna clase de pago por el préstamo?

—Tú crees que nuestro romance fue el resultado de una apuesta. ¿Por qué no ibas a creer que yo no espero de ti algo más aparte del aval? Después de todo, estoy impidiendo que tu padre vaya a la cárcel. ¿Por qué no iba a tomar ventaja de ello?

Rebecca lo observó durante un largo instante, pensativa, y negó con la cabeza.

—Espero que tengas la suficiente integridad como para no hacer eso.

—¿A diferencia de antes, con la apuesta? Dime qué ha cambiado, Rebecca.

—Tú has cambiado. Yo he cambiado. La gente cambia, Alex.

—Y, claro, además ahora tengo dinero —puntualizó él y se puso en pie, mirándola con frialdad—. Muchos sospecharían que me estás

pagando con tu cuerpo. Te das cuenta de eso, ¿no?

Rebecca se sentó y se colocó el vestido.

—Nunca me ha preocupado lo que piensen los demás.

Alex dejó escapar una carcajada llena de amargura.

—Te preocupará. Cuando se sepa lo de nuestro acuerdo, veremos cuánto tiempo sigues pensando de esa manera. Y te aseguro que se sabrá, por mucho cuidado que pongamos para que no sea así —afirmó él y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró—. Mis abogados se pondrán en contacto contigo. Pero te lo advierto, Rebecca. Si te acercas a Rodríguez, no hay trato —afirmó con rotundidad y se fue.

¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo había conseguido Rebecca transformar su sed de venganza y aplastarla con un solo beso?, se preguntó Alex. Subió a su Jaguar, lo puso en marcha y salió de Mansión Huntington. Los robles que bordeaban el camino de salida se difuminaron al pasar en una mezcla de colores otoñales.

Era obvio que había perdido la cabeza, se dijo. Había tenido la oportunidad perfecta para vengarse y había permitido que la mujer que había ayudado a destruir su vida, y las vidas de su familia, lo convenciera de abandonar su propósito. De nuevo. Por supuesto, Sebastian Huntington había jugado un papel importante en ello, ya que, por su culpa, Rodríguez había conseguido acercarse tanto a Rebecca. Y

eso lo había obligado a él a actuar.

Pero nada había cambiado su objetivo inicial, se aseguró con frialdad. Su plan estaba en marcha. Era un plan nuevo, sí, pero al final el resultado sería el mismo.

Cuando Huntington se diera cuenta al fin de que sus amigos lo habían dejado de lado y no fuera capaz de encontrar dinero para saldar su deuda, él no le dejaría otra opción. Tendría que entregarle Mansión Huntington e irse de la ciudad.

Mientras, Alex se encargaría de que los fondos desaparecidos se reintegraran al Club de Ganaderos de Texas con intereses. A continuación, saldaría el resto de las deudas de Huntington, incluidas las que tenía con Pablo Rodríguez.

Alex frunció el ceño al acordarse de Pablo.

Tendría que hablar con su viejo amigo y descubrir qué se proponía. No podía recordar la última vez que habían hablado. Quizá, el año anterior, cuando él le había pedido que cuidara a Alicia después de incendio. Incluso entonces, sólo habían hablado por teléfono. Pero el hecho de que Pablo hubiera decidido ir tras Sebastian Huntington le parecía motivo suficiente para que unieran una reunión cara a cara.

Alex se sorprendió al encontrar a Pablo esperándolo en El Diablo. Estaba apoyado en el deportivo negro que había conducido antes, una flamante preciosidad que debía de haberle costado una fortuna. Pablo

sonrió al ver a su amigo y levantó la mano a modo de saludo.

Alex salió de su coche. Se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Me alegro de verte, hombre.

—Mi dirección sigue siendo la misma —repuso Pablo y arqueó una ceja—.

Quizá, eres tú quien ha cambiado. Tal vez, no te gusta volver a pisar nuestro viejo barrio.

—Tú sabes que no es cierto.

Ambos habían elegido caminos diferentes en la vida. Alex había preferido no seguir el mismo que Pablo y siempre había asumido que ambos lo comprendían y lo respetaban. Sin embargo, en ese momento, no estaba tan seguro.

Pablo dejó pasar el comentario e inclinó la cabeza hacia el establo, que seguía en reconstrucción.

—¿Has tenido problemas?

—Nada que no pueda solucionar —repuso Alex. Y eso creía. Una vez que se demostrara la complicidad de Huntington en los incendios, tendría su retribución. Y

sería una dulce venganza. De forma deliberada, cambió de tema y señaló hacia el deportivo de Pablo—. Veo que tienes un nuevo juguete.

Era la distracción perfecta.

—Es nuevo. Creo que soy la única persona que tiene uno como éste en todo Texas —dijo Pablo con orgullo y recorrió su coche con una mirada llena de pasión—.

Hazme feliz, Alejandro, y reconoce que tienes un poco de envidia.

—Tal vez un poco —replicó Alex y sonrió—. Aunque me esperaba de ti algo un poco más sutil, algo que la policía no pueda identificar con tanta facilidad.

Pablo se llevó las manos al pecho.

—Me ofendes, amigo. Los policías no tienen razón para seguirme. Soy un hombre de negocios legal.

—¿Y eso incluye tu negocio con Sebastian Huntington?

Una expresión de diversión se dibujó en el rostro de Pablo.

—Me preguntaba cuánto tardarías en descubrirlo. Acéptalo como un regalo de un viejo amigo —señaló Pablo con una amplia sonrisa.

Alex se puso tenso.

—Dime qué has hecho.

—Considéralo una venganza por lo que Huntington os hizo a ti, a la pequeña Alicia y a la tía Carmen.

—Lo has timado.

Pablo chasqueó la lengua.

—Fue más fácil de engañar que un perro. Yo le decía «dame la patita» y él me preguntaba «¿cuántas veces?». Incluso cuando el

primer negocio fue mal, vino a buscarme pidiéndome más. Él me lo puso fácil. Demasiado fácil.

«Maldición, maldición», pensó Alex. Pero se forzó a sonreír.

—Entra y tomaremos algo mientras lo hablamos.

—No hay nada que hablar —dijo Pablo y se frotó las manos—. Pronto, tú y yo poseeremos grandes mansiones. Tú estarás en El Diablo y yo seré dueño de Mansión Huntington —afirmó Pablo con ojos brillantes—. Y, cuando entregue mi solicitud en el Club de Ganaderos de Texas, tú harás que la aprueben. Tú y mi hermosa nueva esposa.

A Alex no le gustó cómo estaban yendo las cosas. Ni un poco.

—Felicidades. No sabía que fueras a casarte.

—Oh, no, todavía no. Pero tengo la sensación de que Rebecca Huntington estará dispuesta a hacer cualquier cosa por su querido papá. Sobre todo, para impedir que vaya a la cárcel, ¿no te parece?

—¿Becca?—preguntó Alex. Sus peores sospechas se habían confirmado.

—Llevo queriendo poseerla desde hace tiempo —indicó Pablo y miró a Alex con curiosidad—. No irás a impedírmelo, ¿verdad, amigo? Espero que no, teniendo en cuenta que fui lo bastante honorable como para no ponerle las manos encima cuando estuviste con ella hace unos años.

—Honorable.

La palabra le supo a ácido a Alex, mientras una oleada de furia lo atravesaba.

La sola idea de Rodríguez poniéndole las manos encima a Rebecca hacía despertar sus más fieros instintos.

Pero, irónicamente, su amigo tenía razón, pensó. Era muy probable que Rebecca hiciera cualquier cosa para salvar a su padre. ¿Acaso no se había ofrecido a sí misma a cambio de su ayuda? ¿Acaso él mismo no se había beneficiado de ello hacía apenas una hora? Eso no le hacía ser mejor persona que el hombre que tenía delante. Al menos, Pablo era honesto con sus deseos, mientras que él se había convencido de que sólo había querido vengarse y hacer justicia.

—Sólo hay un problema, Pablo —dijo Alex, sin pensarlo. Debía tener tacto para no provocar la ira de su amigo—. He aceptado pagar las deudas de Huntington. Si me dices cuánto te debe…

—¿Has perdido la cabeza? Es el mismo hombre que convirtió tu vida en un infierno. El hombre que destruyó tu familia. El padre de la mujer que… —comenzó a decir Pablo y se interrumpió de pronto. Maldijo—. Claro. Es por la mujer.

—Ya está hecho. Dejémoslo estar.

—¡No! —exclamó Pablo—. Eso no va a suceder. He invertido demasiado tiempo y esfuerzo como para dejar que ese tipejo escape a

nuestra venganza.

—Él no te ha hecho nada. No tienes por qué vengarte de él.

—¿No lo entiendes? —replicó Pablo con brusquedad—. Lo hago por ti. Lo hago por tu hermana. Y por tu madre.

Alex se negó a tragarse su mentira.

—Lo haces porque es el único modo de llevarte a Rebecca a la cama.

Pablo esbozó un gesto horrible.

—No te metas. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Pero nadie, ni siquiera tú, a quien veo como a un hermano, se queda con lo que yo considero mío.

—Rebecca Huntington no es tuya. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

Alex dio un paso hacia él, ignorando cómo Pablo se había llevado la mano hacia la parte trasera de los pantalones. Sólo había una manera de convencer a un hombre como Rodríguez.

—La damita es mía. Su padre es mío. Mansión Huntington es mía. Y protegeré lo que es mío —continuó Pablo.

Con la rabia pintada en el rostro, Rodríguez perdió la compostura por completo.

—Estás cometiendo un error, Montoya —añadió Pablo y se metió en su coche.

Encendió el motor—. Un gran error.

Pablo pisó el acelerador y obligó a Alex a saltar a un lado mientras el coche salía a toda velocidad, levantado a su paso un reguero de grava.

Arreglar los arañazos que la grava provocaría en la carrocería iba a costarle un buen dinero, lo que empeoraría aún más su mal humor, pensó Alex. Entonces, miró al otro lado del patio y se sorprendió al ver allí a su capataz, Bright, parado en el porche de la casa con una escopeta apuntando en dirección al coche que se alejaba.

—¡Tenía una pistola! —gritó Bright—. ¡Metida en la parte trasera del cinturón!

Pablo siempre había llevado una pistola en el cinturón, pero Alex no se molestó en explicárselo a su capataz. Levantó la mano para tranquilizarlo.

—Gracias. Todo está bien, Bright.

Por el momento, pensó Alex. ¿Pero por cuánto tiempo? No sólo iba a tener que lidiar con Pablo Rodríguez, sino que se había comprometido a pagar la deuda de Huntington con el club, además de lo que le debía a Rodríguez. Y aun más acuciante era la necesidad de tomar una decisión respecto a Rebecca. ¿Iba a demostrar que era tan salvaje como Rodríguez, dejando de lado su honor y aceptando lo que ella le ofrecía? ¿O iba a hacer lo que su madre habría considerado

noble y limitarse a ayudar a la mujer que había amado en el pasado?

Su mente le dijo que debía hacer lo más noble. Sin embargo, el resto de su cuerpo apuntaba a la primera opción.

Rebecca abrió la puerta delantera de Dulces Pequeñeces y colocó el cartel de

Abierto

. Había empezado a hacer café en la mesita antigua que separaba la zona de exposición y venta de la sección de descanso y los vestuarios. Esperó con impaciencia que estuviera listo. Había conseguido dormir apenas dos horas la noche anterior y estaba notando los efectos de la falta de sueño. Por suerte, el maquillaje había conseguido ocultar las marcas del insomnio de su rostro.

No estaba segura de si sentía aliviada o desesperada porque la mañana estuviera siendo tan tranquila. Al menos, tenía tiempo para colocar prendas de la nueva temporada y para poner al día sus cuentas. Ya iba por la tercera taza de café cuando sonaron las campanillas que tenía colocadas sobre la puerta, indicando que había llegado el primer cliente del día. Observó con alegría que era Kate.

—Gracias al cielo que eres tú —dijo Rebecca y sirvió una taza para su amiga, además de rellenar la suya—. Desde hace tiempo, siempre me sale el buzón de voz cuando te llamo.

Kate aceptó el café que su amiga le tendía y sonrió.

—Lo sé, lo sé —repuso Kate. Le dio un trago al café y emitió un suspiro apreciativo—. Te juro que haces el mejor café de todo el condado. Quizá, de todo Texas.

Rebecca bebió de su taza y enfrentó la situación como siempre hacía, yendo directa al grano.

—Bien, ¿qué pasa? Sé cuándo pretendes evitar algo y a mí me has estado evitando —señaló Rebecca y se preparó para la respuesta de su amiga—. ¿Qué sucede? Te he dejado mil mensajes. ¿Por qué no me has respondido?

Su amiga se encogió.

—Lo siento. Las cosas se salieron de control después de la comida que compartimos el otro día.

—¿Entonces has estado evitando mis llamadas?

Kate levantó una mano.

—Sólo hasta que Lance tuviera las cosas claras. Además, quería hablar contigo en persona, no por teléfono.

Rebecca la miró consternada.

—¿Tan malo es?

Kate esbozó un gesto de compasión.

—Sí —afirmó con brusquedad—. Tan malo es.

—Si es por lo de las cuentas del club… —comenzó a decir Rebecca y reunió toda su fuerza de voluntad para mirar a su amiga a los ojos

—. Lo sé y es cierto.

—¡Oh, tesoro!

—El dinero será repuesto —señaló Rebecca con énfasis—. Hasta el último céntimo. Alex ha aceptado prestarnos el dinero mientras tanto.

—¿Alex? —preguntó Kate, sorprendida.

—Eso te pasa por no devolverme las llamadas, que no estás al día —comentó Rebecca. Al instante, su buen humor se desvaneció—. Estoy decidida a devolverle el dinero cuanto antes, aunque tenga que tomar un segundo trabajo para hacerlo.

Kate se mordió el labio.

—Hay algo más que debes saber. Se supone que no debo decírselo a nadie, pero quiero advertirte.

—Es sobre los incendios, ¿no?

—Sí —afirmó Kate. Tomó a su amiga del brazo y la llevó hacia el diván que había junto a la mesita de té—. Siéntate antes de que te caigas.

—Mi padre no lo hizo —se adelantó a decir Rebecca, con ojos inundados.

Parpadeó para espantar las lágrimas. No era nada llorona, pero después de la confesión de su padre, de los encuentros con Alex y de la falta de sueño, su autocontrol había quedado hecho pedazos—. Te lo juro, Kate. Mi padre ha admitido que se llevó el dinero, pero jura que no ha tenido nada que ver con el incendio de la refinería ni del establo de Alex. Y yo lo creo.

—Claro que sí —dijo su amiga con tono suave.

—Sé que no es hombre que caiga bien a la gente —confesó Rebecca con dificultad—. Es duro y… arrogante. Y ha cometido errores. Pero no pondría en peligro vidas humanas.

—Darius Franklin lo está investigando. Yo confío en él. Es un buen hombre.

Llegará al fondo del asunto.

—Hablé con él el otro día y estoy de acuerdo contigo. Es un buen hombre. Me recomendó que… buscara un buen abogado —recordó Rebecca. Sin poder evitarlo, se vino abajo. La taza de café comenzó a temblarle en la mano.

Kate le tomó la taza antes de que se cayera al suelo. Sin decir palabra, las dos se abrazaron y Rebecca dio rienda suelta al llanto. Tras un largo instante, se apartó y se limpió las lágrimas.

—Yo…

—No te atrevas a disculparte —la interrumpió Kate con firmeza—. Después de todas las veces que has estado a mi lado mientras yo lloraba por Lance, no te atrevas a hacerlo. ¿Me oyes?

Rebecca consiguió sonreír.

—Te oigo —repuso Rebecca. Entonces, las campanillas sobre la

puerta sonaron y ella se encogió—. ¿Te importa atender tú a quien sea mientras me arreglo el maquillaje? —le pidió a Kate en voz baja.

—Claro —contestó Kate y lanzó una rápida mirada a la puerta—. Oh, es Alicia Montoya. Justin y ella van a casarse pronto. Lo más probable es que haya venido a comprar algo para la noche de bodas.

—Esperemos que sea por eso —murmuró Rebecca.

Sin esperar respuesta, Rebecca se apresuró a ir al baño. Gimió al verse en el espejo. Tenía un reguero de máscara de pestañas en las mejillas y alrededor de los ojos. Parecía una cebra, con el rostro blanco como la leche y las rayas negras.

Además, tenía los ojos y la nariz rojos e hinchados. Era lo malo de ser pelirroja. Su cara tan blanca era incapaz de ocultar nada.

Se tomó su tiempo para lavarse y aplicarse de nuevo el maquillaje. Luego, se soltó el moño y se dejó el pelo sobre los hombros. Así estaba mejor, pensó. Si Alicia la miraba de cerca, se daría cuenta de que tenía los ojos enrojecidos. Pero, con suerte, no sería tan obvio. Respiró hondo y salió del baño, para regresar a la parte delantera de la tienda.

Kate y Alicia tenían las cabezas juntas, mientras deliberaban sobre dos saltos de cama. Kate sostenía el primero, uno negro, pequeño y *sexy* que dejaba al descubierto más de lo que ocultaba. Alicia apretaba entre sus dedos el segundo, de color rubí, que resaltaba el color aceituna de su piel.

—¿Es para tu noche de bodas? —preguntó Rebecca al reunirse con ellas.

—Así es —repuso Alicia y sonrió con timidez—. Llevo tiempo buscando una excusa para venir a comprar lencería aquí.

Rebecca le devolvió la sonrisa con facilidad. Sin duda, la joven Alicia tenía el don de hacer que los demás se sintieran cómodos.

—Sí, recuerdo que me lo dijiste cuando estuviste aquí hace tiempo con Cara.

Pero, entonces, no salías con nadie especial —recordó Rebecca y sonrió—. Eso ha cambiado. Felicidades.

—Gracias —respondió Alicia y volvió a posar los ojos en ambas prendas—. No sé si elegir éste negro tan *sexy* o éste rojo más modesto.

—Si quieres mi consejo…

—¡Sí, por favor!

—Elige el rojo. El negro puede parecer *sexy*, pero es demasiado descarado para la noche de bodas. Deja tus partes más íntimas al descubierto de un solo vistazo. Tú quieres algo más romántico, más misterioso. Y mira… —señaló Rebecca, envolviendo el

tejido de la prenda alrededor del brazo de Alicia.

El fino tejido se ajustó a su piel y se volvió casi transparente.

—Justin podrá ver a través y se volverá loco.

La hora siguiente pasó a toda velocidad. Ayudar a Alicia a elegir lencería para la noche de bodas y la luna de miel fue una distracción muy agradable. Después, mientras Rebecca preparaba la compra de Alicia, Kate comenzó a hablar de los detalles de la boda.

—¿Has decidido si vas a celebrar la boda en El Diablo?

—Ese era nuestro plan, pero después del incendio Alejandro ha cambiado de idea. Hemos decidido casarnos en la iglesia de la misión.

—¿Por el incendio? —preguntó Kate preocupada—. ¿Es que Alex teme que se repita?

—No, desde que Darius ha instalado el sistema de seguridad. Sin embargo, después del incendio el ama de llaves ha dimitido y a Alex le está costando mucho encontrar a alguien que la sustituya —contestó Alicia y se encogió de hombros—. Era más fácil cambiar de plan y hacerlo en la vieja iglesia. Además, es un sitio precioso, todo de piedra y madera. Y hemos decidido celebrar la ceremonia en la víspera de Navidad.

—Me parece perfecto —comentó Rebecca con sinceridad.

Rebecca terminó de doblar las compras de Alicia, las envolvió en fino papel y las colocó en elegantes cajas. Sin embargo, su mente no pudo dejar de darle vueltas a lo que Alicia había dicho. El ama de llaves de Alex había dimitido y a él le estaba costando mucho encontrar sustituta. Se le ocurrió una idea. Una idea alocada, impulsiva, escandalosa.

En cuanto Alicia salió de la tienda, Rebecca se giró hacia Kate.

—Conozco a la persona perfecta como ama de llaves de Alex. Y, sobre todo, significará matar dos pájaros de un tiro.

Kate la miró sin comprender.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No se trata de qué, sino de quién.

—De acuerdo, dímelo —pidió Kate y sonrió—. ¿Quién es la persona perfecta para ser ama de llaves de Alex?

—Yo.

Capítulo 6

Alex se guardó el martillo en el cinturón de herramientas. Salió del establo, se colocó el sombrero para protegerse los ojos del sol de la tarde y miró hacia la imponente construcción. Casi estaba terminada. Pronto, nadie podría decir que hubiera habido un incendio allí.

Para Alex, el trabajo físico siempre había sido satisfactorio. También lo había ayudado a liberarse un poco de la tensión que le habían provocado sus encuentros recientes con Huntington y con Rodríguez. La tentación que sentía de dejar que ambos hombres se destrozaran el uno al otro era abrumadora. Dejaría que así lo hicieran si no fuera por una sola persona.

Rebecca.

Su cuerpo todavía ardía de deseo después del último encuentro con ella. Había esperado que trabajar en la reconstrucción del establo lo ayudaría. En vez de eso, no podía dejar de pensar en ella y comprendió que no podría disipar el deseo mediante el trabajo y la fuerza de voluntad. Iba a necesitar más que eso. Aun así, sus horas de esfuerzo físico lo habían ayudado a ver con más claridad la situación.

Sebastian Huntington pagaría por lo que había hecho. E iba a tener en su cama a Rebecca de nuevo, pero no para saldar la deuda de su padre.

—Tienes compañía —lo informó uno de sus obreros, señalando con la cabeza hacia la entrada a la finca.

Una pequeña nube de polvo se levantó en la distancia. Pocos minutos después un deportivo descapotable paró delante de la casa. Alex no necesitó romperse mucho la cabeza para adivinar quién estaba detrás del volante.

Se tomó su tiempo para llegar hasta ella. Rebecca lo esperaba de pie, con gran elegancia, junto a la puerta de su Cabriolet. Llevaba un vestidito muy *sexy* de color bronce que resaltaba su figura y dejaba al descubierto sus preciosas piernas. El sol poniente se reflejaba a su alrededor, haciendo brillar su cabello pelirrojo. No llevaba gafas de sol y él se quedó prendado del vivo color de sus ojos verdes mientras se acercaba. Ella lo miró, con el mismo orgullo indomable y la misma seguridad de siempre. Bueno, ya eran dos, ambos igual de testarudos.

Alex se echó el sombrero hacia atrás.

—Casi temo preguntar… ¿qué estás haciendo aquí, Becca?

Rebecca se enderezó y lo miró con determinación. Alex se acercó con cautela.

—He venido a resolver dos de los problemas más acuciantes.

Diablos.

—Si vienes por tu padre…

—Es sobre la deuda de mi padre, para ser exactos.
—Sí, por favor, sé exacta.
Alex podía haberse ahorrado el sarcasmo, pensó Rebecca y lo ignoró sin dificultad.
—Alicia ha venido a mi tienda hoy y me ha mencionado que, desde el incendio, estás sin ama de llaves.
Él intentó encajar el brusco cambio de conversación. Se cruzó de brazos y levantó una ceja.
—¿Y?
—Y te aliviará saber que eso ya no va a ser un problema.
Su comentario tomó a Alex por sorpresa. Para darse tiempo para contestar, se quitó los guantes y se los colgó del cinturón. Luego, intentó tomar las riendas de la conversación, cruzando la distancia que lo separaba de Rebecca y levantándole la barbilla con un dedo para que lo mirara.
—¿Qué te propones, dulzura?
Gracias a su cercanía, él pudo percibir un fugaz destello de alarma en los ojos de ella y una débil pausa en su respiración.
—Aquí tienes a tu nueva ama de llaves —lo informó ella—. Aceptaré el mismo salario que pagabas a tu anterior empleada y me quedaré hasta saldar la deuda de mi padre.
Alex no pudo evitarlo. Esbozó una amplia sonrisa.
—Bromeas.
Rebecca se apartó de él y se asomó a su coche para apretar el botón de apertura del maletero.
—También voy a darte mi coche. Eso debería saldar una pequeña parte de la deuda. Me he comprado una ranchera vieja como sustituto, pues necesito un medio de transporte para ir a la tienda —señaló ella y dio la vuelta al coche para sacar la primera maleta. La dejó sobre el suelo—. Me temo que tendré que pasar parte del día en Dulces Pequeñeces, pero mi ayudante está bien preparada y puedo organizarme para estar aquí cuando me necesites. También me levantaré temprano para ocuparme de las tareas domésticas y las terminaré después del trabajo, cuando cierre la tienda.
—Ya es suficiente, Rebecca —dijo él con tono de impaciencia—. No sé a qué estás jugando, pero no es divertido.
Rebecca se dio media vuelta con gesto fiero.
—Esto no es ningún juego. No es para divertirnos. De hecho, nada en los sucesos de las últimas veinticuatro horas me parece divertido.
—No pienso contratarte.
Ella debió de haber previsto su negativa, porque tenía sus argumentos ya preparados.
—No podrás negarte, Alex. Sólo piensa en lo delicioso que sería contarle a todo el mundo que Rebecca Huntington es tu ama de llaves.

Una vez tu madre fue ama de llaves de los Huntington, ahora la última de los Huntington es empleada tuya —le espetó ella y volvió a darle la espalda para sacar el resto de sus maletas y ponerlas ordenadas en el suelo—. Ahora, si me muestras mi habitación y me ofreces una idea global de mis tareas, prepararé la cena.

Rebecca se inclinó para recoger la primera maleta y Alex se la arrebató de las manos. ¡Diablos!

Pesaba una tonelada. ¿De qué demonios la había llenado? ¿De piedras?

—No vas a quedarte y te aseguro que no vas a jugar a ser mi ama de llaves.

Rebecca se puso delante de él para impedir que guardara de nuevo las maletas en el coche.

—Intento pagarte la deuda de mi padre y lo haré de una forma u otra. Voy a entregarte cada céntimo que recaude en la tienda y trabajar el resto del tiempo aquí, Montoya, un día tras otro, hasta que la deuda esté saldada.

—Tendrás que llamarme señor Montoya —replicó él—. Mis empleados me llaman señor o, incluso, Alex. Pero todos se dirigen a mí con el debido respeto, o se van a otro sitio a buscar trabajo.

Rebecca inclinó la cabeza con una dignidad y gracia que eran innatas en ella.

Alex se sintió presa de una mezcla de orgullo y deseo, tanto que se quedó sin palabras.

—Tienes razón. Le presento mis disculpas, señor Montoya.

Él maldijo.

—Esto es ridículo —protestó Alex. Y ella se daría cuenta de lo ridículo que era si conociera todo el valor de la deuda, pensó—. No puedo dejar que trabajes para mí, Rebecca. Tienes que darte cuenta de lo que parecerá. ¿Qué dirá la gente?

—Deja que hablen —replicó ella con decisión—. Van a hacerlo de todos modos, haga lo que haga. Como tú bien dijiste el otro día, mi reputación se tambalea. Y no creo que mi presencia aquí vaya a perjudicar la tuya.

¿Es que ella no lo entendía?, se dijo Alex.

—La gente dirá que eres mi amante, no mi ama de llaves —le explicó al fin.

Los ojos de Rebecca brillaron como esmeraldas.

—Pero yo sabré la verdad. Mis amigos sabrán la verdad. Tú sabrás la verdad.

Por lo que a mí respecta, eso es lo único que importa.

Alex titubeó.

Cuando Rodríguez se había ido la noche anterior, había estado furioso.

También había estado decidido a conseguir que Rebecca fuera suya. En Mansión Huntington ella era vulnerable. Allí, donde él podía protegerla, estaría a salvo, pensó Alex. Aunque tendría que ir a la ciudad todos los días para trabajar en su tienda.

Pero no creía que Pablo tuviera el atrevimiento de hacerle nada a plena luz del día y dentro de una tienda en medio de la calle. Y la seguridad de Rebecca era primordial.

Alex apenas había podido olvidar el rostro de Pablo cuando había hablado de ella. Sus intenciones le habían quedado claras. Igual que tenía claro algo más: Haría cualquier cosa para impedir que Pablo le pusiera las manos encima a Rebecca.

Tardó dos segundos más en pensárselo.

—Bien. Estás contratada.

Rebecca no se molestó en ocultar su sensación de triunfo, a pesar de que duraría poco. En cuanto le explicara en qué consistirían sus tareas, Alex esperaba que ella recogiera sus maletas, volviera a meterlas en el coche y desapareciera en la carretera todo lo rápido que pudiera con su coqueto deportivo descapotable.

Cuando Rebecca llegó a las escaleras que conducían a la puerta principal, hizo una pausa y Alex pudo percibir en ella un atisbo de vulnerabilidad. Ella se giró.

—Quizá deberíamos empezar de la manera en que pretendemos continuar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él con impaciencia—. ¿Podemos seguir andando? Estas maletas pesan mucho.

—Yo soy tu ama de llaves, Alex —replicó ella y meneó la cabeza—. Quiero decir… señor Montoya.

—Alex —la corrigió él con brusquedad.

—Las amas de llaves no suelen entrar por la puerta principal —señaló ella—.

Tu madre nunca lo hizo. No después de vuestra llegada.

—Oh, por el amor del cielo —protestó él. Subió las escaleras e intentó cambiar las maletas de mano para abrir la puerta. Una se le cayó en el pie y terminó abriendo la puerta de una patada—. Entra —ordenó.

A su lado, Rebecca volvió a abrir la boca, sin duda para seguir discutiendo.

—Pero…

—¡Por todos los santos! No tienes ni idea de cómo ser obediente, ni respetuosa,

¿verdad? ¿Vas a discutirme todas las órdenes que te dé?

Ella lo miró, conmocionada. Entonces, sus ojos parecieron reír y esbozó una amplia sonrisa.

—No, si son órdenes.

Alex dejó las maletas en el vestíbulo, y en esa ocasión consiguió que ninguna le cayera en el pie. Cerró la puerta de un portazo y los dos quedaron a solas en el interior de la casa. Entonces, tomó a Rebecca entre sus brazos para demostrarle de la manera más sencilla y directa por qué su idea era una locura.

—Sabes cómo te llamarán, ¿verdad? —le advirtió él.

Ella no opuso resistencia. Ni lo abrazó.

—Creo que tú me etiquetaste como la hija de un ladrón.

—No, dirán que eres mi amante.

Rebecca lo miró a los ojos, manteniendo la calma.

—Nosotros sabremos la verdad.

—¿Y qué verdad es ésa?

Rebecca se quedó parada entre sus brazos, mientras sus respiraciones se entremezclaban y sus corazones latían como uno solo.

—Que soy tu ama de llaves, nada más.

Alex se tomó sus palabras como un reto. Y la besó, con la intención de demostrar que ella se equivocaba. Un instante después, se dio cuenta de que había sido un error. Rebecca llevaba en su casa sólo treinta segundos y él ya le había puesto las manos encima. Diablos, muy encima. Estaba casi devorándola viva. Aunque ella no se resistía. Debería haberlo abofeteado. Pero, en vez de eso, Rebecca deslizó los dedos entre su pelo, dejando caer su sombrero al suelo y agarrándolo mientras sus bocas se derretían juntas.

Alex no podría nunca olvidar su sabor ni ese delicioso atractivo que la hacía única. Le recorrió el cuerpo con las manos, posándolas en zonas con las que había soñado durante largas y solitarias noches. La forma de sus curvas había cambiado desde esos años lejanos. Sutiles cambios que habían transformado a la niña que él había conocido en la mujer que estaba entre sus brazos.

Sus pechos seguían siendo exuberantes, pero su cuerpo se había vuelto más fuerte, más moldeado y mejor definido. Sus caderas daban paso a una delgadísima cintura y su trasero tenía la curva perfecta. Alex deseó deslizar las manos bajo su falda y descubrir si llevaba otra de las dulces pequeñeces de su tienda de lencería.

Quizá sería una mínima braguita negra o, tal vez, roja. Seda y encaje en su cremosa piel, cubriendo el nido de rizos entre sus piernas.

Aquella imagen estuvo a punto de hacerle perder el control. No quería hacerle el amor allí, en el vestíbulo. Pero, si no encontraban un lugar adecuado para sus actividades, eso sería lo que terminaría pasando. Más que nada, quería llevarla a su habitación y tumbarla sobre la cama, dejar al descubierto esa delicada lencería y averiguar qué color había elegido ese día.

Concentrado en hacer realidad sus deseos, se inclinó para tomarla en brazos.

Sin embargo, ella aprovechó la separación de sus bocas para entrar en razón. Con una exclamación de desaprobación, se apartó de él.

Rebecca tardó un momento en recuperar el aliento para poder hablar.

—Esto tiene que cesar —indicó ella—. Seré tu ama de llaves y trabajaré lo mejor que sé. Incluso me enfrentaré a los rumores que surjan como consecuencia de ello.

Pero de ninguna manera me convertiré en tu amante.

—Demasiado tarde, dulzura. Ambos hemos dado ya el paso — repuso él y se inclinó hacia ella—. Y serás mi amante. Sólo es cuestión de tiempo.

Rebecca era preciosa, sobre todo cuando se enfadaba, pensó Alex. Ella lo miró con sus ojos verdes. Su lustroso pelo rojo alrededor del rostro enfatizaba la cremosidad de su piel y el rubor de sus aristocráticas mejillas.

—¿Me enseñas mi habitación? —le pidió ella con tono de gran dama—. Me gustaría deshacer las maletas antes de preparar la cena.

—Sí, señora —replicó él con tono seco—. Es por aquí.

Alex se dirigió a la parte trasera de la enorme casa. Junto a la cocina, abrió la puerta que daba a las habitaciones que habían pertenecido a su anterior ama de llaves. Llevó las maletas de ella al dormitorio y las colocó en el suelo, junto a la cama.

Cuando levantó la vista, sorprendió una extraña mirada en el rostro de ella.

—¿Qué? —preguntó él con cautela.

—No me creo que esto sea la habitación del ama de llaves.

—Es exactamente eso.

La expresión de Rebecca se volvió indescifrable mientras se asomaba a las dos habitaciones, cada una con su propio baño, y al amplio cuarto de estar. Cuando terminó su inspección, miró a Alex con ojos llenos de tristeza.

—Estas habitaciones no estaban en El Diablo antes de que te mudaras aquí,

¿verdad?

—No.

—Las has construido especialmente para un ama de llaves y para… la familia que ella pudiera tener —dijo ella y no esperó su confirmación—. Es por lo que pasó en Mansión Huntington.

Alex recordó entonces la pequeña habitación que el padre de Rebecca había dividido en dos a regañadientes para que su madre y su hermana no tuvieran que compartir una habitación sencilla. También habían tenido un cuarto de estar, pero era tan diminuto que apenas había espacio para una persona, y mucho menos para dos adolescentes y su agotada madre.

Enseguida, Alex había comprendido que la única razón por la que Huntington los había acomodado así había sido para evitar los rumores. Las apariencias lo eran todo para Sebastian Huntington. La reputación y las apariencias. Huntington habría hecho todo lo posible para que la gente no lo acusara de maltratar a sus empleados, sobre todo después de que la madre de Alex había limpiado en la mayoría de las casas de Somerset y era muy querida por todos. Pero eso no había cambiado el hecho de que la espaciosa mansión de Huntington no había tenido un lugar apropiado para los sirvientes.

Rebecca se sonrojó de nuevo aunque, en esa ocasión, no tuvo nada que ver con la pasión.

—Lo siento, Alex —dijo ella—. Siento lo que mi padre te hizo a ti y a tu hermana a causa de nuestra aventura. Pero, sobre todo, siento lo que le hizo a Carmen. Mi padre se equivocó.

Alex se cruzó de brazos.

—Me sorprende que no lo defiendas o, al menos, lo justifiques. ¿No es ése tu papel como hija?

Ella suspiró.

—En este caso, no.

Al mirarla más de cerca, Alex percibió el agotamiento dibujado en el rostro de Rebecca. Sus ojeras le daban un aire de vulnerabilidad que hacía que él deseara tomarla de nuevo entre sus brazos. Pero no se atrevió a hacerlo. Y, menos, allí. No cuando las acciones pasadas del padre de ella seguían interponiéndose entre los dos.

—Tómate la noche libre para situarte. Puedes empezar a trabajar por la mañana.

Rebecca enderezó los hombros y la espalda.

—No es necesario. Tú dime qué quieres que haga.

Él dio un paso hacia ella.

—Ya sabes lo que quiero.

Rebecca se sintió alarmada al principio pero, enseguida, decidió tomárselo con humor.

—Miraré en la nevera a ver si lo tenéis, pero me temo que ese artículo en concreto no está en el menú de esta noche.

—Ponlo en el menú —sugirió él—. Pronto.

Alex salió del dormitorio. Se obligó a seguir caminando, a salir de la casa y regresar al establo. Una vez allí, dedicaría otra hora más al trabajo físico. Quizá, así estaría demasiado cansado para pensar en quién lo esperaba en El Diablo y en lo que le gustaría hacer con ella. Apretó los labios. ¿A quién quería engañar?

Nunca estaría tan cansado como para eso.

La noche pronto pasó de ser terrible a una total pesadilla en sólo dos horas.

De pie en la enorme cocina de El Diablo, Rebecca se enfrentó a los

hechos.

Había olvidado las pocas habilidades culinarias que Carmen le había enseñado en su adolescencia. Sin duda, la culpa la tenía la falta de práctica. Se había propuesto servir a Alex una cena sencilla pero nutritiva, compuesta de bistec texano a la parrilla, tostado por fuera y crudo por dentro, una gran ensalada, patatas al horno y frijoles salteados con almendras. De todo lo que había puesto sobre la mesa, lo único que se parecía un poco a su plan original era la ensalada.

El bistec no había quedado tostado, sino chamuscado. Las patatas estaban frías y duras como una piedra. Y el puré de frijoles parecía una plasta, con forma de montaña, las almendras asomando en la punta con aspecto de poder romperle los dientes a cualquiera.

Alex había echado un vistazo a la comida, había cerrado los ojos y había murmurado una plegaria antes de empezar a comer. Cinco minutos después, Rebecca se había dado cuenta de que él había añadido un generoso vaso de

whisky

al menú para ayudarse a tragar la comida.

Poco después, Rebecca se quedó mirando la interminable pila de platos que quedaban por lavar y se esforzó para no llorar. ¡Ya estaba bien!, se reprendió. Ella había elegido hacerlo y lo haría, por muy difícil que fuera. No iba a rendirse. No iba a echarse atrás. Y, de ninguna manera, iba a tumbarse en ninguna cama que no fuera la suya.

Tras buscar en varios cajones y armarios, localizó un delantal y guantes de goma y se puso manos a la obra. Hablaría con Alex cuando terminara para que le dijera la lista de tareas que había tenido la anterior ama de llaves. Tenía que completarlas lo bastante temprano como para poder llegar a su tienda a las nueve para abrir, así que tendría que madrugar. Mucho.

Justo cuando estaba metiendo el último plato en el lavavajillas, Alex apareció en la puerta de la cocina.

—Gracias por la comida —dijo.

Ella suspiró.

—Muy generoso por tu parte, teniendo en cuenta lo mal que me ha salido —

contestó Rebecca y se giró para mirarlo. Se quitó los guantes—. ¿Tienes un minuto para decirme cuáles serán mis tareas?

—Tardaré menos de un minuto. Limpiar la casa. Hacer la colada. Preparar el desayuno y la cena. No te preocupes por el almuerzo, suelo comer fuera.

—Supongo que también necesitas que haga la compra, ¿no? —preguntó ella y, cuando él titubeó, se puso en jarras para añadir—: ¿Lo hacía mi predecesora?

—Sí.

—De acuerdo.

—Becca…

—Por favor, Alex —susurró ella—. Tengo que intentarlo. Dame una oportunidad.

Los labios que a él tanto le gustaba besar se apretaron formando una línea.

—Sabes tan bien como yo que no puedes cumplir con tus tareas aquí y seguir llevando la tienda. Es demasiado para una persona.

—Puedo arreglármelas hasta pagar la deuda.

Alex meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo puede llevarte eso? —preguntó él —. No estamos hablando de unas pocas semanas o meses. Estamos hablando de años.

—No necesariamente —repuso ella—. La tienda tiene buenos ingresos. Y

seguro que te dan una cantidad decente de dinero por mi coche. Está usado, pero muy bien cuidado.

—No quieres ver la realidad, Rebecca. No podrás mantener este ritmo ni durante un mes, y mucho menos durante años. Acepta las cosas como son.

Rebecca se esforzó por mantener la compostura. Quizá, podría enfrentarse a todo mucho mejor si no estuviera tan cansada.

—¿Crees que no lo hago? ¿Crees que no sé cuánto te debemos? —le espetó ella y, obligándose a no perder el control, sacó una silla y se sentó con todo cuidado, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos. Se humedeció los labios antes de continuar—. No soy tan tonta como crees, Alex.

Él la observó con atención.

—¿A qué te refieres?

—Me doy cuenta de que, si no hubieras aceptado Dulces Pequeñeces como aval, Mansión Huntington sería ahora tuya —afirmó ella y movió la mano en el aire—.

Tuya o de otra persona que no fuera mi padre. Alguien como Rodríguez. Mi padre habría tenido que venderla para cubrir sus deudas y las tarifas de los abogados.

—Es probable.

—Todavía puede suceder —susurró ella—. ¿No es así?

Alex iba a responder, pero se interrumpió y se encogió de hombros.

—No pienses en ello.

—¿Alex? —insistió ella.

—Digamos que este lío todavía no ha llegado a su fin —señaló él con gesto lúgubre—. Hasta que así sea, mantente alejada de

Rodríguez, Becca —le ordenó—. Si contacta contigo, dile que hable conmigo y llámame de inmediato.

—¿Mi padre está en peligro?

—¡Por todos los santos! —exclamó Alex y se pasó los dedos por el pelo—. Pablo es peligroso para ti, Becca. Eso es todo lo que debería preocuparte. Tu padre se ha metido él sólito en este lío y debe aprender a salir de él.

—¿Es ésa la actitud que adoptarías si la situación fuera al revés y Carmen estuviera en peligro? —se atrevió ella a preguntar.

Alex hizo un esfuerzo sublime para controlar su temperamento, tanto que Rebecca quedó impresionada.

—Como he señalado antes, no es una comparación justa y tú lo sabes. Primero, mi madre nunca se habría puesto en la misma situación que tu padre. Hubo veces en que no tenía comida para poner sobre la mesa, pero nunca recurrió a robar ni un céntimo de las casas que limpiaba. A pesar de que en esas casas nunca se habrían dado cuenta y lo que para ellos había sido insignificante a nosotros nos habría bastado para no pasar hambre.

—Oh, Alex —musitó ella, sufriendo por lo que había pasado.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—No quiero tu compasión —dijo en tono cortante—. Sólo quiero dejar las cosas claras.

—Imagina que tu madre hubiera pedido prestado a Rodríguez para poder daros de comer y que, luego, no hubiera podido devolvérselo. Tú habrías intervenido antes de que Rodríguez hubiera podido lastimarla —afirmó ella sin ninguna duda—.

Lo que yo hago no es diferente, ¿no te parece?

Alex atravesó la habitación con paso decidido y, cuando llegó hasta ella, la levantó de la silla.

—La diferencia es que tu padre es capaz de cuidarse solo, aunque ahora prefiera esconderse bajo tus faldas. La diferencia es que mi madre era una mujer humilde, cariñosa y amable, mientras que tu padre es un bastardo arrogante que piensa que puede hacer lo que quiera sin aceptar nunca la responsabilidad de sus actos y sin sufrir las consecuencias.

Rebecca deseó con todo su corazón poder negar las afirmaciones de Alex, pero no pudo. Por mucho que amara a su padre, no estaba ciega. Eso no significaba que no estuviera dispuesta a defenderlo y a hacer todo lo posible para ayudarlo a superar la situación. La gran enormidad de esa tarea le pesaba como una carga insostenible.

Devolver el dinero al Club de Ganaderos o, mejor dicho, a Alex, le había parecido ya bastante difícil. Sin embargo, lo de Pablo Rodríguez…

—Ya es suficiente —indicó Alex—. Está claro que estás al límite de

tus fuerzas y no quiero que la gente diga que yo soy el culpable.

Rebecca levantó la mano para quitarle importancia a su comentario. Cuando Alex la tomó en sus brazos, levantándola del suelo, ella soltó un grito de sorpresa. Él la llevó a las habitaciones del ama de llaves, directo al dormitorio. Allí, la dejó caer sobre el colchón y la agarró de los tobillos para quitarle los zapatos.

—Puedo desvestirme sola —lo informó ella con una seca sonrisa. Se sentía al borde de las lágrimas—. Llevo haciéndolo más de dos décadas.

—Y yo que pensaba que tenías criados que se ocupaban de eso, además de satisfacer todos tus deseos…

—Muy gracioso —dijo ella y señaló hacia la puerta—. Creo que hemos dejado claro dónde terminan mis obligaciones. Al otro lado de la puerta.

Alex siguió sujetándola de los tobillos durante un momento. La acarició con los dedos, tocando su sensible piel hasta que ella se estremeció. Para alivio de Rebecca, él no pareció darse cuenta de lo cerca que estaba de agarrarlo y obligarlo a acostarse con ella.

—Es una pena —replicó Alex y la soltó, dando un paso atrás. Se detuvo a medio camino hacia la puerta y la miró por encima del hombro—. ¿Te acordarás de llamarme si Rodríguez se pone en contacto contigo?

No tenía sentido discutir por eso, a pesar de que, por instinto, Rebecca deseaba hacerlo.

—Lo prometo.

—Duerme bien —dijo él y esbozó una media sonrisa—. Dios sabe que yo no podré.

Capítulo 7

La semana siguiente resultó ser una de las más estresantes que Rebecca había experimentado. Estaba exhausta. No era sólo por levantarse todas las mañanas para encargarse de las tareas del hogar antes de correr a la ciudad a abrir Dulces Pequeñeces. No había tenido en cuenta que sus obligaciones implicaban mantener un caserón del tamaño de El Diablo en perfectas condiciones.

Bueno, si miraba el lado bueno, podía permitirse cancelar sus visitas al gimnasio. Sus ejercicios diarios no eran nada comparados con el ejercicio que hacía limpiando y quitando el polvo de las innumerables habitaciones que había en casa de Alex.

Sólo necesitaba tiempo para acostumbrarse, pensó. Y necesitaba tiempo para aprender una manera más eficiente de limpiar.

Hasta esa semana, nunca había considerado que su tienda fuera un lugar para descansar y relajarse. Sin embargo, había empezado a disfrutar cada preciosa hora que pasaba allí, sobre todo sabiendo lo que la esperaba en El Diablo. El problema no era el esfuerzo físico que requerían las tareas, a pesar de que eran agotadoras. Lo peor era la callada resignación con que Alex observaba su trabajo.

Alex se comía su terrible comida con estoicismo. No se quejaba cuando ella le desteñía las camisas o las dejaba con manchas de lejía. No hacía más que suspirar cuando se le pegaban las botas al suelo de madera que ella había pasado horas abrillantando. Pero, con cada incidente, ella se sentía menos y menos capaz y más como si estuviera aprovechándose de él. No debería cobrar por ello. Era ella quien debería pagarle por todo el daño que le estaba infligiendo a él y a la casa.

Rebecca se obligó a levantarse con un hondo suspiro y empezó a sacar el último pedido de lencería de seda y encaje. Aunque al comienzo de la semana la tienda había estado tan llena como siempre, en los últimos días el negocio había bajado.

Sospechó que se debía a la reciente ola de frío. ¿Quién iba a querer comprar lencería de seda cuando el tiempo pedía lana?

A sus espaldas, sonó la campanilla de la puerta y un cliente entró, alguien a quien Rebecca vagamente reconoció del instituto.

—Eres Mary Beth, ¿verdad? —la saludó Rebecca con una amistosa sonrisa y señaló hacia la zona de la tienda que acababa de ordenar—. Los artículos de esta parte son de la nueva colección. De hecho, eres la primera en verlos.

—Probablemente, también la última —replicó la mujer en tono frío.

Rebecca se quedó confusa. Quizá, si no hubiera estado tan cansada, habría sabido qué responder. Pero, en vez de eso, se quedó mirándola atónita.

—¿Cómo dices?

—¿El negocio ya no va tan bien? —preguntó Mary Beth, tocando la lencería y haciendo caer al suelo algunos de los artículos de sus perchas—. Pues no va a hacer más que empeorar, ahora que todo Somerset sabe la verdad sobre los grandiosos Huntington. ¿Quién va a querer comprarle descarada ropa interior a alguien como tú?

Rebecca se quedó helada.

—No sé qué…

Mary Beth la interrumpió con un gesto de la mano.

—Oh, por favor. Toda la ciudad sabe lo de tu padre. Y tú trabajas para Montoya… si es que eso se puede llamar trabajar. Todos nos hemos reído mucho al verte caer de tu pedestal —le espetó Mary Beth con desprecio—. Disfruta de tu Dulces Pequeñeces. Sin clientes, así es como estará siempre.

La mujer se giró para salir, al mismo tiempo que la puerta se abrió. Un hombre allí parado miró a Mary Beth de arriba abajo.

—Señora —la saludó el hombre, esbozando una amplia sonrisa.

Mary Beth le devolvió la mirada con interés y salió al frío aire de noviembre.

Rebecca rezó por no parecer tan conmocionada como se sentía. Intentó recuperar la compostura y ofreció al nuevo cliente la más profesional de sus sonrisas. Al mirarlo, le resultó familiar. El miedo la atravesó. Con suerte, se trataría de un cliente sin más, no de un curioso atraído por los rumores que, según parecía, habían empezado a circular por la ciudad sobre su padre y ella.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó ella con cautela.

El hombre sonrió con satisfacción.

—Más de lo que crees —murmuró él. Señaló hacia el interior de la tienda—.

Estoy buscando algo especial. Para mi futura esposa.

—Puedo ayudarlo con eso.

—Seguro que sí.

Su comentario provocó en Rebecca una reacción visceral de alarma que no pudo explicar. Hizo todo lo posible para ocultar su preocupación y se acercó a la parte delantera de la tienda, en vez de hacia donde el hombre había señalado.

—¿Podría darme una idea de lo que está buscando?

El hombre lo pensó un momento.

—Un salto de cama. Para nuestra noche de bodas.

—¿De qué color tiene el pelo su prometida?

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro del extraño.

—Es pelirroja, como tú.

De acuerdo, se dijo Rebecca, que sabía reconocer cuándo alguien pretendía jugar con ella. Y, sin duda, aquel hombre lo estaba

intentando. Entonces, se acordó de dónde lo había visto antes. Había sido muy rápido, hacía varios meses. Él había estado hablando con su padre, los dos habían mantenido una conversación bastante acalorada. Cuando ella le había preguntado a su padre sobre el incidente, su padre le había quitado importancia. Sin embargo, en ese momento, su recuerdo cobró significado. Si tuviera que apostar, apostaría a que tenía delante al infame Pablo Rodríguez. Y eso sólo podía implicar una cosa.

Problemas.

Con toda la naturalidad que pudo, Rebecca tomó su teléfono móvil del mostrador, junto a la caja registradora, y se lo pasó de una mano a otra, intentando aparentar que era un hábito inconsciente.

—Hmm. Bien, el negro siempre queda bien… —comenzó a decir ella y parpadeó, como si estuviera sorprendida—. Un momento. Mi teléfono está vibrando.

Maldición. Es Alex. Si no respondo… —añadió y se encogió de hombros, fingiendo molestia.

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Rebecca abrió el móvil y apretó el botón al que había asignado automáticamente el número de Kate. Cuando tuviera oportunidad, iba a programar también el número privado de móvil de Alex, se dijo.

Para su alivio, su amiga respondió casi al instante.

—Sí, Bec. ¿Qué sucede?

—Sí, Alex, estoy bien —dijo Rebecca y miró al techo con un gesto de exasperación exagerado—. Te preocupas demasiado.

Hubo un momento de silencio.

—Algo va mal, ¿verdad, Rebecca?

Ella se alegró de haber escogido a una amiga inteligente. Kate no sería lenta en sumar dos y dos y darse cuenta de que necesitaba ayuda.

—Has dicho Alex. ¿Estás con él? ¿Es él quien te está causando problemas? —

preguntó Kate.

Rebecca esperó que el tono de irritación que fingió para contestar ocultara su miedo.

—No, no. Volveré a la hora acostumbrada.

—No, claro que no. Eso no tendría sentido —continuó Kate al teléfono—. No habrías usado ese nombre si estuvieras con él. Eso sólo puede significar que quieres que lo llame.

—Sí, eso es. Mira, estoy con un cliente y no quiero hacerle esperar más. Así que deja de llamarme —dijo Rebecca.

—Estoy en Petróleos Brody. Llamaré a Alex. Y me pondré en camino hacia allí con Lance.

—Como quieras. Adiós, Alex —contestó Rebecca. Por alguna

razón, el mero hecho de pronunciar su nombre le daba fuerza. Por desgracia, había causado el efecto contrario en el hombre que tenía delante. Ella respiró hondo—. Lo siento mucho. ¿Por dónde íbamos?

—Ah, sí. Por aquí —respondió él, sosteniendo un salto de cama rojo en la mano—. Esto quedará muy bien en tu piel.

—En la piel de su prometida —lo corrigió ella con una sonrisa—. Y, si el tono de su cabello es similar al mío, este color no le sentara bien.

El hombre dejó el salto de cama en su colgador.

—Es una pena. Me gusta mucho este color. Quizá, algo verde —sugirió él y sacó un modelo de color verde esmeralda del colgador. Se acercó a ella—. A juego con los ojos de mi futura prometida.

Rebecca se quedó petrificada. Se echó hacia atrás, pero el hombre se movió con rapidez y se colocó entre ella y la salida. Él corrió el cerrojo y le dio la vuelta al cartel de Abierto. Luego, sonrió de un modo que la aterrorizó.

—Pablo Rodríguez, supongo —consiguió decir Rebecca.

—Es un placer conocerte al fin, señorita Huntington —replicó él—. Pero, teniendo en cuenta que vamos a intimar muy pronto, ¿por qué no te llamo Becca?

—Porque sólo mis amigos me llaman así. Y usted no es uno de ellos.

—Podría serlo —afirmó él y la acorraló contra el mostrador—. Lo seré.

—¿Qué quiere?

—Tu padre me debe mucho dinero. Creo que es hora de que me paguéis una pequeña entrada —respondió él y se acercó más—. Digamos… con intereses.

Alex salió de su oficina como un rayo. Era más rápido caminar, o correr, a Dulces Pequeñeces que conducir, decidió. Además, no quería alertar a Pablo de su presencia hasta que entrara por la puerta. No sabía cómo Lance Brody estaba informado de lo que estaba pasando en la tienda de lencería, pero estaba en deuda con él porque lo hubiera avisado. Era un favor que no podría pagarle fácilmente.

El pequeño cartel de la puerta de entrada decía:

Cerrado

. Alex se estremeció de miedo al verlo. Por lo que podía ver a través del escaparate de cristal tintado, el interior de la tienda parecía oscuro y silencioso. Echando mano de todo su autocontrol, intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave, pero eso no era problema para él. Incluso después de tantos años, no había olvidado del todo algunos de sus talentos menos respetables. Forzó la cerradura y abrió la puerta, con cuidado de que la campanilla no sonara para no ser oído. Durante un instante, no vio ni oyó nada. Entonces, escuchó un grito

amortiguado proveniente del pequeño diván que había en la zona de descanso de la tienda.

Alex actuó como un rayo. En cuestión de segundos, estaba en la parte trasera de la tienda, con Rodríguez en el suelo, sangrando.

Pablo, con el labio partido y un ojo hinchado, lo miró.

—No debiste haber venido —dijo Pablo.

—Te advertí que no tocaras lo que me pertenece. Debiste haber escuchado.

Pablo intentó incorporarse y Alex se acercó más meneando la cabeza. El otro hombre gimió y volvió a sentarse en el suelo.

—Y tú debiste haberme escuchado a mí, Montoya. Haré lo que sea necesario para tener a esta mujer y para tener su casa. Tendré el estatus social que un día fue suyo —amenazó Pablo y sonrió, a pesar del dolor que sentía—. La tendré en mi cama, embarazada de un hijo mío.

Aquella imagen le quemó a Alex como puro fuego y, sin duda, eso había pretendido su contendiente. Se obligó a ignorarlo, a no dejarse distraer. Y también se forzó a ignorar a Rebecca. Si la miraba, perdería la pelea.

—Ella está en mi casa ahora. En mi cama. Y allí se quedará. Si quieres cobrar las deudas de Huntington, habla conmigo.

—¿De veras vas a pagar sus deudas, después de todo lo que le hizo a tu familia?

—Sí —contestó Alex y sonrió con frialdad—. Como te he dicho, no puedes ganar, Pablo. Ahora vete antes de que la dama presente cargos contra ti.

—Ella no haría eso —repuso Pablo y lanzó una mirada a Rebecca —. Ya hay suficientes rumores. Si alguien se entera de esto… Bueno, se preguntarán si la encantadora Becca está ayudando a su padre a pagar sus deudas… al estilo tradicional. ¿Verdad, Alejandro?

—¡Basta! —gritó Alex. Agarró a Pablo para ponerlo en pie y lo desarmó en un rápido forcejeo—. ¿Dónde están tus hombres?

—Estoy solo.

Alex ignoró su mentira.

—Desde los doce años, nunca sales sin guardaespaldas. Te lo pregunto otra vez.

¿Dónde están tus hombres?

—En la parte trasera —contestó Pablo. Se llevó un dedo a la boca y se encogió—

. La próxima vez, los apostaré en la puerta principal.

—No va a haber próxima vez, Pablo. Ahora sal de aquí y llévate a tus hombres antes de que llame a la policía.

Pablo posó los ojos un instante en Rebecca antes de salir de la tienda. En cuanto Alex consideró que estaban a salvo, se agachó junto

a ella y le tomó las manos, heladas, frotándoselas para calentarlas.

—¿Estás bien?

Rebecca tardó unos segundos en responder.

—Estoy conmocionada y magullada. Pero sobreviviré.

A pesar de fingir seguridad, Rebecca tenía la cara pálida como la leche y los ojos delataban su miedo. Se habían puesto de color verde oscuro, como la jungla impenetrable. De hecho, Alex se dio cuenta de que ella también parecía haberse cerrado al exterior.

Alex siguió frotándole las manos y hablándole en voz baja y calmada. Mientras tanto, la examinó. El ataque había sido breve, pero aterrorizador. Tenía arrancados los dos primeros botones de la blusa, que dejaban al descubierto su sujetador de encaje. Tenía la falda subida hasta los muslos, pero él sabía que eso había ocurrido cuando ella le había dado una patada a Pablo mientras Alex lo había arrastrado desde el diván. Tenía también unos cuantos moratones, uno en el cuello y otro en el muslo. El resto del daño era psicológico, más que físico.

Alex perdió la noción del tiempo a su lado. Detrás de ellos, las campanillas de la puerta sonaron y Rebecca dio un salto, asustada. Lance y Kate irrumpieron en la tienda.

—¿Está bien? —preguntó Kate—. ¿Bec?

Kate corrió junto a su amiga y la abrazó. Alex se levantó despacio, sintiéndose impotente y furioso. Lanzó una rápida mirada a Lance y le sorprendió encontrar en los ojos del otro hombre un gesto de comprensión y compasión.

—¿La han atacado? —preguntó Brody en voz baja.

Alex asintió y respondió en un susurro:

—Rodríguez.

Luego, Alex dejó a Becca en manos de su amiga y se dirigió a la parte delantera de la tienda, donde nadie pudiera escuchar su conversación.

—¿Llegaste a tiempo? —preguntó Lance.

—Sí. Aunque el bastardo ha hecho mucho daño a su paso.

—No parece que el problema vaya a resolverse pronto —comentó Brody y frunció el ceño—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo he decidido todavía —admitió Alex—. Pero no dejaré que Rebecca corra peligro.

Lance puso los brazos en jarras y miró al suelo.

—¿Los rumores son ciertos? —preguntó Lance con brusquedad—. Sobre Rebecca y tú. ¿Vive contigo ahora?

—Es mi ama de llaves, nada más.

Lance maldijo en voz baja.

—Qué bajo has caído, Montoya.

—¿Crees que tengo elección? —replicó Alex—. Ella se presentó

ante mi puerta, con las maletas en la mano.

—Podrías haberla despedido. Deberías haberlo hecho.

—Pero resulta que El Diablo puede ser el sitio más seguro para ella.

—No creo. Se ha convertido en el hazmerreír del pueblo. Su reputación está hecha pedazos. Y las mujeres importantes del pueblo están hablando de boicotear Dulces Pequeñeces.

Fue Alex quien maldijo a continuación.

—Ella sólo quiere pagar la deuda de su padre.

—La gente murmura sobre el modo en que la está pagando.

Alex miró a Lance.

—Estás buscando pelea desde hace tiempo, Brody. Sigue metiéndote donde no te llaman y te llevarás tu merecido.

—Cálmate. No te estoy diciendo nada que no esté en boca de todo el pueblo —

contestó Lance—. Becca no se merece esto. Y te pido que lo arregles antes de que vaya a peor.

—Yo me encargaré, Brody —aseguró Alex. Pero, en ese momento, tenía algo más de lo que ocuparse. Se acercó a Rebecca y Kate, que estaban abrazadas—. Voy a llevarte a casa, dulzura. Podemos cerrar la tienda o llamar a tu ayudante. ¿Qué prefieres?

—Ese bastardo no va a ganar. Me niego a cerrar mi tienda —afirmó ella con ferocidad.

Alex se sintió aliviado al ver que Rebecca volvía a ser la misma testaruda de siempre.

—Llamaré a Emma y le pediré que me sustituya.

—¿Por qué no te quedas con Lance y conmigo? —le ofreció Kate—. Un día o dos.

Alex echó mano de toda su fuerza de voluntad para mantener la boca cerrada y no interponerse, tomar a Rebecca en brazos y llevarla a El Diablo. Pero no era él quien debía decidirlo. Si Rebecca se sentía mejor quedándose con sus amigos, él mismo le haría las maletas.

—Gracias —dijo Rebecca—. Estaré bien con Alex.

—Estará mejor que bien —afirmó Alex—. Yo me ocuparé de ello en persona.

—Además —continuó ella—, tengo que hacer mis tareas en la casa. Así podré ponerme al día con el trabajo.

Dos pares de ojos acusadores se clavaron en Alex. Él negó con la cabeza.

—Ni hablar. Necesitas tiempo para recuperarte del shock.

—No —lo corrigió ella con firmeza—. Necesito algo que me mantenga ocupada para no hundirme.

—Lo hablaremos más tarde —replicó Alex y la ayudó a ponerse en pie—. Mi coche está en la oficina. ¿Crees que puedes caminar hasta

allí?

—Me gustaría que dejarais de tratarme todos como una inválida. Puedo caminar hasta allí.

* * *

Cuando llegaron al rancho, Rebecca había recuperado su color y su espíritu de lucha.

—De veras, tengo que terminar mis tareas domésticas, Alex.

—Como jefe tuyo, te lo prohíbo.

—Me lo prohíbes —repitió ella, digiriendo la palabra—. ¿Realmente crees que puedes prohibirme algo?

Él sonrió.

—Sólo como tu jefe.

—En serio, Alex. ¿Qué esperas que haga?

Alex paró el coche ante el porche de la casa. Si hubiera podido conducir hasta la puerta, lo habría hecho. Rebecca se había puesto pálida de nuevo. Las ojeras rodeaban sus ojos como moratones. El agotamiento hacía mella en su rostro. Tenía los labios apretados. Él debió haber hecho algo antes. Rebecca no podía seguir jugando a ser el ama de llaves y ocuparse de Dulces Pequeñeces al mismo tiempo.

Era demasiado para una sola persona.

—Entra —le ordenó. Quisiera ella o no, necesitaba descansar y él se encargaría de que lo hiciera—. No sé tú, pero yo necesito una taza de café.

A Rebecca se le iluminaron los ojos.

—Suena genial. Prepararé un poco.

—Haces un café excelente, pero me propongo añadirle algo que tú no le pones.

—¿Qué?

—Espera y verás.

Juntos, se dirigieron a la cocina. Alex señaló una de las sillas y esperó a que ella se sentara. Cuando, con reticencia, Rebecca hubo tomado asiento, él se quitó la chaqueta del traje, se remangó y empezó a preparar café. Mientras se hacía, sirvió una generosa dosis de *whisky* en un cazo y lo calentó hasta que estuvo a punto de hervir. Luego, llevó tazas, azúcar moreno, el *whisky* caliente y el café a la mesa donde ella estaba sentada.

—De acuerdo, estoy intrigada.

—Prepárate para sentirte impresionada.

Alex sirvió café en ambas tazas, añadió azúcar y removió la mezcla. Invirtió la cuchara, colocándola boca abajo sobre una taza y, lentamente, sirvió el *whisky*

caliente por encima de la parte curva. Cuando terminó, se dirigió al frigorífico y sacó crema batida, coronando ambas bebidas con una buena porción.

—Café irlandés —informó él, tendiéndole una de las tazas—.

Sláinte

.

—¿Qué significa eso?

—Es gaélico. Significa «a tu salud».

Los ojos de Rebecca brillaron con buen humor.

—De acuerdo, estoy impresionada.

—Y lo estarás aún más cuando lo pruebes. Espera un segundo a que se enfríe y dime qué opinas.

Eso alimentó su curiosidad.

—¿Tan bueno está? —preguntó ella.

—Mejor.

Con una carcajada, Rebecca hundió la nariz en su taza y tomó un pequeño sorbo.

—Oh —murmuró. Levantó la cabeza y lo miró con ojos muy abiertos—. Vaya.

Alex rió al verla. Alargó la mano y le limpió un poco de crema de la punta de la nariz. ¿Cómo podía estar tan hermosa? El miedo y el pánico la habían dejado pálida.

La crema batida añadía un divertido elemento infantil a los contornos de su rostro. Y, aun así, su belleza era capaz de dejar sin aliento a cualquiera. Parecía casi etérea, sobre todo así, con el pelo rojizo suelto sobre los hombros y los ojos verdes brillando de gusto. Si no hubiera sido una mujer tan apasionada y tan llena de voluntad, él la habría tomado por un hada juguetona que se hubiera colado en su casa para probar el

whisky

.

—¿Cómo has aprendido a hacer esto?

—Mi antigua ama de llaves era irlandesa. Ella me enseñó.

Rebecca hizo una mueca.

—Debes de echarla de menos, sobre todo teniendo en cuenta que su sustituta no está a su altura.

—Sobreviviré —aseguró él y tomó un trago de su taza—. Pero tienes razón: la echo de menos. La señora O'Hurlihy era una joya.

Rebecca suspiró y se llevó la taza a los labios antes de responder.

—Sé que tengo que mejorar mucho, pero lo estoy intentando.

—Me doy cuenta de eso. Y, para ser honestos, no hay nadie mejor para organizar la fiesta que planeo celebrar en honor de Darius y Summer. Que yo recuerde, tú solías preparar unas fiestas espectaculares en casa de tu padre.

Por alguna razón, Rebecca se apartó un poco. Esbozó una sonrisa tensa y forzada.

—Me gustaría ocuparme de ello. Aunque te sugeriría que contrataras un servicio de

catering

, si no te importa. No estoy segura de que mis habilidades culinarias estén a la altura.

—Habría contratado un servicio de

catering

incluso con la señora O'Hurlihy.

Sólo necesito que decores y supervises todo.

—Claro —repuso ella y hundió de nuevo la nariz en la taza—. ¿A quién… a quién piensas invitar?

—A los Brody, Alicia y Justin Dupree. Mitch y Lexi. Kevin y Cara Novak.

Quizá, a unos cuantos más.

—¿Será una cena formal?

—No. Algo informal. Me ocuparé de que tengas ayudantes para la decoración navideña y el árbol. Estoy pensando que deberíamos servir la cena en un bufé.

Alex tomó las tazas vacías y se preparó dos tazas más, asegurándose de señar una buena dosis de alcohol a Rebecca, con la esperanza de que la ayudara a relajarse.

Dejó la bebida delante de ella y le complació que la agarrara al instante y tomara un trago.

—Esta casa tiene una gran sala de baile. Creo que la he pisado una vez. Pero no sé si servirá para la fiesta.

—Me pondré con ello mañana a primera hora.

Algo en el tono de voz de Rebecca parecía no ir bien y Alex la observó con preocupación.

—De acuerdo, ¿qué pasa? ¿Qué anda mal?

Ella se encogió de hombros.

—Nada. Sólo estoy cansada.

Entonces, Alex se sintió culpable. Era un egoísta. Allí estaba, encargándole preparar una fiesta justo después de haber sido atacada. ¿En qué había estado pensando?, se reprendió. Le quitó la taza de las manos con suavidad y le sorprendió comprobar que se había terminado ya su contenido.

—A la cama —indicó él con énfasis.

Sin darle tiempo a discutir, Alex la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

Rebecca apoyó la cabeza en su pecho y, por primera vez, él se dio cuenta de lo frágil que parecía entre sus brazos. La depositó en el colchón y, cuando iba a retirarse, ella le rodeó el cuello con los

brazos. Luego, levantó el rostro hacia él y lo besó en los labios con suavidad.

—Quédate —musitó Rebecca—. Por favor, Alex. No quiero estar sola.

Capítulo 8

Rebecca se abrazó a Alex, aferrándose con más fuerza cuando él intentó de nuevo separarse.

—Por favor, Alex —repitió ella—. No te vayas.

—No sabes lo que me estás pidiendo —repuso él con voz ronca.

—Sé muy bien lo que te estoy pidiendo.

—Es por el *whisky*. Y por la reacción a lo que te ha pasado con Rodríguez.

Rebecca negó con la cabeza, sin soltarlo. Le acarició el cuello con un suave movimiento.

—No hables de él. Aquí, no. Ahora, no. Esto es sólo para nosotros.

—No hay un «nosotros».

—¿A quién quieres convencer, a mí o a ti mismo?

Rebecca rió con suavidad y capturó su labio inferior entre los dientes. Con cuidado, tiró de él.

—Siempre ha habido un nosotros, desde la primera vez que entraste en Mansión Huntington —insistió ella, mientras los viejos y dulces recuerdos la invadían—. Entraste como un tornado, eras un joven rebelde y duro y, cuando te vi, supe que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Alex se rindió, apretándose contra ella.

—Sólo eras una niña.

—Sólo soy dos años menor que tú. Yo era… apenas una adolescente —recordó ella.

—¿Apenas? —repitió él con una sonrisa—. Cariño, eras toda una mujer, incluso entonces. Esbelta, hermosa, con ese increíble pelo como una sedosa cascada de rosas.

La primera vez que entramos en tu casa, estabas en lo alto de la escalera, mirándonos como una princesa mira a sus vasallos.

—Nunca —negó ella al instante—. Nunca me sentí de ese modo y nunca lo haré. Recuerdo que te miré y pensé… «vaya, ahí está. Ese es el hombre de mi vida».

—Y yo recuerdo que te miré y me pregunté si tu piel era realmente tan blanca o si era un truco de la iluminación. Y pensé lo mucho que deseaba… —recordó él y su sonrisa se desvaneció—. En ese momento, tu padre nos dijo que los empleados no entraban por la puerta principal. Tuvimos que dar la vuelta y entrar por detrás.

—Oh, Alex —susurró ella, sintiendo su dolor—. Sé que no puedo decir nada para justificar su actitud.

—Ni lo intentes.

—No pretendo hacerlo. De hecho, no pretendo decir mucho más. Prefiero actuar.

Se incorporó y le capturó la boca con la suya. Despacio, lo acercó a

ella hasta que quedaron abrazados. Durante un largo momento, ella se deleitó explorando su boca. Sus besos siempre habían sido deliciosos, pero en el presente eran aún más potentes que el *whisky* que él había servido en el café.

Alex había cambiado en muchos sentidos desde la última vez que habían estado juntos. Tenía los hombros más anchos y los músculos de su espalda y brazos eran más fuertes y mejor definidos. También su torso era más sólido y más ancho. Incluso su rostro había cambiado. Tenía líneas de expresión marcadas a los lados de la boca y en los ojos. Todo su aspecto le daba un aire de autoridad.

Concentrada en familiarizarse con el nuevo Alex, Rebecca se tomó su tiempo, recorriendo su rostro con los dedos, tocándole las arrugas y el hoyuelo de la barbilla.

Mientras, él la observaba con gesto atento y los ojos del mismo color chocolate que siempre. Unos ojos que parecían llenos de recuerdos.

Rebecca se incorporó de nuevo, siguiendo con la boca el mismo camino que sus dedos habían recorrido. Tenía la oportunidad de darle un beso más de buenas noches y despedirse de él hasta el día siguiente. Y él se iría, de eso no le cabía ninguna duda.

También, podía escuchar el dictado de su corazón y terminar lo que había empezado.

No se lo pensó dos veces.

No sabía si volvería a tener otra oportunidad como aquélla. Era muy probable que, a la mañana siguiente, él se arrepintiera y no quisiera repetirlo. Pero, en ese momento, no pudo soportar la idea de dejarle marchar. Su encuentro amoroso no los conduciría a nada y ella lo sabía. Demasiadas cosas se interponían entre los dos. Pero podían limitarse a disfrutar del presente. Podían disfrutar de un breve interludio juntos. Y, cuando terminara, ella tendría que enfrentarse a la separación. Sería capaz de hacerlo, se dijo, pues tendría los recuerdos de su ternura para darse fuerzas.

En el instante en que tomó la decisión, Rebecca bajó las manos hacia los botones de la camisa de él y los fue desabotonando uno a uno. Sintió la cálida piel de Alex y el firme latido de su corazón. Despacio, empezó a quitarle la camisa. Él la detuvo antes de que pudiera hacerlo del todo.

—¿Estás segura? —preguntó él—. ¿No te arrepentirás luego?

Rebecca sonrió.

—Claro que nos arrepentiremos, los dos. Pero yo lo superaré. Y tú, también.

—Has bebido demasiado. Ha sido un día muy traumático para ti. Debería…

—Deberías decirme si sigues guardando un preservativo en la cartera.

Rebecca leyó la respuesta en los ojos de él y sonrió. Alex maldijo para sus adentros. Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la cartera. Ella tomó el preservativo y tiró la cartera al suelo, junto con la camisa de él. Entonces, lo observó, familiarizándose de nuevo con cada músculo, con cada fibra de su cuerpo.

Cuando ella le desabrochó el cinturón, él se quitó los zapatos, que cayeron al suelo con un golpe seco, marcando su rendición.

—Me da la sensación de que llevas demasiada ropa.

—Quizá deberías hacer algo para arreglarlo.

—Me has leído el pensamiento.

Alex canalizó su energía a remediar la situación. Con la facilidad que daba la experiencia, le bajó la cremallera de la falda y se la quitó. Rebecca se tumbó a su lado, vestida con la lencería de seda y encaje de su tienda, como un delicioso anuncio sólo para sus ojos.

—No esperaba que llevaras ropa interior de color ciruela. No con tu pelo. Pero te queda bien —comentó él y sonrió—. Muy bien.

—Eso pensaba.

Enseguida, Rebecca le desabrochó el cinturón y la cremallera de los pantalones.

Alex se echó hacia atrás para dejarle que le quitara el resto de la ropa. A continuación, él se tumbó a su lado y le recorrió el borde del sujetador con un dedo.

—Sigues teniendo demasiada ropa —dijo él.

—Sigo esperando que lo soluciones. ¿O quieres que lo haga yo?

Rebecca no esperó su respuesta. Se apartó un poco y se puso de pie. Dio un paso atrás para evitar el brazo con que él pretendía agarrarla. Se acercó a una silla cercana y puso un pie en el asiento. Tomándose su tiempo a propósito, liberó la media de su liguero y la deslizó despacio pierna abajo. Alex emitió un suave gemido desde la cama. Ella hizo lo mismo con la otra media, antes de quitarse el liguero y dejarlo en el respaldo de la silla.

—Ven a la cama y deja que yo termine el trabajo —pidió él.

—No te levantes —insistió ella—. Yo me ocuparé de todo.

Uno por uno, Rebecca se bajó los tirantes del sujetador, que se deslizaron por sus brazos. Luego, con gran lentitud, liberó sus senos de la pieza de encaje. Alex soltó una exclamación y explotó. De un salto, salió de la cama y la tomó por los aires, llevándola de vuelta al colchón.

La luz del sol acarició la piel de Rebecca, al mismo tiempo que lo hacía Alex.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, disfrutando de unas caricias que combinaban ternura y una seductora violencia. Él tomó

posesión de sus pechos con labios, dientes y lengua. Ella gimió de placer, pidiendo más. Y él se lo dio.

Alex le deslizó las manos sobre el vientre hasta el triángulo de seda que le cubría el pubis. En un instante, le rasgó las braguitas, dejándola desnuda por completo.

La luz del sol bañó su pubis rojizo. Murmurando algo, Alex entrelazó los dedos con sus rizos, haciendo que ella se excitara aún más. Con cuidado, hizo que abriera las piernas. Rebecca mantuvo la cordura lo suficiente como para abrir el preservativo que él le había dado y colocárselo a su amante. Al instante, Alex la penetró con una sola y profunda arremetida.

—¡Alex!

—Estoy aquí, dulzura —jadeó él—. Estoy contigo todo el tiempo.

Rebecca cruzó las piernas y los brazos alrededor del poderoso cuerpo de él y se derritió en su abrazo.

La luz del sol los rodeó y cegó a Rebecca, que fue incapaz de ver nada más que al hombre que estaba con ella. Alex se convirtió en su único universo, llenándola por completo. Y ella se entregó a él por entero, en cuerpo y alma.

En el momento final del clímax, se convirtieron en una unidad, dejaron de estar separados por el pasado. Hasta ese instante, ella había creído que su conexión había terminado hacía años. Pero, mientras ascendía en su orgasmo, se dio cuenta de que el amor que había sentido por Alex en el pasado nunca había muerto. Sólo había estado aletargado, esperando a que él lo despertara de nuevo, como un ave fénix renaciendo de sus cenizas. El amor que sentía por él nunca había desaparecido.

Y, en ese momento incandescente, Rebecca se dio cuenta de que siempre sería así.

Rebecca no sabía cuánto tiempo habían dormido. Estaba oscuro cuando se despertó, desorientada. Ya no estaba en los brazos de Alex, aunque aún sentía la calidez de su cuerpo, lo que indicaba que él debía de haberse ido hacía poco. En el otro lado de la habitación, lo oyó vestirse en silencio.

—¿Alex?

—Vuelve a dormir, Rebecca.

Su formalidad la desesperó. La había llamado Rebecca. No dulzura. Ni siquiera Becca. Alex había creído que iba a ser ella quien se arrepintiera a la mañana siguiente. Sin embargo, parecía que era él quien se estaba arrepintiendo.

Ella se incorporó, apoyándose en un codo.

—¿Estás bien?

Alex se quedó petrificado. Luego, soltó un sonido, mitad risa, mitad suspiro.

—Creo que soy yo quien debería preguntarte eso.

—Es probable —aceptó ella—, pero no soy yo quien se escapa.

—No me estoy escapando —negó él al instante—. Estaba intentando no hacer ruido para no despertarte. Es distinto.

—Mmm. Sólo a un hombre podría ocurrírsele ese tipo de distinción —comentó ella y sacó las piernas de la cama—. Sientes lo que ha pasado, ¿verdad?

Rebecca notó que él giraba la cabeza para mirarla en la oscuridad.

—¿Tú no?

Ella lo pensó un momento.

—Siento haberme convertido en lo que la gente rumorea —repuso Rebecca al fin—. Pero no siento haber hecho el amor contigo.

—Sólo una mujer podría hacer esa distinción.

—Es probable —afirmó ella y suspiró—. ¿Prefieres que finjamos que esto no ha pasado nunca?

—¿Bromeas? —preguntó él, tenso.

—No.

Rebecca se cubrió con la sábana y encendió la lámpara de la mesilla. Su suave luz la envolvió. Se puso en pie y miró a Alex. Con decepción, comprobó que él la miraba con expresión distante y cauta. ¿Dónde estaba el hombre con quien había dormido, quien le había hecho el amor con tanta pasión? En apariencia, había desaparecido.

—Mira… —comenzó a decir Alex y se pasó la mano por el pelo despeinado—.

Lo que pasó, pasó. Somos adultos. No es la primera vez.

—¿Y pasará más veces? —se atrevió a preguntar ella.

Alex meneó la cabeza con ímpetu.

—Hay demasiadas cosas que nos separan, Becca. No sería buena idea.

Bueno, al menos la había llamado Becca. Eso era una ligera mejora.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, las buenas ideas no son mi fuerte.

—No podemos dar marcha atrás.

Alex hizo su afirmación con tanta gentileza que a ella se le saltaron las lágrimas.

—Eso lo sé. Yo estaba pensando en seguir hacia delante, la verdad. Ya sabes —

replicó ella y se encogió de hombros, sin dejar de sujetarse la sábana para taparse—.

Estamos en un cruce de caminos. No podemos dar marcha atrás, pero podemos ir hacia delante. El cómo es lo importante.

—No quiero que te conviertas en el hazmerreír del lugar. Si tenemos una aventura, la gente lo notará. Lo sabrán por la forma en

que nos miramos, o nos hablamos, o nos tocamos —señaló él y se agachó para recoger su cartera del suelo. Se la guardó en el bolsillo de los pantalones—. No hizo falta que Alicia me dijera una palabra para que yo adivinara que Justin y ella estaban juntos, por el modo en que interactuaban.

—Me dan igual las habladurías.

—A mí no. Y a ti tampoco van a darte igual.

Alex lo afirmó con tanta seguridad que ella supo que no podría hacerle cambiar de idea.

—De acuerdo, Alex. No volveremos a hacer el amor.

—Ya verás, es la mejor decisión —respondió él—. La única posible —añadió, tomó sus zapatos y se dirigió a la puerta del dormitorio—. ¿Estás bien? —preguntó antes de irse.

Ella sonrió para tranquilizarlo.

—Estoy bien.

Alex se marchó entonces. En cuanto la puerta se cerró, la sonrisa de Rebecca se desvaneció. ¿Qué había esperado? ¿Qué Alex se rindiera a sus pies y le declarara su amor incondicional? ¿Qué le pidiera que se casaran y tuvieran hijos?

Hijos.

Hacía tiempo, para ella había sido un sueño posible. Sin embargo, en ese momento, le pareció más difícil que alcanzar la luna. Acurrucándose, se recordó que no debía arrepentirse. Si lo único que Alex podía darle era la noche que acababan de pasar juntos, entonces debía estarle agradecida por poder tener ese agradable recuerdo.

Por desgracia, no había contado con enamorarse de Alex de nuevo. Había sido culpa suya no tenerlo en cuenta antes aunque, de todos modos, su decisión de dormir con él no habría cambiado. Si llegara a los cien años, el recuerdo de esa noche la haría sonreír toda la vida. Y pensaría mucho en ello. Con esa idea en la cabeza, se dejó llevar por el sueño, con una sonrisa en los labios.

Y una lágrima en la mejilla.

Todo cambió a lo largo de la semana siguiente. Alex se convirtió en su jefe, un verdadero jefe. Y Rebecca descubrió que sonreír era más difícil de lo que había imaginado. Cuando Alex quedó con ella en su despacho para hablar sobre la fiesta, ella estaba decidida a demostrarle que era capaz de mantener la compostura después de su…

Titubeó. No había sido una relación. ¿Una aventura de una noche? Se llamara como se llamara, una cosa era segura: Alex había decidido mantener las distancias con ella.

—Quiero hablar contigo de la fiesta de los Franklin —le informó él cuando entró en su despacho. Señaló hacia una silla frente su escritorio y se cruzó de brazos, mirándola con desapego—. Te has encargado de organizar eventos parecidos para tu padre, ¿no?

—Los he organizado, sí —contestó ella con cautela.

Alex arqueó una ceja.

—De acuerdo, ¿cuál es la pega?

Ella titubeó.

—Siempre solía contratar un servicio de *catering*.

—Ya te he dado permiso para que lo hagas —replicó él con cierta impaciencia.

Rebecca decidió ir directa al grano.

—No estoy segura de poder ocuparme de mis tareas habituales en la casa, además de organizar la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que quieres que esté decorada para Navidad.

—Entendido —contestó él con gesto comprensivo—. Tienes mi permiso para contratar ayuda si la necesitas. Tú te encargarás de la supervisión, ¿te parece bien?

Ella sonrió.

—Excelente.

Alex le devolvió la sonrisa. Entonces, Rebecca percibió un fugaz destello de deseo en sus ojos. Alex apretó los puños y, por primera vez desde que habían pasado la noche juntos, ella sintió un atisbo de esperanza.

—Bien. Tu nuevo trabajo será encargarte de la fiesta —indicó él y se levantó de su asiento—. Si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

Rebecca se levantó también. Cuando Alex pasó a su lado, ella le tocó el brazo con suavidad. Él hizo una pausa y la miró con arrepentimiento.

—No podemos, Becca —señaló él con suavidad—. No nos llevará a ninguna parte.

—Es curioso. Yo pensé que nuestra noche juntos había sido maravillosa. Más que eso, si quieres saber mi opinión —replicó y lo soltó, llenándose de tristeza al leer arrepentimiento en los ojos de él—. Bien —susurró cuando Alex estuvo lejos—.

Entendido.

Más tarde, cuando estaba hablando con Angie, la encargada del *catering*, Rebecca comenzó a ver su conversación con Alex desde una perspectiva distinta. Ella había trabajado con Angie en el pasado, pero su nueva posición como ama de llaves de Alex hacía que Angie la tratara con una actitud diferente, incómoda.

Al fin, Rebecca tuvo que enfrentarse a lo evidente.

—De acuerdo, Angie. ¿Qué sucede? Tú y yo hemos trabajado juntas docenas de veces. ¿Cuál es el problema?

Angie suspiró.

—Lo siento, Rebecca. No es culpa tuya, sino mía.

—¿Es porque soy el ama de llaves de Alex? —preguntó con brusquedad—. ¿O

es por mi padre? ¿Cuál es el problema?

—No puedo fingir no haber oído los rumores, pero te conozco. Si tu padre hizo algo poco ético, es problema suyo —replicó Angie con franqueza—. No tuyo.

Rebecca parpadeó sorprendida.

—Gracias. Pero, si no es ése el problema, ¿cuál es?

—Es Montoya. En todo Somerset corren rumores de que te obliga a ser su…

ama de llaves —explicó Angie, haciendo énfasis en las palabras—, a cambio de ayudar a su padre. No estoy segura de querer trabajar para alguien capaz de algo así.

—¿Eso es todo? —replicó Rebecca, riendo aliviada—. Deja que te tranquilice.

Alex no me ha obligado a trabajar para él. En todo caso, ha sido al revés.

Fue Angie quien parpadeó en esa ocasión.

—¿Cómo dices?

—Yo me presenté en su puerta y le dije que trabajaría como ama de llaves hasta pagar la deuda de mi familia. Él hizo todo lo posible para convencerme de lo contrario —afirmó Rebecca e hizo una mueca —. Si lo que dices sobre el rumor es cierto, estoy empezando a comprender por qué no quería contratarme. Yo no tenía idea de que la gente pensaría que él me había obligado.

—Tengo que reconocer que tu explicación me hace ver las cosas de otra manera.

—Bien, me alegro —dijo Rebecca sonriendo—. Alex es un buen hombre. El condado de Maverick tiene suerte de tenerlo aquí.

—De acuerdo —respondió Angie, aunque su voz todavía guardaba un resquicio de duda—. ¿Pero no será incómodo para ti?

Rebecca meneó la cabeza con confusión.

—No entiendo. ¿Qué será incómodo?

Angie se sonrojó.

—¿Acaso no van a venir todos tus amigos a esta fiesta?

—La mayoría, sí. ¿Y?

—¿No será incómodo ser una empleada en vez de una invitada? Creo que sería bastante incómodo. Para ti y para ellos.

Rebecca no pudo creer que no se le hubiera ocurrido antes. Sería incómodo. Se pasó el resto del día pensando en ello, intentando encontrar una solución. Quizá, podría conseguir que las personas que había contratado para que la ayudaran la sustituyeran en la fiesta.

Entonces, negó con la cabeza. La fiesta debía ser obra suya y de nadie más.

Dejarle el trabajo a alguien no sería justo para Alex ni para sus invitados, sobre todo para Summer y Darius Franklin.

Además, la gente se sentiría incómoda si ella se comportaba así. Si se enfrentaba a la situación con naturalidad, todo el mundo haría lo mismo.

O eso esperaba.

Rebecca consideró llamar a Kate y explicarle la situación, pero temió que su amiga acabara boicoteando la fiesta como protesta. Ella se sentiría fatal si lo que debía ser una celebración por la boda de los Franklin terminara en algo desagradable.

Eso significaba que tendría que echar mano de todo su saber estar y su buen humor para salir airosa.

Pasaron las semanas y la casa cada vez tenía un aspecto más navideño. Macetas con flores de pascua, jarrones con flores de invierno frescas y guirnaldas en colores verde y burdeos alegraban la casa. Con ayuda de unos cuantos empleados, la sala de baile quedó convertida en un lugar de ensueño invernal que maravillaba a todos los que la veían.

El día de la fiesta. Rebecca se esforzó por asegurarse de que todo estuviera preparado. Angie llegó con su equipo de

catering

y empezó a colocar los platos del bufé. Hacia el final del día, Alex se encontró con ella en el pasillo e hizo una pausa para felicitarla por lo bonita que estaba la casa. Incluso la sorprendió plantándole un fugaz beso en los labios.

—Gracias por tu trabajo. Está todo estupendo.

—Gracias.

Alex se apartó, aunque ella se percató de que le costaba volver a asumir el papel de jefe.

—Tengo que ir a vestirme. Los invitados llegarán pronto.

—Yo también —repuso ella.

—Nos encontraremos aquí dentro de cuarenta y cinco minutos.

Rebecca se apresuró a ir a su habitación y deliberó sobre qué ropa ponerse. No quería algo que tuviera demasiado aspecto de uniforme. No tenía sentido restregárselo a la gente por las narices. Pero, al mismo tiempo, no se atrevía a ponerse nada que pareciera un vestido de cóctel. Debía marcar una sutil línea entre empleados e imitados, sin provocar tensión. Al fin, se decantó por un sencillo conjunto de falda y blusa negras.

Justo quince minutos antes de que se esperara la llegada de los primeros invitados, bajó al vestíbulo, donde pensaba recibirlos y guiarlos a la sala de baile.

Llevaba una bandeja de champán para ofrecerles una copa a los que llegaran. Estaba pensando dónde sería el mejor lugar para colocarse, cuando oyó las pisadas de Alex en la escalera, detrás de ella. Él se detuvo de golpe. Ella se volvió para sonreírle, pero comprobó alarmada que él la miraba con desaprobación.

Alex se acercó a ella y la tomó del brazo, quitándole la bandeja de las manos.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Capítulo 9

Rebecca se esforzó en mantener su dignidad, pero sintió que estaba a punto de venirse abajo.

—Estoy preparándome para servir a tus invitados —replicó ella, intentando sonar calmada.

Alex apartó la bandeja, dejándola de golpe sobre una mesa cercana. El champán se derramó de las delicadas copas.

—No sé a qué estás jugando…

—¿Jugar? —repitió ella y, para su sorpresa, explotó llena de furia —. No soy yo quien juega. Soy tu ama de llaves. Me has contratado para eso. Sólo hago mi trabajo.

Alex la miró, ofendido.

—No te pago para ofender a nuestros amigos y vecinos actuando como una criada. Ve a ponerte ropa adecuada y únete a nosotros para la celebración.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Para no humillarte? No me avergüenzo de mi trabajo. ¿Tú sí?

Alex afiló la mirada con gesto agresivo.

—¿Es ésta tu manera de vengarte de mí? ¿Es por qué no he querido mantener una relación después de que hiciéramos el amor? ¿Te sientes obligada a martirizarte porque te has convertido en lo que la gente dice de ti a tus espaldas?

Rebecca notó que se quedaba pálida.

—¿Cómo te atreves?

—¿Que cómo me atrevo? ¿Cómo te atreves tú a ponerme en una situación tan embarazosa con invitados que son más amigos tuyos que míos, que llevan una década sintiendo aversión por mí?

De pronto, Rebecca lo comprendió y comenzó a darse cuenta de que había cometido un terrible error. De alguna manera, a causa de lo que Angie le había contado, ella había malinterpretado la intención de Alex. Además, lo había insultado.

Lo había ofendido.

A Rebecca nunca se le habría ocurrido que Alex pudiera sentirse incómodo rodeado de personas que habían sido amigos de ella durante toda la vida. Debería haberlo pensado. ¿Acaso no sabía lo difícil que los Brody le habían hecho la vida a Alex a lo largo de los años? Sus compañeros de colegio lo habían menospreciado y lo habían considerado inferior por ser hijo de un ama de llaves. En ese momento, ella se vio con sus ojos y se sintió increíblemente pequeña y mezquina, a pesar de que no había sido su propósito avergonzarlo.

—Lo siento, Alex. Te juro que nunca pretendí ponerte en una situación tan incómoda.

—Y, sin embargo, aquí estás, a punto de echar por tierra mi reputación.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo dices? ¿Cómo iba a afectar esto a tu reputación?

Alex esbozó una expresión heladora.

—¿Cómo crees que reaccionaran mis invitados cuando les abras la puerta vestida así? ¿Cómo crees que se sentirán si te ven actuando como una criada? Te mirarán y se irán de mi casa —le espetó él y se pasó una mano por el pelo—. ¿No lo entiendes? Mi reputación es lo único que tengo. Me la he ganado con mi esfuerzo y mi trabajo. Largos días y noches de duro trabajo. Y no dejaré que ni tú ni nadie destruya en una sola noche lo que llevo décadas construyendo.

—No era mi intención —dijo ella, tensa.

—En ese caso, puedes elegir, Rebecca. Puedes retirarte durante el resto de la noche o puedes ponerte un vestido, y expresión agradable, y unirte a tus amigos mientras celebran la boda de Darius y Summer. ¿O estás tan decidida a demostrarles a todos que soy un bastardo que piensas seguir adelante con esto?

Alguien llamó a la puerta y, antes de que ninguno de los dos pudiera responder, la puerta se abrió. Por la expresión de los Brody, fue evidente que acababan de escuchar la discusión a través de la puerta de roble. Posaron la mirada de forma intermitente en Alex y en Rebecca. Kate comprendió, horrorizada, al fijarse en el atuendo de su amiga.

—Oh, no —susurró Kate, apretando el brazo de su esposo.

Lance había comprendido la situación de un solo vistazo.

—¿Problemas? —preguntó Lance con frialdad.

—Ningún problema —contestó Alex, con la mirada fija en Rebecca —. Un pequeño malentendido que será solucionado al instante. Por favor, entrad y servios un poco de champán —ofreció e hizo una seña a uno de los empleados, indicando la bandeja—. ¿Puede recibir a nuestros invitados y mostrarles el camino a la sala de baile? Nos reuniremos con ellos en un momento.

Alex no esperó respuesta. Tomó a Rebecca del brazo y la llevó hacia su cuarto.

Una vez allí, se dirigió de inmediato al armario y sacó el primer vestido brillante y colorido que encontró. Lo lanzó sobre la cama. Era de seda de color esmeralda.

—Desnúdate —ordenó él.

Rebecca abrió la boca, sin dar crédito.

—¿Has perdido la cabeza?

Alex consiguió controlar su temperamento, pero por poco.

—Quítate lo que llevas puesto y ponte este vestido. Y hazlo en menos de treinta segundos —mandó él—. O te juro que lo haré yo.

Algo en su expresión implacable debió de convencer a Rebecca de su sinceridad. Se quitó la blusa y la falda sin discutir y, en menos de

treinta segundos, se había puesto el vestido que él le había elegido.

Rebecca levantó la barbilla y lo miró.

—¿Satisfecho?

—Aún no —respondió él, mirándola con gesto crítico—. ¿Las joyas?

Rebecca se dirigió a la cómoda y abrió el cajón de arriba. Sacó un joyero forrado de seda. Después de sacar algunas piezas, se las puso. Las perlas y el oro relucieron en su cuello y en sus orejas.

—¿Ya está?

—Una última cosa —indicó Alex y se acercó, intentando no sentirse ofendido cuando ella dio un paso atrás—. Relájate, Rebecca.

Alargando la mano, Alex le quitó el pasador que le sujetaba el pelo en un apretado moño. Los mechones de cabello le cayeron por encima de los hombros, como una cascada de fuego. Él se los acarició, sintiéndose tentado. El vestido esmeralda conjuntaba con sus ojos y ensalzaba el color de su cabello. Además, tenía las mejillas sonrojadas por la rabia, haciendo que su belleza fuera todavía más imponente.

—Ahora ya estamos —informó él con voz ronca—. Vayamos con nuestros invitados.

—Tus invitados —se atrevió a corregirlo ella.

—Nuestros amigos —concedió él.

Rebecca suspiró.

—Lo siento —se disculpó ella y se frotó las sienes con la punta de los dedos—.

Debe de ser por el cansancio. No pretendía echar a perder la fiesta. Es sólo que… —

comenzó a decir y meneó la cabeza—. No te preocupes. No importa.

Alex se quedó paralizado. Debió haber pensado que había algo más y no simplemente que Rebecca quería hundirlo, se dijo. Pero la rabia no le había dejado pensar con claridad.

—¿Qué?

Ella titubeó antes de hablar.

—Es que alguien me ha dicho algo sobre la fiesta y sobre el papel que yo debo representar. Pensé que esperabas que yo pareciera tu ama de llaves y no una invitada

—explicó ella y se encogió de hombros—. Es obvio que me equivoqué.

—Sí, así es. Y también se equivocó quien te metió eso en la cabeza. Debiste habérmelo preguntado —indicó él y meneó la cabeza, sonriendo—. ¿O tu orgullo no te lo permitía?

—Es un defecto de los Huntington, creo —repuso ella con una reticente sonrisa—. Uno de muchos, por si no te habías dado cuenta.

—No me había dado cuenta —mintió él con diplomacia. Le tendió

un brazo—.

¿Vamos?

—Será un placer.

Cuando entraron en la sala de baile, se encontraron con que todos los invitados habían llegado y tenían los ojos fijos en ellos. Por primera vez en muchos años, Alex experimentó la vieja sensación de estar fuera de lugar que había sufrido cuando había sido un muchacho rebelde y marginado, nuevo en un instituto poblado por la flor y nata de la sociedad.

Rebecca miró a sus amigos y sonrió.

—Lo siento, chicos. Es culpa mía. Calculé mal el tiempo que necesitaría para cambiarme y prepararme para la fiesta.

Rebecca mantuvo la mano en el brazo de Alex mientras se acercaba a Darius y a su esposa, Summer, ambos recién casados y radiantes de amor. Los abrazó.

—Felicidades a los dos. Me alegro mucho por vosotros.

En ese momento, la atmósfera cargada cambió y se transformó en un ambiente festivo. La fiesta duró hasta que las velas se hubieron consumido y los empleados del

catering

se hubieron ido. Al fin, las parejas se despidieron, dando las gracias y, justo cuando el día llegaba a su fin, la fiesta terminó.

—Ha estado muy bien, ¿no crees? —preguntó Alex y señaló una botella de champán sin abrir—. ¿Te apetece una última copa antes de irnos?

Rebecca camufló un bostezo.

—De acuerdo. ¿Por qué no la tomamos en el salón? Quiero mostrarte el árbol de Navidad que hemos puesto.

Alex sirvió dos copas de champán y juntos caminaron hasta el salón, una habitación muy espaciosa con una exquisita alfombra y el techo acabado en artesonado de junípero. Las ventanas de cuerpo entero daban al enorme árbol de Navidad colocado frente a ellos. Alex dejó escapar un silbido de admiración.

—Creo que es el árbol más bonito que he visto.

Rebecca sonrió y se sonrojó un poco ante el cumplido.

—Gracias.

—No —dijo él y se giró para mirarla—. Gracias a ti. Has hecho que esta noche sea una de las mejores que recuerdo.

—Ha sido un placer.

Alex se bebió el champán de un trago, sin quitarle a Rebecca los ojos de encima.

—¿Qué diablos voy a hacer contigo?

Ella se quedó callada y Alex adivinó que estaba sopesando la pregunta. Luego, dejó el champán a un lado y lo miró a los ojos. Todo

en ella resplandecía. Pero fueron sus ojos los que dieron la respuesta antes que las palabras.

—Ámame —musitó ella—. Hazme el amor aquí y ahora.

—He estado pensando hacerlo.

—¿Y?

—Y, por mucho que lo intente, no puedo evitar desearte. Deseo tocarte —

admitió Alex y dejó su copa sobre una mesa. La tomó entre sus brazos e inclinó la cabeza hasta que sus bocas estuvieron separadas por sólo milímetros—. No puedo evitar hacer esto…

La besó, dando rienda suelta a todo el deseo que había intentado mantener bajo control durante las últimas semanas. Ella lo abrazó por el cuello y se apretó contra su cuerpo. A él siempre le había impresionado cómo Rebecca se entregaba por completo, dejándole ver su lado más vulnerable, en una deliciosa danza de seducción que llevaba su sello distintivo. Se entregaba a él sin ninguna reserva, en cuerpo y alma. Y así había sido desde el principio.

Al darse cuenta de ello, se sintió impresionado.

Sin decir palabra, Alex se desnudó primero y, luego, a ella, hasta que quedaron libres de todo artificio, sólo envueltos en su propia esencia. Como si fueran un solo cuerpo, yacieron sobre la alfombra, frente al árbol de Navidad. Las suaves luces navideñas bañaban el cuerpo de alabastro de Rebecca, deslizándose por sus pechos y brillando sobre los rizos de color fuego de su pubis. Con suavidad, él la acarició, notando el contraste entre la palidez de ella y su tono bronceado.

Rebecca estaba llena de luz. Era el suave descanso del guerrero. Alex estaba hecho de oscuridad y tenía la fuerza y la determinación de una roca. Él nunca había sido un lugar de descanso para ella y dudó llegar a serlo nunca. Eran opuestos en todos los sentidos, que se unían en breves y dulces interludios antes de que el destino volviera a separarlos.

—No —susurró ella.

Alex titubeó.

—¿Quieres que pare? —preguntó él, sorprendido por la desesperación que le provocó la negación de su amante.

Rebecca sonrió.

—Eso no. Deja de pensar. Deja de analizarlo todo —rogó ella y lo acarició con infinita ternura—. Deja de intentar protegerme y ámame.

Alex no necesitó más. Inclinó la cabeza y la devoró con la boca, la lengua y los dientes. Percibió el deseo en ella y tomó uno de sus pechos en la mano, sintiendo el latido de su corazón. Ella lo besó también.

Él la penetró con una lenta arremetida. Pero la noche no podía ser

lenta. Se deseaban demasiado, necesitaban algo más urgente, más intenso. La suavidad y el calor de Rebecca lo recibieron mientras ella levantaba las caderas, acelerando el ritmo hasta que ambos llegaron al clímax más impresionante que habían experimentado nunca.

Se quedaron jadeantes durante un instante. Un breve instante y, entonces, sus cuerpos siguieron moviéndose, ascendiendo de nuevo, juntos. Alex se rindió a la mujer que yacía en sus brazos, le entregó todo lo que tanto se había esforzado en proteger. Le entregó su corazón y su cuerpo.

Le entregó todo lo que era a la mujer que amaba.

A la mañana siguiente, Rebecca se despertó en su propia cama. Se estiró, sintiéndose más feliz y más enamorada que nunca. Todo le parecía posible. La vida le parecía perfecta, hasta que llegó al Club de Ganaderos de Texas a comer con Kate.

Percibió un murmullo de excitación al entrar por la puerta, que aumentó cuando caminó hacia el interior del club.

Por alguna razón, se había convertido en el centro de atención y eso la puso muy nerviosa. Le reconfortó ver la amplia sonrisa de su amiga. Kate corrió a su lado y la rodeó con sus brazos.

—¡Felicidades! Sólo puedo decir que ya era hora.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—No te hagas la tonta. Conmigo, no. Vamos —indicó Kate y le dio la mano a su amiga con gesto urgente—. Veámoslo.

Rebecca meneó la cabeza, sin comprender.

—No entiendo de qué me hablas. ¿Ver qué?

—La piedra que Alex te puso en el dedo anoche.

Rebecca se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

Kate se quedó petrificada, con los ojos como platos. Llevó a Rebecca a la biblioteca, a una sala de lectura vacía.

—Tienes que ser franca conmigo, Bec. ¿Estás prometida con Alex o no?

Rebecca sintió un nudo en la garganta.

—No.

—Bueno, tu padre está aquí comiendo con algunos amigos suyos. Alguien comentó algo sobre que serviste a los invitados de Alex en la fiesta de anoche y tu padre les dijo a todos que vas a casarte con Alex.

—No —negó Rebecca, moviendo la cabeza con desesperación—. No, no es verdad.

—Bueno, pues es mejor que lo aclares rápido. Muy, muy rápido.

—¿Por qué? Oh, no. Dime que Alex no está aquí.

—Todavía, no. Pero ha quedado con los demás para que Darius los ponga al día de sus investigaciones. Si todavía no se ha enterado de la noticia, lo hará en cuanto ponga el pie en el club.

Rebecca se puso en pie.

—¿Dónde está mi padre?

—Creo que está terminando de comer en el restaurante.

Rebecca salió de la biblioteca sin decir más y alcanzó a su padre justo cuando éste salía del restaurante. Lo agarró del brazo y lo apartó de la mirada curiosa de los otros comensales.

—Kate me acaba de decir que has anunciado que Alex y yo vamos a casarnos.

¿Dónde has oído algo así, papá? No es verdad y tienes que decírselo a todos.

—Ahora no, pero lo será —repuso su padre con clama—. Montoya no puede echarse atrás ahora que es del dominio público, si no, parecerá un bastardo.

—¿Lo has hecho a propósito? —preguntó Rebecca, desolada—. ¿Por qué has hecho algo así?

—Sólo les he dicho a todos lo que tenía que decir para que pudiéramos seguir manteniendo la cabeza alta —señaló su padre, con gesto de tozudez.

—¿Has perdido la cabeza? Después de todo lo que Alex ha hecho por nosotros…

—¿Qué ha hecho por nosotros? —repitió su padre con tono iracundo—. Dirás lo que ha hecho para convertirte en el hazmerreír de todos. Te ha obligado a ser su ama de llaves y su amante.

—Por si no te has dado cuenta, yo he elegido mi propio camino en la vida, papá, igual que hiciste tú. Alex no me ha obligado a nada. Yo fui a él y le dije que trabajaría como su ama de llaves para pagar tu deuda. Él no quería que trabajara para él por una buena razón: soy un ama de llaves horrible. Y, si he terminado en su cama, ha sido porque yo he querido.

Su padre ignoró sus comentarios, como si no tuvieran importancia.

—Eres una tonta, Rebecca. Podrías trabajar para ese hombre durante el resto de tu vida y nunca llegarías a pagar esa deuda.

—¿De qué estás hablando? Trescientos mil es mucho dinero, sí, pero ya he pagado una parte de ello.

—No son trescientos mil dólares. Es un millón trescientos mil. Mi deuda con Rodríguez asciende a un millón, Rebecca.

Ella abrió la boca y se quedó mirándolo. Para mayor desgracia, Alex eligió ese momento para aparecer, con gesto de furia incontrolable. Apenas la miró.

—Hablaré contigo por la mañana cuando no tenga la tentación de acabar con tu miserable vida —le espetó Alex a Sebastian—. Y, en caso de que lo hayas olvidado, ya no eres miembro del club. Te sugiero que te vayas antes de que haga que te echen

—advirtió y, sin mirar a Rebecca, se dirigió a ella—. Rebecca, nos

vamos. Ahora.

Alex no se molestó en comprobar si ella lo seguía. Antes de hacerlo, ella se dirigió a su padre con disgusto.

—Te lo ha advertido, papá. Cuando Alex termine contigo, pienso continuar yo.

—Ha sido por tu propio bien.

Rebecca se negó a dejarse convencer.

—No, papá. Ha sido por el tuyo.

Ella alcanzó a Alex cuando salía del club.

—Lo siento mucho —se disculpó Rebecca, sin aliento—. Prometo aclararlo todo.

No tenía ni idea de que mi padre iba a hacer algo así.

—Lo hablaremos en el rancho.

Condujeron hasta allí en completo silencio. La rabia de Alex era tan honda que casi podía palparse. Ella esperó que, por el camino, su temperamento se calmara un poco. Fue una vana esperanza.

Rebecca lo siguió escaleras arriba y entraron en la casa. Alex se fue directo a su despacho, donde se sirvió un generoso vaso de

whisky

y se lo bebió de un trago.

—¡Por todos los santos! Esto ha sido demasiado.

—Lo siento —repitió ella—. Te prometo que me ocuparé de ello.

Alex sirvió dos vasos y se acercó a ella.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó y le tendió un vaso—. ¿Diciendo «Ha sido culpa mía. Alex no me ha pedido que me case con él. Mi padre lo ha dicho sólo porque no podía soportar la idea de que me haya convertido en su ama de llaves y en su amante»? ¿Es eso lo que planeas decir?

—Algo así —repuso Rebecca. Le dio un trago a su

whisky

y se encogió. El potente licor le quemó la garganta e hizo que se le saltaran las lágrimas. Le gustaba mucho más el

whisky

del café irlandés—. Puede que omita lo de ama de llaves y amante —consiguió añadir.

—No intentes ser graciosa. Yo no le veo ninguna gracia a todo esto.

Ella suspiró.

—Yo tampoco, Alex. Pero, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado en las últimas semanas, el sentido del humor es lo único que me queda —afirmó y, cuando Alex empezó a hablar le hizo una seña para que guardara silencio—. ¿Qué importa lo que le diga a la gente o lo que piensen de mí? No pueden pensar mucho peor de mí.

—Pero pueden pensar peor de mí.

Rebecca tardó un momento en procesar aquello. Entonces, lo comprendió.

—Y pensarían peor de ti si te casaras con la hija de un ladrón y un incendiario,

¿no es así, Alex?

Debió de acercarse bastante a la verdad, porque Alex maldijo de nuevo.

Mientras, ella intentó mantener la calma, ocultar que la actitud de él hacia su padre y ella la había herido hasta lo más hondo. Por suerte, su rabia fue más fuerte que su dolor.

—A ver si lo entiendo —dijo Rebecca con una calma impresionante —. No estás disgustado por lo que mi padre ha hecho. Lo que te molesta es la idea de que te relacionen sentimentalmente con los Huntington, ¿verdad? ¿Tu negocio podría verse afectado? ¿Tu preciosa reputación? ¿Tu honor?

Alex levantó la cabeza con brusquedad, como si intuyera peligro.

—Rebecca…

—Responde la pregunta nada más, Alex —comenzó a decir ella y se tragó el

whisky

de una sola vez, ignorando la quemazón del alcohol. Puso el vaso sobre una mesa con tal fuerza que le sorprendió que no se rompiera—. De todos modos, no te preocupes. Ya has dejado tus sentimientos lo bastante claros.

Él la observó un instante.

—No es por ti. Lo entiendes, ¿verdad? Es por tu padre.

—Claro que lo entiendo. Puedes tenerme en tu cama, siempre y cuando nadie lo sepa. Pero nunca se te ocurriría casarte conmigo.

Alex alzó una ceja.

—¿Era eso lo que esperabas? ¿Qué te llevara a la cama y me enamorara de ti de nuevo? Nos casaríamos y las deudas de tu padre desaparecerían por arte de magia.

—En otras palabras, ¿crees que te seduje como parte de un plan para pagar nuestras deudas y librar a mi padre de la cárcel? Claro, Alex. Como tú digas —le espetó ella y se acercó hacia él—. Ahora deja que te haga una pregunta: cuando me presenté aquí y me ofrecí a ser tu ama de llaves para pagar nuestra deuda, ¿por qué no me dijiste que era algo imposible? ¿Tan imposible como la cifra de un millón trescientos mil dólares? Eso habría echado a perder tu oportunidad de divertirte y vengarte por haber servido a los Huntington en el pasado.

—¿Tu padre te lo ha dicho? —preguntó Alex y, cuando ella asintió, suspiró—.

Es interesante, teniendo en cuenta que yo le prometí que no te diría nada sobre el tema. Te advertí que la deuda no podría saldarse

en un futuro cercano.

—Podías haber hecho otra cosa, Alex. Si te hubieras negado en redondo a contratarme, yo no podría haber hecho nada para obligarte.

Alex se encogió de hombros.

—Pensé que, si te quedabas en El Diablo, podría protegerte de Rodríguez.

Tenía sentido, se dijo ella.

—¿Así que no era para llevarme a la cama?

Alex no respondió, pero Rebecca pudo adivinar la verdad en sus ojos. La deseaba. Siempre la había deseado, igual que ella siempre lo había deseado a él. Qué pareja tan triste hacían, pensó y, de pronto, se sintió exhausta.

—Haré las maletas y saldré de tu vida mañana a primera hora —hizo una pausa junto a la puerta, pero evitó mirarlo, por miedo a romper a llorar—. ¿Sabes? Me parece curioso que siempre hayas despreciado tanto a mi padre, cuando has dedicado toda tu vida a convertirte en una réplica exacta de él. Y, por si no te habías dado cuenta, esta noche has completado la transformación. Eres tan esnob como él o más.

Dicho eso, Rebecca se marchó.

Capítul 10

El sonido del móvil sacó a Rebecca de su sueño. Se sentó en la cama y miró a su alrededor somnolienta, recordando los sucesos de la noche anterior. Debió de haberse quedado dormida en medio de su frenesí por hacer las maletas. Las ropas estaban apiladas dentro y fuera de las maletas. Los cajones de la cómoda estaban abiertos. Y la puerta del armario, también, con las perchas vacías.

El teléfono móvil siguió sonando y ella se aclaró la garganta para responder, rezando porque fuera Alex y la llamara para decirle que había cambiado de idea. Sin embargo, si fuera él no tendría necesidad de llamar. Podría, simplemente, haberse reunido con ella en la cama…

—¿Sí, hola?

—Buenos días, señorita. Espero que hayas dormido bien esta noche.

Rebecca titubeó unos diez segundos y se humedeció los labios antes de responder.

—¿Pablo?

—Muy bien —replicó él con aprobación—. Ya reconoces mi voz. Es un paso en nuestra relación. Pronto aprenderás a escucharme y a hacer todo lo que te digo.

¿Bromeaba?, se dijo ella.

—No lo creo.

—¿De veras? —dijo Pablo y rió—. Yo no sólo lo creo, sino que sé que es inevitable. ¿Por qué no me escuchas y lo compruebas por ti misma, muñequita?

—Te escucho —contestó ella, sintiendo un escalofrío de miedo.

—Ya ves, parte de mi predicción se ha cumplido —afirmó él con voz baja y siniestra—. Veamos si puedo seguir adivinando el futuro. ¿Quieres probar?

A Rebecca comenzaron a sudarle las palmas de las manos.

—¿Qué quieres?

—Quiero que vengas a Mansión Huntington. Sola. Cuando estés aquí, te reunirás con tu padre y conmigo para una pequeña… conversación.

El corazón el dio un vuelco a Rebecca.

—¿Mi padre?

—Está aquí mismo conmigo. ¿Quieres que se ponga?

—Sí, sí. Quiero hablar con él.

—Muy bien. Lo permitiré. Por esta vez.

Hubo una pausa y Rebecca escuchó voces de hombres al otro lado de la línea.

Luego, su padre se puso al teléfono.

—¡Gentry está aquí! Encuentra a Alex. Dile…

Su padre se interrumpió con un gemido y Rodríguez habló de

nuevo.

—Si eres lista, no hagas caso a tu padre. Es un pobre viejo. No puede aguantar bien la presión. Puede sufrir serios daños. ¿Nos entendemos?

Rebecca sintió terror. ¿Qué le había hecho Pablo a su padre para que gimiera así? ¿Qué más estaría dispuesto a hacerle si no seguía sus instrucciones?

—No lo lastimes. Por favor, Pablo —rogó ella con tono dócil.

Para su alivio, funcionó.

—Mucho mejor. Me gusta que me lo pidas con amabilidad —dijo Rodríguez e hizo una breve pausa—. Quiero que vengas a tu casa. Ven en tu coche. Así, los tres…

—Querrás decir cuatro, ¿no?

Pablo rió.

—Muy bien. Los cuatro tendremos una breve conversación mientras decidimos el futuro de nuestra relación —continuó Pablo—. Y bajo ningún concepto avises a Alex. Además, me he encargado de que esté bien ocupado en su despacho, con instrucciones de que no sea molestado. No podría ayudarte, aunque quisiera.

¿Entiendes?

—Sí.

—Excelente. ¿Lo ves? Te dije que me escucharías y me obedecerías. Me complace ver lo rápido que has aprendido. No querrás hacer esperar a tu futuro esposo, ¿verdad, Rebecca?

Ella apretó los dientes.

—No, Pablo.

—Asegúrate de que así sea.

En cuanto colgó, Rebecca comenzó a marcar el número de Alex, pero luego titubeó. Nunca había sabido mentir y dudaba que pudiera engañar a Pablo si él le preguntaba si lo había obedecido. Pero no había prometido no llamar a otra persona.

Por desgracia, en esa ocasión no creyó que nadie pudiera salvarla de lo que Pablo planeaba.

De nuevo, comenzó a marcar un número pero se lo pensó mejor. Dejándose guiar por el instinto, llamó a Kate utilizando el teléfono fijo de Alex. Preciosos minutos pasaron mientras hablaba con su mejor amiga y colgó presa del pánico al darse cuenta de que había tardado mucho. Salió corriendo hacia la ranchera que se había comprado para reemplazar su Cabriolet, puso la llave en el contacto y rezó porque el viejo motor respondiera. Para su alivio, arrancó a la primera. Y salió de la finca de Alex.

La distancia entre El Diablo y Mansión Huntington le pareció interminable.

Cuando, al fin, llegó, todo parecía normal, a excepción de un

deportivo negro parado en el césped frente a la casa, como una cucaracha caníbal. Sin duda, aparcar en el jardín era la forma en que Rodríguez quería marcar su territorio.

Recurriendo a todo su autocontrol, Rebecca subió las escaleras y entró en la casa.

Sospechó que encontraría a su padre y sus «invitados» en la biblioteca. Acertó.

Entró y vio a su padre sentado ante su escritorio firmando en una hoja de papel, con su antiguo capataz y Pablo Rodríguez frente a él.

Rodríguez levantó la vista al verla entrar y la miró con fría aprobación.

—Únete a la fiesta, muñequita. Te estábamos esperando.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, mirando los documentos que había delante de su padre—. ¿Qué está firmando mi padre?

—Unos documentos sin importancia.

Sí, seguro, se dijo ella.

—Déjame adivinar. ¿Documentos sin importancia que te otorgan la propiedad de Mansión Huntington?

Pablo sonrió y la señaló con un dedo.

—No puedo engañarte, ¿verdad? —comentó Pablo y su sonrisa se desvaneció.

Extendió la mano—. Dame tu móvil, si no te importa.

Ella apretó el bolso entre las manos.

—Sí me importa.

—No intentes jugar conmigo, señorita. Me estás empezando a disgustar.

Rebecca intentó tragar saliva, pero se le había quedado seca la garganta. Se sacó el teléfono del bolso y se lo entregó a Rodríguez.

—¿Para qué quieres mi móvil?

Rodríguez lo abrió y apretó varios botones.

—Quiero ver a quién has llamado desde la última vez que hablamos —dijo él y asintió con aprobación—. Muy bien. No hay llamadas después de la mía.

—¿Satisfecho?

—Aún, no. Pero pronto lo estaré. Ven —ordenó Pablo y señaló al sofá, como si él fuera el anfitrión y ella la invitada—. Ponte cómoda. No vas a ir a ninguna parte durante un buen rato. Tú y yo… digamos que tenemos planes de que hablar.

El terror de Rebecca aumentó, pero se obligó a ocultarlo y fingir despreocupación.

—¿Qué clase de planes?

Pablo esperó un instante para responder, sin duda para incrementar la aprensión que había adivinado en ella.

—Pues nuestros planes de boda, por supuesto.

* * *

—Voy a ir y nada de lo que digas o hagas va a impedírmelo —afirmó Alex, implacable.

—No seas idiota, Montoya —replicó Lance Brody—. Eso es precisamente lo que Rodríguez está esperando. Así, os tendrá a todos.

Alex miró hacia Mansión Huntington en la distancia, mientras seguía oculto como un ratón asustado escondiéndose de un gato hambriento.

—No voy a dejar a Rebecca allí, sin protección.

—¿Estará armado? —preguntó Darius.

—Sin duda.

Darius arqueó una ceja.

—¿Y qué? ¿Pretendes entrar y decirle que suelte a tu chica, sin más? Una vez que os tenga a los dos juntos, os usará al uno contra el otro.

—Conozco a Becca mejor que nadie —intervino Lance—. Tú estás dispuesto a arriesgarte por ella. Y ella haría lo mismo por ti. Lo sabes muy bien. Piénsalo. No puedes darle a Rodríguez esa ventaja.

—Tengo que hacerlo.

—No estás solo —afirmó Lance y señaló a los demás hombres del grupo. Su hermano, Mitch, estaba en la retaguardia. El futuro cuñado de Alex, Justin Dupree, se había colocado a un lado y Kevin Novak al otro.

—Estamos aquí para ayudarte.

Alex no supo qué decir. Había estado tanto tiempo solo, que le resultaba difícil acostumbrarse a que lo ayudaran.

—Gracias —dijo al fin.

—Este es el plan —expuso Darius—. Si entramos de golpe en la casa, es posible que alguien salga herido. O Rodríguez dirá que estaba allí como invitado de Huntington. No tenemos ninguna prueba que demuestre lo contrario. Ni tenemos ninguna evidencia de que haya cometido ningún crimen. No hay pruebas de que timara a Huntington. Ni de que pretenda hacer daño a nadie. Podrá irse sin más.

—Entonces, ¿qué puedo… podemos hacer? —preguntó Alex lleno de frustración.

Darius sonrió.

—Creí que nunca lo preguntarías.

Rebecca miró a Rodríguez.

—No creerás en serio que voy a casarme contigo.

—Lo harás, si no quieres ver a tu padre encarcelado por incendiario.

Ella miró a Gentry.

—Gentry no puede testificar contra mi padre sin implicarse a sí mismo.

Rodríguez hizo gesto de quitarle importancia.

—Cornelius va a hacer un largo viaje para descansar. Pero, antes de que se vaya, dejará pruebas más que suficientes para culpar a tu padre —comentó Pablo y se acercó al sofá. Le recorrió el cuello a Rebecca con un dedo y apretó los labios cuando ella se encogió de forma involuntaria—. Pronto, no sólo apreciarás mis caricias, sino que suplicarás por ellas.

—¡Quítale las manos de encima! —rugió Sebastian desde detrás del escritorio.

Intentó levantarse, pero Gentry se lo impidió.

Rodríguez le lanzó una mirada llena de desprecio.

—Cállate, viejo. Ocúpate de tus propios problemas —le espetó Pablo. Se sentó junto a Rebecca y le tomó las manos—. No pongas esa cara, muñequita. Vamos a ser muy felices juntos. Nos casaremos y viviremos aquí. Imprimiré mi nombre en la historia de los Huntington y mejoraré lo que tu padre comenzó. Te enamorarás de mí y serás la novia más hermosa del mundo.

Ella negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—No. Nunca.

Pablo la ignoró y siguió hablando con sorprendente ternura.

—¿No te lo imaginas, preciosa? Empezaremos nuestra propia dinastía, una que rivalizará con las demás del condado de Maverick. La gente verá cómo vivimos y nos envidiará. Envidiará todo lo que he conseguido. Yo, un pobre tipo de las calles, seré el hombre más rico y más poderoso del condado —afirmó él y posó la mano en el abdomen de ella, con gesto posesivo—. Dentro de poco, quedarás embarazada de mi primogénito. Tendremos más e irán a los mejores colegios. Sus amigos serán la élite de Somerset.

Antes de que Rebecca pudiera decirle lo que pensaba de su loco sueño, alguien carraspeó. Ella se liberó de la mano de Rodríguez y vio a Alex parado en la puerta. El corazón le dio un vuelco y sintió un nudo en el estómago. Había sabido que, al llamar a Kate, se arriesgaría a que Alex irrumpiera en Mansión Huntington, pero había esperado que él hubiera tenido un plan mejor.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Alex con aparente despreocupación.

Rodríguez se puso en pie de un salto y se llevó la mano a la espalda, donde Rebecca vio brillar la culata de un revólver negro.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Montoya? —inquirió Pablo y posó su mirada furiosa en Rebecca—. Te advertí que no lo llamaras. ¡Te lo advertí!

Ella lo miró a los ojos.

—No lo hice. Te juro que no lo hice —aseguró ella, rezando porque la creyera.

—Puedes creerla —dijo Alex con voz calmada, llamando la atención de Rodríguez—. Sólo he venido a traer el resto de las pertenencias de Rebecca. Hemos tenido una… supongo que puede decirse que hemos roto. Y ella me ha dejado. Como su alteza estaba tardando mucho en sacar su trasero de mi casa, pensé que podría ayudarla a mudarse de una vez.

—¿Te ha dejado? —preguntó Rodríguez con incertidumbre—. ¿Por qué?

—Digamos que se negó a cumplir con todas sus tareas como ama de llaves y yo me cansé de esperar a que cambiara de idea.

A Rebecca le sorprendió ver que Rodríguez lo creía.

—¿No quería acostarse contigo? —preguntó Pablo con euforia.

Alex se encogió de hombros con expresión irritada.

—A veces, pasa.

—Pero los rumores…

—Tengo mi orgullo, Pablo —le espetó Alex—. La gente piensa lo que yo quiero que piensen.

—¡Hijo de perra! —exclamó Sebastian—. ¿Cómo te has atrevido a echar a perder la reputación de mi hija?

—¿Y cómo te has atrevido tú a decirles a todos que estamos prometidos? —

replicó Alex.

—Ya está bien —interrumpió Rodríguez. Miró a todos los presentes con desconfianza, hasta posar los ojos en Alex—. Has traído las cosas de Rebecca. Ahora puedes irte, Montoya.

—Sin problema —dijo Alex y titubeó—. Aunque…

—¿Aunque qué?

Alex esbozó una mueca burlona.

—He estado pensando en lo que me dijiste cuando viniste a verme el otro día.

Rodríguez se enfureció.

—¿Te refieres a cuando intentaste quitarme todo esto?

Alex se encogió de hombros.

—Fui un ingenuo, lo sé. Nunca he podido quitarte nada. No sé por qué me molesto en intentarlo siquiera.

Rodríguez asintió.

—Es hora de que te des cuenta de ello.

—Tienes razón. Es justo que te felicite por jugar tan bien tus cartas —añadió Alex, haciendo una mueca como si le costara pronunciar las palabras.

Rodríguez sonrió.

—No te lo esperabas, ¿verdad, amigo?

Alex lo miró con un destello de admiración.

—Debías de tenerlo planeado hace mucho tiempo para que te haya

salido tan bien.

Rebecca observó horrorizada que

El Gato

se ponía tenso.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. No he planeado nada.

Alex arqueó las cejas, sin comprender.

—¿Qué? Oh, no me refiero a… —comenzó a decir Alex y señaló a Sebastian y a los papeles sobre el escritorio—. Lo que esté pasando aquí no es asunto mío. Si yo mismo hubiera podido pensar en un plan para desplumar a Huntington, lo habría hecho. No, hablo de Rebecca.

—¿La mujer? —preguntó Rodríguez, la miró y se humedeció los labios antes de volver la vista hacia Alex—. La deseo desde hace mucho tiempo.

—Si me hubiera dado cuenta de cuánto, no habría intervenido —señaló Alex y dio un paso hacia el interior de la sala. Llevaba los brazos a los lados del cuerpo, los hombros ligeramente inclinados en gesto de derrota—. Pero no pudiste tomarla cuando ella y yo salíamos juntos, ¿verdad?

Pablo se encogió de hombros.

—No mientras estaba contigo —afirmó y levantó la barbilla con expresión desafiante—. Tengo mis principios, como te habrás dado cuenta.

—Es verdad —dijo Alex y apretó los labios—. No me la habrías robado… Pero pudiste hacer que nos separáramos.

—Eso es distinto, ¿no crees?

—Por eso le contaste a todo el mundo que la seduje para ganar una apuesta.

—Lo has adivinado al fin —indicó Rodríguez y sonrió—. Debo admitir que fue una de mis ideas más brillantes.

—Pero también sabías que ella necesitaba un pequeño incentivo para caer en tus manos. Por eso, ideaste el plan de las inversiones. Por mucho que odie admitirlo, fue brillante —reconoció Alex con una mueca—. De hecho, me habría gustado que la idea hubiera sido mía.

Rebecca se sintió aliviada porque su padre, aparte de un suave sonido de protesta, permaneciera callado. Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—Como te he dicho antes, el muy avaricioso nunca tenía bastante. Incluso cuando las inversiones fracasaron, vino pidiendo más. Fue muy fácil de engañar.

—Se lo tiene merecido —murmuró Alex.

—¡Eso es! Se lo tiene muy merecido —afirmó Pablo y señaló a su alrededor—.

Pronto, todas sus posesiones serán mías, incluida su hija.

—Tenías razón, ¿sabes? —admitió Alex—. Si no hubiera estado tan

obcecado con Rebecca de nuevo, me habría unido a tu barco antes. Piensa en ello, Pablo. Un par de amigos de las calles dueños de dos de las más ricas mansiones del condado de Maverick. Seremos miembros del mismo club y nos codearemos con gente que hace años ni se dignaba a mirarnos.

—¿Y la mujer? —inquirió Rodríguez, afilando la mirada—. ¿Qué pasa con ella?

Alex sonrió.

—Es toda tuya. Te la has ganado.

Rodríguez esbozó un gesto triunfal.

—Sí, ¿verdad?

—Sólo hay una cosa que no comprendo —puntualizó Alex y se encogió de hombros—. Supongo que no soy tan inteligente como tú.

—Nunca lo fuiste.

—Y nunca lo seré.

—Dime qué no entiendes. Te lo explicaré —ofreció Rodríguez.

—No entiendo lo de los incendios. ¿Por qué diablos hizo Huntington que Gentry los provocara? ¿Era sólo una estrategia de distracción, para que los miembros del club nos enfrentáramos entre nosotros?

Rodríguez puso gesto furioso y Rebecca se quedó petrificada, muerta de miedo.

—¿Crees que ese desgraciado tiene la inteligencia necesaria para planear algo así? ¡Me insultas!

Alex arqueó las cejas impresionado.

—¿Tú planeaste los incendios? ¿Tú encargaste a Gentry que los provocara? —

preguntó Alex y levantó el tono de voz, fingiendo enojo—. ¿Tú quemaste mi establo?

¿Por qué demonios lo hiciste?

—Para atrapar a Huntington. Para tener más ventaja cuando se cerrara mi trampa sobre él —explicó Pablo e intentó aplacar a Alex—. Lo siento, amigo. No te habría hecho algo así si no hubiera sido necesario.

Alex fingió estar a punto de estallar. Luego, se encogió de hombros, como aceptándolo.

—Supongo que, si tú puedes olvidar las viejas afrentas, yo también —dijo Alex a regañadientes.

—De acuerdo —replicó Pablo y señaló a Alex con un dedo—. No me gusta estar peleado contigo. No dejemos que vuelva a pasar.

—Tienes razón. Ha sido culpa mía —aceptó Alex y cruzó la distancia que los separaba. Le tendió la mano—. ¿Por qué no hacemos las paces?

Pablo sonrió y le apretó la mano.

—Me gustaría.

En el instante en que los dos hombres se agarraron, Alex dirigió un golpe a la mandíbula de Pablo con el puño izquierdo en un rápido movimiento.

El Gato

cayó al suelo como una piedra. Antes de que Gentry pudiera reaccionar, Sebastian agarró la lámpara de su escritorio y le golpeó con ella en la cabeza. A continuación, se giró para mirar a Alex.

—Espero que lleves una cuerda, Montoya.

—Para ti, soy el señor Montoya. Y sí, llevo una cuerda.

Sebastian abrió la boca para hablar pero, antes de emitir palabra, asintió.

—Señor Montoya. Soy lo bastante hombre como para admitir cuándo cometo un error. Me equivoqué sobre ti y me equivoqué al echar a tu familia —admitió Sebastian. Se acercó a él y extendió la mano—. Sé que no lo merezco, pero espero que aceptes mis disculpas.

Alex titubeó una milésima de segundo antes de estrecharle la mano a Sebastian.

Luego, se giró hacia Rebecca. Durante un largo instante, se quedó mirándola. Y abrió los brazos. Ella soltó un grito y corrió desde el sillón hasta él. Se abrazaron con una apasionada mezcla de dolor, amor y alivio.

—También yo soy lo bastante hombre como para admitir mis errores —le susurró Alex a Rebecca—. Lo siento, dulzura. Me equivoqué la otra noche. En todo.

—¿Y la apuesta? ¿Nunca hiciste esa apuesta con Rodríguez?

Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas.

—Nunca —repuso él con ternura—. No podría haberte hecho algo así.

—Debí haberlo imaginado. Quizá, si no hubiera sido tan tonta e ingenua, lo habría adivinado.

De pronto, la habitación se llenó de gente.

—Sabéis que se está grabando todo, ¿verdad? —intervino Darius.

Alex no apartó los ojos de Rebecca.

—Mientras tengas la disculpa de Sebastian Huntington grabada y me hagas una docena de copias, no me importa.

Entonces, Alex inclinó la cabeza y la besó. Con toda la pasión de un hombre seguro de lo que quería su corazón. Cuando, al fin, sus labios se separaron, descubrieron que los habían dejado solos.

Alex le tomó el rostro, limpiándole las lágrimas con los pulgares.

—Te amo, Becca. Te amo desde el primer momento en que te vi.

—Y yo te amo a ti —afirmó ella. Una nube negra se cernió sobre su mirada—.

¿Te das cuenta de que tu reputación se verá relacionada con mi

padre y conmigo?

—He sido un tonto —admitió él con simpleza—. Y lo siento más de lo que puedo expresar con palabras. Será un honor para mí que mi nombre se asocie al tuyo y ser parte de tu familia.

Era lo único que Rebecca necesitaba escuchar. Con un suspiro de felicidad, se rindió a lo inevitable… compartir su vida con Alex. Una vida llena de alegría, pasión y amor hasta el fin de sus días.

—Llévame a casa, Alex.

Él la tomó en sus brazos. El amor borró la amarga sombra del pasado y sembró los cimientos de su futuro.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Epílogo

La pequeña iglesia de la misión estaba abarrotada. El hermoso edificio de piedra estaba decorado para la boda en la víspera de Navidad, con ramas verdes y rosas blancas y rojas. El suave preludio musical sonó mientras comenzaba el desfile nupcial del enlace de Alicia y Justin.

Cara, como dama de honor, llegó al altar siguiendo el ritmo marcado por la música. Luego, apareció Alicia, preciosa en un vestido de color marfil que terminaba en una larga cola. Iba del brazo de su hermano, con lágrimas en los ojos bajo el hermoso velo de encaje que cubría su exquisito rostro. A su lado, Alex estaba más atractivo que nunca. Todos los ojos estaban puestos en la novia, menos los de Alex, que no se apartaban de Rebecca.

Cuando hubo entregado a la novia al estilo tradicional, Alex se unió a Rebecca, que estaba sentada en la primera fila. Durante todo el tiempo, tuvo sus dedos entrelazados con los de ella. No podía haber sido más perfecto. Mientras Justin y Alicia intercambiaban sus votos, las otras parejas que habían encontrado hacía poco el amor intercambiaron miradas de alegría y pasión. Al acabar la ceremonia, los recién casados se besaron, mientras el público los observaba con lágrimas en los ojos.

Las trompetas sonaron, marcando con su música nupcial el final del enlace. Los invitados comenzaron a salir de la iglesia y Alex tomó a Rebecca entre sus brazos.

—Ha sido un camino largo y difícil el nuestro, ¿verdad, dulzura?

—A veces —admitió ella.

—Quizá, por eso este momento es tan especial.

—¿Este momento? ¿Por qué?

—Escucha —dijo Alex. A su alrededor, sonaron las campanas que marcaban la medianoche y el comienzo del día de Navidad—. Es el primer minuto de Navidad y mi última responsabilidad hacia mi familia ha sido cumplida —añadió, le tomó la mano y le puso un anillo en el dedo—. No se me ocurre un momento mejor para decirte que te amo más que a mi vida y pedirte que te cases conmigo.

Un hermoso diamante brilló a la luz de las velas como un arco iris de esperanza.

—Oh, Alex —musitó ella y se tomó un momento para mantener la compostura—. Te he amado desde el momento en que te vi.

Él la miró con ternura.

—¿Eso es que sí?

Rebecca le respondió con un beso que expresó toda la pasión que su vida en común les deparaba y todo el amor que había llenado la iglesia esa noche. Cuando sus bocas se separaron, la expresión de sus ojos hablaba más que las palabras.

—Sí, Alex. Sin duda, es un sí.

Fin